



Círculo
de Montevideo

*El mundo
en
Pandemia*

XXVI Reunión Plenaria del Círculo de Montevideo
Santiago de Compostela - Noviembre de 2021

El mundo en Pandemia



CÍRCULO DE MONTEVIDEO

XXVI Reunión Plenaria del Círculo de Montevideo

Santiago de Compostela - Noviembre de 2021

Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en cualquier medio,
citando fuentes y con la autorización previa de la Fundación Círculo de Montevideo.

Las opiniones son de exclusiva responsabilidad de quien las suscribe
y no necesariamente de la Fundación Círculo de Montevideo.

Editado y publicado por Lic. Isabel Vázquez D'Elía - Coordinadora General de la
Fundación Círculo de Montevideo.

Diseño y armado:
Andrea Desalvo
andrea.desalvo@gmail.com

índice

- 1. Palabras de bienvenida.**
Alcalde del Ayuntamiento de Santiago de Compostela.
Xosé Antonio Sánchez Bugallo 5
- 2. Lectura de mensaje de su Majestad Felipe VI.**
Alberto Ruiz Gallardón 7
- 3. Apertura de la reunión. Presidente de la Xunta de Galicia.**
Alberto Núñez Feijóo 9
- 4. La política en tiempos de redes.**
Presidente de la Fundación Círculo de Montevideo.
Julio María Sanguinetti 13
- 5. Nuevas formas de trabajar. Presidente empresarial de la Fundación Círculo de Montevideo.**
Carlos Slim Helú 19
- 6. Nuevos y viejos enemigos de la democracia.**
Felipe González, Ricardo Lagos, Julio María Sanguinetti,
Carlos Slim Helú, Alberto Núñez Feijóo 25
- 7. La tensión entre realidades y expectativas.**
Martín Santiago, Natalio Botana, Carlos Pagni,
Alberto Ruiz Gallardón 41

8. Nuevas ideas para nuevos mercados.	
<i>Enrique Iglesias, Carlos Magariños</i>	57
9. Síntesis de las jornadas.	
<i>Ricardo Lagos, Carlos Pagni, Enrique Iglesias,</i> <i>Carlos Magariños, Carlos Slim, Martín Santiago,</i> <i>Natalio Botana, Alberto Ruiz Gallardón, Felipe González,</i> <i>Julio María Sanguinetti, Alberto Núñez Feijóo</i>	65
10. Clausura.	
<i>Alberto Núñez Feijóo</i>	95

1 - Palabras de bienvenida. Alcalde del Ayuntamiento de Santiago de Compostela.

Xosé Antonio
Sánchez Bugallo

Señor presidente de la Xunta de Galicia; señor presidente de la Fundación Círculo de Montevideo y expresidente de Uruguay; señor presidente del Gobierno de España; señor presidente empresarial del Círculo de Montevideo; señor expresidente de República de Chile; señor exministro de Justicia, exalcalde y también expresidente de la comunidad de Madrid; miembros del Círculo de Montevideo: en primer lugar, quiero transmitirles mi satisfacción, mi alegría de verlos reunidos en Santiago de Compostela. Es para nosotros un honor y una gran satisfacción darles la bienvenida a esta ciudad.

He visto que su primera reunión tenía por título *Los nuevos caminos*, y me dije: “Bueno, *Los nuevos caminos* vienen a uno de los caminos más antiguos; es probable que los caminos más antiguos tengamos algo que aportar en esto”. Al menos dos cosas, pensé. Una, seguramente, es que todos los caminos deben adaptarse a la orografía y a las circunstancias del terreno, por lo que, quienes los recorren, si quieren hacerlo bien, necesariamente deben ir girando a la izquierda, a la derecha, arriba o abajo, según va el camino. No me parece una experiencia menor. La segunda, y quizás más importante, es que en los caminos, sobre todo en los largos, hay que procurar no tropezar y no caerse, pero más importante que no tropezar y no caerse es saber caer y, sobre todo, saber levantarse. Eso es muy difícil en un camino largo. Desde luego, en la vida de cualquier país, de cualquier sociedad, a lo largo de un tiempo siempre existen tropezones, siempre existen dificultades que es necesario afrontar y de las que es importante saber reponerse.

Simplemente, en la crisis en que nos encontramos, viendo a don Felipe González –admirado y querido presidente del Gobierno de España– recuerdo una frase suya que decía que las crisis siempre ofrecían oportunidades, que las crisis nos ponían a todos en una situación igual, y que a veces entrábamos en la crisis unos delante y otros detrás, pero si sabíamos aprovechar las oportunidades que nos ofrecía, el que iba detrás podía salir primero. Era algo así y es una frase que estoy recordando en este momento.

También esta pandemia tan horrible nos ofrece oportunidades; lo hemos visto todas y todos, cada uno de nosotros. Yo mismo he celebrado ayer una junta de



Gobierno municipal en la que la concejala de Hacienda participaba desde un avión que volaba de Madrid a Valencia; y yo mismo, la semana pasada, presidía otra desde la localidad andaluza de Baeza. Hay muchas cosas que han cambiado. La incorporación de las nuevas tecnologías, el avance de la digitalización es absolutamente extraordinario. Creo sinceramente que cualquier sociedad que sepa aprovechar las oportunidades y los cambios que se derivan de esta pandemia estará infinitamente en mejores condiciones para afrontar el futuro.

Desde luego, hay algo importante: las nuevas tecnologías, la digitalización, la educación, el emprendimiento, así como también la voluntad de las personas van a ser elementos absolutamente decisivos para afrontar esta nueva etapa.

Termino, simplemente, dándoles las gracias por haber elegido nuestra ciudad, agradeciendo especialmente a todos los que lo han hecho posible y deseándoles a todos ustedes, en primer lugar, una feliz estancia y, en segundo lugar, un gran éxito en sus reflexiones.

Muchas gracias.

2 - Lectura de mensaje de su Majestad Felipe VI.

Alberto Ruiz
Gallardón

Buenos días presidentes, autoridades, señor alcalde.

Siguiendo instrucciones de los presidentes de la Fundación Círculo de Montevideo, a través del jefe de la Casa Real cursé invitación a su Majestad el Rey para que pudiese acompañarnos y presidir esta reunión. Ayer, el jefe de la Casa Real se dirigió a la fundación para decirnos que, como consecuencia de compromisos previos de agenda, era absolutamente imposible la asistencia de su Majestad el Rey, pero no obstante tenía mucho interés en remitirnos un mensaje –cosa que hizo ayer mismo– para que fuese leído en la apertura de la reunión, a lo que procedo a continuación.

El mensaje de su Majestad el Rey reza como sigue:

“Me alegra mucho hacer llegar este mensaje de felicitación al Círculo de Montevideo con motivo del 25.º aniversario de su fundación; un cuarto de siglo durante el que ese foro se ha destacado por sus rigurosos trabajos de reflexión intelectual y de debate, ofreciendo respuestas a problemas actuales desde una visión amplia e inclusiva.

En esta ocasión el Círculo de Montevideo se reúne en Santiago de Compostela –una ciudad que ya albergó la VIII Reunión Plenaria en el año 2001– para debatir sobre una cuestión que desafortunadamente forma parte, desde hace más de un año y medio, de nuestras vidas: la situación que vive el mundo en pandemia.

La pandemia del COVID-19 ha dejado clara la necesidad de colaboración internacional para abordar los grandes retos de salud pública que todos los países, en mayor o menor medida, afrontamos sin excepción. En este sentido, España manifestó su voluntad solidaria con la donación de vacunas, un compromiso que está cumpliendo tal y como anunció: donar 50 millones de dosis de aquí al primer trimestre de 2022. Al día de hoy ya se han entregado más de 30 millones de dosis al mecanismo multilateral Covax, situándose entre los países que más han mostrado de este modo su solidaridad. Se ha hecho, principalmente, a naciones de nuestra región hermana, de Iberoamérica y El Caribe, a través de dicho mecanismo, y también mediante donaciones bilaterales, ámbito en el que nuestro país se sitúa en la actualidad como el primer y principal donante de la Unión Europea y segundo a nivel mundial.



Y no solo nos referimos a las vacunas, puesto que igual de importante es compartir el conocimiento para lograr el avance de la ciencia y el progreso de la sociedad. En este contexto, España ha brindado apoyo médico y técnico a los países más necesitados, al tiempo que ha liberado la patente del test serológico del Centro Superior de Investigaciones Científicas para la detección del virus.

La crisis sanitaria actual ha agravado las brechas socioeconómicas que ya venía arrastrando el desarrollo y dificultando reformas estructurales. El complejo escenario en el que se debate hoy la comunidad internacional requiere apostar por un futuro verde y digital, especialmente en los ámbitos de la educación y del empleo. Estos elementos son inexcusables en una recuperación pospandemia que ha de ser justa, transparente y sostenible y que debe contar con todos sin condicionar el desarrollo de las futuras generaciones. Para ello, hemos de trabajar todos juntos porque, ante los problemas globales, la respuesta debe ser coordinada y multilateral.

No cabe duda de que las propuestas que surgirán de estas jornadas serán de gran interés para los líderes mundiales y para la sociedad civil. Por ello, quiero desde aquí animar a la reflexión y al debate que tan positivamente promueve el Círculo de Montevideo, deseándoles a todos el mayor de los éxitos en esta XXVI edición.

Muchas gracias”.

Y añado de forma manuscrita su Majestad el Rey:

“Y saludo con gran afecto a todos los participantes y organizadores de esta nueva y significativa edición del Círculo de Montevideo, sintiendo mucho no poder acompañarles.

Felipe R.”

3 - Apertura de la reunión. Presidente de la Xunta de Galicia.

Alberto Núñez Feijóo

Muy buenos días a todos; muchísimas gracias por su asistencia. ¡Bienvenidos a la Ciudad de la Cultura!

Queridos presidentes Sanguinetti, González, Lagos; queridos miembros del Círculo; querido alcalde, ministro y presidente de la Comunidad de Madrid; querido presidente del Parlamento; querido expresidente de la Xunta; señoras y señores: como comprenderán, es un inmenso honor para Santiago, para Galicia y para España ser anfitriones de uno de los foros intelectuales más sólidos y más contrastados de todo el mundo iberoamericano. Por ello, agradezco sinceramente a todo el equipo del Círculo de Montevideo que, en su peregrinaje por el mundo, haya reservado una etapa a Compostela, y además en un año xacobeo especial, como este, dado que es el primero bianual de la historia de los Caminos de Santiago.

A la hora de darles la bienvenida siento una doble satisfacción, que se debe en primer lugar a mi condición de gallego, y también a mi posición de demócrata, demócrata preocupado por los recientes avatares de un sistema de gobierno y de convivencia que recoge los mejores valores del género humano.

Galicia se convierte en anfitriona de una edición en la que el Círculo cumple sus 25 años; 25 años de fecunda existencia, en la que además se recupera el formato presencial, que permite la proximidad, que es uno de los requisitos de cualquier sistema democrático.

El recinto que nos acoge hoy tiene un valor añadido simbólico, que sin duda puede inspirar los diálogos que se produzcan, como ocurrió en 2001 –lo refería la carta del rey–, cuando la sede de este encuentro fue el Hostal de los Reyes Católicos en la Plaza del Obradoiro. Este ámbito forma parte de la Ciudad de la Cultura, con la que nuestra tierra quiere representar una faceta innovadora y audaz, que no se opone, sino que armoniza con una catedral hecha en piedra y con historia. Por eso, el mismo simbolismo que tenía el encuentro de 2001 en los pies de la catedral, está presente también hoy, aquí, en el Edificio Fontán. Son monumentos –más allá de sus obvios contrastes estilísticos– que están concebidos para la reflexión y el establecimiento de vínculos estrechos entre las personas.



En definitiva, así es la democracia, la democracia que nos ocupa y que nos preocupa, una idea antigua que nunca se ha apagado y que conserva plena vigencia en nuestro tiempo. Esa persistencia, a pesar de las vicisitudes y por encima de los sucesivos cambios tecnológicos, es la prueba fehaciente de que la democracia no es un accidente fortuito en la historia, sino un deseo latente en los hombres y en las mujeres de la antigüedad, que finalmente consigue brotar, hacerse realidad y arraigar profundamente en nuestros pueblos.

Es preciso recordar, sin embargo, que fuerzas muy poderosas no han cejado nunca en su intento de impedirlo. Lo comentaremos probablemente de manera más detenida, pero es por eso que, además de mi satisfacción como gallego, está la alegría del demócrata que ve un escogido grupo de personalidades que aportan su conocimiento –que es mucho–, su experiencia –que es determinante– para analizar las fortalezas y las debilidades de los sistemas democráticos durante y pospandemia. En esa capacidad para revisar, para actualizar y para corregir los fundamentos de la democracia está uno de sus puntos fuertes. Frente a ese espíritu crítico que ve en la democracia un monumento de convivencia siempre inacabado, las diversas autocracias tienen su talón de Aquiles en la incapacidad de cuestionarse a sí mismas. Mientras que el demócrata ha de vencer y convencer, como diría Unamuno, al autócrata le basta con vencer: vencer una vez y perpetuarse después mediante el ejercicio directo o solapado de la fuerza.

Quienes concurren a este encuentro poseen biografías pródigas en experiencias, que les permiten tener una percepción de la democracia no solo teórica, sino práctica. Esa afortunada condición ambivalente, de la que también participo, nos permite afirmar algo que estimo importante: la democracia no se defiende por sí misma; no es un logro definitivamente consagrado que no precisa cuidados; y esos cuidados los prestan personas de carne y hueso. Son personas quienes protegen la democracia, de la misma forma que son personas quienes muchas veces la amenazan. Por eso es tan importante que pongamos en valor a las primeras, a aquellas que con su ejercicio hacen más fuerte el sistema político que mejor organiza a los seres humanos porque los hace iguales.

Eso es, insisto, la democracia.

Comprenderán que me permita ilustrar esta idea con una personalidad presente en este acto, que ejemplifica lo que quiero decirles.

Felipe González fue una persona clave para que la Transición española consolidara una apertura a la democracia, decidida, pero tranquila. Fue clave para modernizar la economía y la sociedad que hoy les recibe; fue clave para lograr la apertura internacional de una España cerrada durante más de cuatro décadas; fue clave para reforzar los vínculos de nuestro país con el mundo iberoamericano –seguramente hoy es el político español que mejor conoce Iberoamérica–, algo que Galicia agradece especialmente porque somos y nos sentimos una comunidad atlántica. Trayectorias como la suya –podría hablar en los mismos términos de personas como los presidentes Sanguinetti y Lagos, o Enrique Iglesias– nos recuerdan la enorme importancia que tienen los buenos políticos en la historia de los países. Para mí hay una enorme diferencia entre su ejercicio político y el que actualmente está proliferando, tristemente, en muchos Gobiernos del mundo. Si antes nos gobernaba la responsabilidad, que antepone el interés general y el largo plazo, ahora nos gobierna la frivolidad, que se preocupa por el interés personal y por el rédito inmediato.

Quiero valorar, además, que su aportación no haya terminado una vez que dejaron sus principales responsabilidades; siguen al pie del cañón, ustedes, conscientes de que la defensa de la democracia en el mundo es una tarea que nunca termina, y que necesita el impulso permanente de todos; conscientes de que cada momento tiene sus retos y que todos merecen atención, reflexión, discusión, y después de ello, acuerdos, como hacen en este foro. En efecto, los cuadernos que edita la Fundación son un relato preciso de nuestro tiempo, del contexto mundial en el que se desarrollan cada una de las 25 sesiones plenarias anteriores, de cómo debemos anticiparnos y adaptarnos a la mayoría de cambios que tenemos por delante, de la complejidad de un mundo que vive en un cambio constante y que en este cuarto de siglo ha vivido, entre otros fenómenos, la globalización, una importantísima transformación digital, la

amenaza del terrorismo, y ha compatibilizado tiempos de bonanza económica con unas crisis financieras de una magnitud sin precedentes.

En este sentido, tras más de dos años de paréntesis obligado no podríamos entender que el regreso del Círculo tratase sobre otra cuestión que no fuese *El mundo en pandemia*. El COVID-19 ha sido el mayor desafío al que nos hemos enfrentado en la época reciente: ha puesto a prueba la gobernanza de los países, desde la legislación —en algunos casos la ausencia de legislación— hasta el reparto de competencias de las administraciones a todos los niveles; según el lugar, ha sido un test de estrés de los servicios sanitarios, de los sistemas de atención social y de la capacidad de apoyo a los sectores más afectados por las restricciones; en tercer lugar, ha tensado las costuras de todas las economías y ha dejado en evidencia las fragilidades y las fortalezas de unas empresas que, de un día para el otro, vieron cómo el paradigma en el que vivíamos se derrumbaba. Y como en cualquier gran crisis, la arquitectura institucional de nuestros países, incluso la de aquellos con una tradición democrática más arraigada, también se ha visto cuestionada y resentida. Vivimos tiempos en los que la democracia, la libertad y el progreso se dan por supuestos en muchos lugares del mundo pero, como antes mencionaba, las tentaciones populistas y autoritarias, así como los enemigos de la libertad siguen entre nosotros y amenazan la salud de instituciones que creemos consolidadas. Es, por tanto, nuestro deber hacerles frente con la defensa más encendida de la democracia, de sus valores, de sus fundamentos y de sus bondades, como el cultivo de la libertad, que es el bien máspreciado que tenemos los individuos como sociedad, y con la honra de nuestras instituciones, que son garantía de paz y de bienestar, y que se ejerce desde el mejor desempeño de la política.

De este modo, no es baladí el objetivo de reunirse para tratar los variados e importantes retos a los que nos enfrentamos como sociedad, como administraciones públicas y como agentes de la economía global. El mundo actual afronta mudanzas inaplazables que van a ser objeto del debate de estas jornadas. Permítanme, para finalizar, resumirlas en tres.

La primera es la necesaria transformación de nuestros modelos productivos. Caminamos hacia economías más verdes, más digitales, más sostenibles; pero si lo hacemos como una suerte de tabula rasa corremos el riesgo de arrasar sectores de difícil reconversión, perder competitividad global como país por precipitarnos en los tiempos de las reformas y dejarnos miles de puestos de trabajo por el camino. La transición solo será justa si es respetuosa de las economías tradicionales y llega acompañada a los tiempos en los que se produce.

La segunda es la convivencia con el virus; es un asunto de importancia capital, no solamente económica, sino también social y que afecta la gobernanza. Asumir que el COVID ha llegado para quedarse más tiempo del que cabía esperar impacta directamente sobre el diseño de nuestros sistemas de salud y de atención social y, por tanto, en las necesidades de inversión pública y en las prioridades de gasto en los próximos años. La vacuna ha sido un hito histórico y un prodigio científico y logístico, pero estamos viendo cómo de momento no será suficiente para la erradicación total de la pandemia, y del mismo modo que cualquier estrategia a este respecto debe incorporar la vacuna a los países menos desarrollados.

Por último, en tercer lugar, la adaptación de los modelos de gobernanza a los nuevos paradigmas. Debemos saber aprovechar las oportunidades que nos brinda el futuro, aunque sea incierto. La Administración debe ser, así, un agente facilitador de los cambios económicos, de la captación de inversión y de la creación de valor añadido, porque esa es la clave para recuperarnos del golpe que hemos vivido durante estos últimos veinte meses. La Administración ha de ser, también, un acompañante del ciudadano, pues le prestamos servicios desde el primer minuto en un paritorio de un hospital, hasta el último minuto de su vida, cuando hacemos la certificación de su *exitus*. Por ello debemos responder a sus necesidades de modo más eficiente. De nuestro acierto en este particular depende, también, resolver las crisis de representación que viven nuestras sociedades periódicamente y que se acentúan en momentos de adversidad.



Galicia celebra este año el 40 aniversario de su Estatuto de Autonomía. Ha sido un buen ejemplo, creo yo, de lo que es el reformismo tranquilo de un motor de cambio imparable durante estas cuatro décadas. Y desde esa rebelión pacífica, los gallegos hemos derribado muros que pesaban como losas en la visión generada sobre nuestra tierra. La Galicia europea superó el mito del atraso, aprovechó la oportunidad comunitaria para alcanzar niveles de convergencia desconocidos con anterioridad por las economías más importantes de nuestro entorno. La Galicia constitucional desoyó las tentaciones populistas y divisorias de otros territorios para centrar sus esfuerzos en su desarrollo económico, social e institucional. Y la Galicia autonómica logró pasar de ser una tierra de emigrantes a ser una tierra en la que, ahora sí, necesita que vengan a Galicia no solamente los hijos y nietos de los emigrantes, sino cualquier retornado. Logró vencer sus atávicos complejos y convertirse en una tierra orgullosa y emprendedora, que se proyecta hacia el exterior con incontables ejemplos de éxito personal y político.

Señoras y señores: les da la bienvenida una democracia, la democracia gallega, que acaba de cumplir, como digo, 40 años. Somos una tierra que sabe perfectamente que a ella, a la democracia, le debemos estos años de mayor estabilidad política, de mayor prosperidad económica y de mayor progreso social de toda nuestra historia. Una democracia que, justo es decirlo, le debe mucho a los gallegos emigrantes, que aprendieron a ser libres en la América que los acogió, en ciudades como la propia Montevideo, donde se encuentra uno de los centros gallegos más antiguos del mundo; ahí, como en México DF o como en Santiago de Chile. Ahí ejercieron una democracia que aquí no teníamos. Así que la democracia gallega nace en Atenas, pero también en todos aquellos países hermanos. ¡Gracias por ello!

¡Y gracias por elegir Galicia y Santiago para aportar opiniones y experiencias que ayudarán a que la democracia no desaparezca de la faz de la tierra! Estoy convencido de que estos 25 años son los primeros de muchos de análisis sosegado, de debate sereno y de re-

flexión constructiva al servicio de las instituciones y de consolidar entre todos una política y una economía más saludable.

Mientras tanto, desde Galicia nos comprometemos a seguir aprendiendo de sus enseñanzas y a seguir escuchando a todos aquellos que nos quieran ayudar a construir un futuro de progreso, de justicia y de libertad. Por eso, para nosotros es un honor, insisto, poder recibirles, poder escucharles y poder aprender. Les aseguro que estamos ante personajes de la historia de sus países, personajes de Iberoamérica, personajes, en definitiva, a los que siempre es interesante atender y, si es posible, entender.

Hoy yo acabo expresando que presidentes de un Gobierno prolongado, como son los presidentes que hoy nos acompañan, son personas que deberían ser activos de su país. ¿Por qué? Porque conocen lo que ocurrió antes de su presidencia, porque conocen muy bien lo que ocurrió durante su presidencia, y porque son los únicos que conocen lo que ha ocurrido después de su presidencia. Hay presidentes en ejercicio que conocen con dificultad lo que ocurrió antes, que no se enteran mucho de su presidencia, y que no saben nada, lógicamente, de lo que puede ocurrir después de su presidencia. Tenemos en este caso a personajes que sí conocen lo que ocurrió antes, lo que ocurrió durante y la visión sosegada y tranquila, producto de la experiencia, el estudio y la reflexión, de lo que ha ocurrido después de su presidencia. Eso, como comprenderán, es un lujo que Santiago, en ningún caso, va a desconocer o a no atender. En esta tierra, en la que nos hemos caracterizado siempre por escuchar a los que nos han venido a visitar en los últimos 1.200 años, sabemos que es un lujo tener a estos peregrinos de la política, a estos estadistas de la política, a estos hombres de Estado.

Nada más.

Muchas gracias.

4 - La política en tiempos de redes. Presidente de la Fundación Círculo de Montevideo.

Julio María Sanguinetti

Señor presidente, que nos acaba de regalar tan inspiradas palabras, tan llenas de incitación para reflexionar; señor alcalde, que administra esta milenaria ciudad en que la piedra es poesía, en que la atmósfera respira la espiritualidad y el espíritu de su gente: agradecemos, ante todo, vuestra generosa hospitalidad.

Aquí estuvimos, sí, hace veinte años, época de don Manuel, a quien recordamos porque es la historia, así como Núñez Feijóo es el presente y es el futuro. Esa es la gran continuidad de la vida, de la construcción institucional.

Veinticinco años no es poco. Reconocerán ustedes que, por lo menos, somos persistentes. Veinticinco años en que nacimos, sí, hablando de *Nuevos caminos*, como recién se evocaba. Decíamos, como Rousseau, “Caminamos en solitario buscando un camino nuevo” porque, bueno, se había caído el marxismo, se había caído el Muro, el sueño del liberalismo extremo comenzaba a desvanecerse, no había parámetros claros de por dónde debíamos transitar; y ahí salimos a peregrinar y a hablar, a decirles que sí estaban cambiando todas las formas, pero que teníamos que preservar las esencias de nuestra civilización, de nuestro modo de vida, de nuestro modo de gobernar, de nuestro espíritu de libertad, de nuestra filosofía humanista, inspiradora, básica de toda edad. Y así anduvimos; ¡así anduvimos! Luego empezaron las sorpresas. Ahí tomamos como emblema a Paul Valéry, que dijo: “El futuro no es lo que era”. Efectivamente, durante años transitamos tratando de otear los nuevos rumbos que iban apareciendo y que nada tenían que ver con aquel futuro que en su tiempo se nos prometió, que se imaginó o se soñó, desde un extremo a otro: desde la tecnocracia sansimoniana que borraba la política en nombre de la ciencia, hasta el fascismo corporativo que superaba lo que era el individualismo libertario a través de corporaciones, o el marxismo con su concepción materialista y la necesidad, entonces, de atender ese mundo que nos estaba sorprendiendo. Y bien que nos sorprende; ¡bien que nos sorprende!

Stephen Dedalus, el personaje de la mitológica novela de Joyce, *Ulysses*, en cierto momento dice: “Ya que no podemos cambiar de país, cambiemos de tema”. Pues hoy no podemos cambiar de país ni de tema, porque la pandemia nos ha puesto adelante y adentro de



la mayor expresión de la globalización: la salud, como en *Diario del año de la peste*, de Defoe. Nunca habíamos imaginado que aquella peste que cuatro siglos antes de nuestra era se llevó al gran Pericles, la tendríamos que sobrellevar también nosotros. Eso, naturalmente, nos ha puesto en una situación que reconoce dos o tres escenarios o miradas.

El primero es la aceleración de las tendencias. El mundo digital no nace con esta globalización. ¡No! La globalización ya estaba y el mundo digital ya estaba; pero el primer año nos salteamos diez. ¡Ese es el tema! Se produjo un impacto de aceleración histórica inesperado y nunca visto, y las consecuencias de todo ello en lo social, en lo económico y hasta en lo espiritual han sido muy relevantes. O sea: hay una aceleración de tendencias.

Pero también hay coyunturas inesperadas y sorprendentes. ¿Quién nos iba a decir, hace un año, no más, que cuando iniciáramos la recuperación económica nos íbamos a encontrar con una crisis de contenedores? ¡De contenedores! Bueno, es parte de las sorpresas que nos da la vida. Esa crisis de contenedores, esa crisis logística, de explosión logística en el mundo, fue también testimonio de cómo esas nuevas tendencias y esas nuevas fuerzas fueron generando situaciones inesperadas, como una sobredemanda que nos impactó en esa dimensión inesperada.

Pero luego, esta pandemia nos ha puesto delante de dos fenómenos claros. Por un lado, que nuestra mentada globalización no tenía la menor gobernanza posible, que las instituciones internacionales que con tanto ensueño se habían construido en la segunda posguerra mundial, y hasta las instituciones económico-financieras que nacieron en el año 1948, estaban sacudidas y torpedeadas desde los mismos Estados Unidos, donde también había llegado el fenómeno populista. Era un mundo de una globalidad sin ninguna gobernanza. Lo hemos visto incluso en las propias autoridades sanitarias: la OMS rebasada por acá, rebasada por allá; la explosión de nacionalismos vacunatorios, o de nacionalismos científicos que aparecían. Es algo, entonces, que queda ahí como un desafío.

Tenemos que seguir mirando al mundo desde la resignación de que no va a haber instituciones internacionales. Creo que ese es un desafío muy fuerte; y es más fuerte además, porque ahora, aparentemente, se está reconstruyendo un clima de guerra fría que no debiera sustentarse. China y Estados Unidos son dos enormes potencias, diría que condenadas a entenderse. China no nos está queriendo exportar su modelo, como lo hizo en su tiempo la Unión Soviética, que quiso trasladar su idea comunista. China no está en eso. No es la China de Deng, no. Deng, a quien Felipe y yo conocimos bastante —y en buena hora!—, fue quien le cambió el ritmo al mundo. Pero no, no es esa China; ya es una China fortalecida, una China que se ha reencontrado con el gran poderío de su tiempo.

Y los Estados Unidos han pasado por una prueba inesperada, porque el populismo parecía ser un fenómeno de nosotros, los países más precarios en la institucionalidad y, sin embargo, Trump puso todos los ingredientes del populismo: nacionalismo rampante, América primero, desprecio por los adversarios, usos descalificatorios en el debate político, el presidente instalado mesiánicamente por encima de las instituciones, terminado todo en la máxima expresión teatral del populismo que fue aquella grotesca ocupación del Congreso, que fue la imagen más rotunda hacia el mundo de lo que puede ser el populismo. Sin embargo, en Estados Unidos las instituciones resistieron, el régimen no se hizo populista, y eso creo que es la gran lección que tenemos que rescatar: lo primero son las instituciones, las instituciones de la democracia, como el presidente también lo ha dicho recién. ¡Allí está nuestra base! Allí está nuestra alma: ¡abrazados a ella siempre!

De modo que este ha sido un enorme desafío que hemos tenido.

El segundo, que es también expresión de una continuidad, es que el Estado, asediado desde un lado y desde el otro, ha recuperado su centralidad. Como en todas las crisis la sociedad miró hacia el Estado, que es el encargado de conducir sea la crisis política, sea la crisis económica, sea la crisis sanitaria que no esperábamos. Reapareció nuevamente la centralidad del Estado

y el desafío a sus instituciones y a sus servicios públicos, tantas veces en los últimos tiempos cuestionados, tantas veces en los últimos tiempos cercenados, y que sin embargo fueron el instrumento básico. Los sistemas de salud tuvieron que dar la respuesta, primero para atender y luego para vacunar y prevenir. Y en eso ha sido fundamental la centralidad del Estado.

Pero, ¿qué ha ocurrido? Que a este Estado, naturalmente se le dieron poderes excepcionales; poderes excepcionales inevitables ante un tema de crisis. No era la administración normal, sino mucho más que administración: era Gobierno en crisis. Eso, entonces, hizo que afloraran las tentaciones: la tentación autoritaria, la tentación personalista. Y, bueno, en nuestra América Latina hemos vivido un poco de todo eso, donde también debemos decir sin alegría que no tuvimos una sintonía, porque México enfrentó la situación de un modo, Brasil de otro, Argentina de otro y el resto hicimos lo que pudimos, algunos mejor que otros. ¡Y aquí estamos! Chile y Uruguay creo que nos hemos defendido bastante bien; por lo menos hemos sabido vacunar porque los servicios del Estado han sabido funcionar.

Como dije, ha estado la tentación autoritaria presente. Que ya estaba, sí: estaba en Venezuela; apareció ahora en Nicaragua, incluso con una ominosa persecución a un gran amigo nuestro, Sergio Ramírez, gran escritor que ha honrado la lengua castellana y que ha honrado, también, el sentimiento democrático, luego de haber pasado por aquella revolución liberadora, de la cual tuvo que apartarse cuando se congeló en autoritarismo.

De modo que tenemos un desafío institucional, un desafío político, en una democracia que ya venía de atrás desafiada, en una democracia que venía ya cuestionada, en una democracia que se había encontrado con elementos, con fuerzas que le introducían factores inesperados. Las redes son hoy algo ineludible; las redes han transformado los modos de comunicarnos entre los humanos, con lo cual nos han dado una capacidad de comunicación única e inédita. Las grandes plataformas que hace diez años parecían ser la gran revelación mágica de los nuevos tiempos, hoy están bajo cuestionamiento.

Zuckerberg nos decía que él había construido una carretera neutral y que por ahí transitaba el que quería y el que podía. Bueno, pues no era tan así, porque también el mensaje pasó a ser el medio —como decía McLuhan—, y se vio que ese medio sirvió para manipular elecciones, para manipular situaciones, para generar contradicciones, hasta que incluso estos medios públicos se vieron obligados a censurar al presidente de Estados Unidos, lo cual abre otro debate sobre lo que significa la fuerza de esos nuevos instrumentos.

Pero esas redes que han tenido tanto de notable en el empoderamiento ciudadano, también lo han tenido en esa ilusión óptica del ciudadano que siente que ya no precisa ni de partido ni de iglesia, acaso ni de sindicato, para expresarse, porque él escribe en Facebook al propio presidente y luego dice: “¡Hay que ver lo que le dije ayer a este Gobierno!”. “¿Estuviste con Núñez Feijóo esta mañana?”. “No, no; le mandé un mensaje por Facebook”. ¡Ah! ¡No durmió, seguramente, el presidente con tu Facebook!

Esa ilusión óptica es parte, hoy, de esta llamada crisis de representación, que no es solo esto, porque ya veníamos con tendencias difíciles. Digámoslo con claridad: Chávez no fue quien disolvió los partidos venezolanos. El COPEI y Acción Democrática, los viejos partidos demócrata cristiano y socialdemócrata de Venezuela, fueron modelos en su tiempo, y aun habiendo dictaduras en toda América Latina, allí estaban como unos faros esos dos grandes partidos, continuidad y representación de las grandes tendencias europeas de la época. ¡No! Chávez no fue el causante, sino la consecuencia de que esos partidos se hubieran debilitado y les hubiera ganado la corrupción. Digamos que allí hay un enemigo fuerte, que ha ido creciendo: la expresión patológica de la llamada sociedad afluyente, esta sociedad de riquezas, esta sociedad de expansión, que excitó, estimuló ese virus que contagió a la democracia también y que nos debilitó. Chávez fue la consecuencia. Esa es la típica expresión del populismo porque fue, sí, un presidente popular; nació de una elección legítima. Luego, naturalmente, en el transcurso del tiempo esa legitimidad se desvaneció en el ejercicio de la autoridad cuando pretendió gobernar, como gobernó, desde la continuidad personalista, desde el auto-



ritarismo, desde la persecución al adversario, desde el fraude organizado como una grotesca exhibición, como lo han sido una y otra vez esas elecciones.

El fenómeno populista está allí, no ha desaparecido, y es una tentación constante que vemos, incluso, en la fragmentación de los partidos, y no solo en América, sino también en Europa. Esa fragmentación de los partidos es, sin duda, una de las mayores debilidades que nos convocan, que nos desafían a repensar esos partidos, a reformularlos, a mantenerles su vigor porque, ¿cómo se articula la opinión pública, dispersa hoy en el mundo de las redes, para que el Gobierno pueda ser conducente? El Gobierno es una síntesis: tiene que sintetizar corrientes de pensamiento en función de sus ciertas afinidades. Si no ocurre eso, estamos en el vaivén, en el vaivén de elecciones con candidatos de ocasión, con candidatos hijos de una burbuja plebiscitaria, con candidatos que superan las viejas estructuras. Lo hemos visto en Europa.

En Francia, en la última elección presidencial no estaba presente ni el gaullismo ni el socialismo, las dos grandes y relevantes tendencias históricas de la vida de Francia. No ha salido mal, pero eso ya era algo altamente revelador.

Chile. Creo que hoy Chile es la expresión de todos estos problemas que tenemos, porque a lo largo de estos veinticinco años en los que miramos tanto en perspectiva, Chile fue modelo durante muchos de ellos y lo fue legítimamente. Después de la dictadura de Pinochet, con toda su dureza y su intransigencia pero que también dejó una economía rampante, los enemigos de la democracia decían: “Vendrán estos señores políticos con su demagogia y ¡ya vamos a ver qué hacen! Seguramente se les va a caer la economía o no van a poder con los sindicatos, como ya pasó antes”. Bueno, los Gobiernos de la Concertación —y acá tenemos a Ricardo como testimonio de ello— fueron realmente ejemplares. Dos presidentes demócratacristianos, Aylwin y Frei, dos presidentes socialistas, Lagos y Bachelet, que mantuvieron el ritmo de esa economía, el vigor de esa economía, adaptándola luego a las instituciones democráticas con las cuales se reincorporó Chile —en función de sus viejas tradiciones, por otra parte—, y allí

se generó un proceso virtuoso. Sin embargo, empezó luego, lentamente, un proceso de corrupción. Había una nueva generación, la economía había generado una clase media nueva y vigorosa, el mundo del consumo había satisfecho muchas cosas pero generado esas nuevas necesidades que angustiaban, y había ido ocurriendo —si ustedes me lo permiten, con cierta osadía diré— algo parecido a lo que también ocurrió en España con una cierta generación —y perdónenme ya mi abuso— de malcriados, que llegaron creyendo que ahí estaba todo hecho, que la democracia había caído del cielo, que la prosperidad había caído del cielo, y que esos años —como decía el presidente recién— eran los de mayor prosperidad y libertad de toda la historia de España. Y esto es verdad, porque nunca España fue más libre, más próspera y más respetada, diría, que en esos años. Pero también empezó la angustia porque “No se ha hecho todo”, “Ha faltado esto otro”, como si se pudiera dar respuesta a todas las aspiraciones, a todas las necesidades y a todos los sueños. La democracia es un jardín imperfecto —el jardín imperfecto de las reflexiones de Montaigne—, pero había esa ansiedad: “¿Cómo ha sido esto?”. Eso es lo que recién decía el presidente: un poco el olvido de que se es parte de una cadena evolutiva y de que no somos los Adanes que de la nada volvemos a construir una civilización.

Esos malestares fueron creciendo. Esos malestares —a veces sí con reclamos legítimos, como lo fue la educación en el caso de Chile— no es que se desatendieran; se atendieron, se reformaron cosas, se fue avanzando. Hubo alternativas: primero sale la Concertación hacia la derecha, luego se retorna, luego se vuelve allá, y ahora ya no es, tampoco, la derecha tradicional del liberalismo conservador, sino que ahora tenemos también derecha-derecha, de las viejas entonaciones de la Segunda Guerra. Y hacia el otro lado, también tenemos un desfonde de los centros. Ese es uno de los grandes desafíos que tiene hoy la democracia.

La democracia requiere, sí, esa moderación, esa prudencia inevitable. Los Gobiernos moderados son los únicos que preservan la libertad, pero hoy los grandes partidos de centro —centroizquierda, centroderecha, centroliberal— son los que más se han estrechado en un mundo que busca extremos. Busca extremos

porque quieren salidas simples, porque quieren salidas rápidas, porque hay ese “instantaneísmo” propio de nuestra sociedad, en la cual todo se lo quiere para ya, y no se asume la necesidad de la ineludible evolución.

Todo esto es un desafío fuerte. Lo encaramos desde el espíritu abierto y convencidos de que siempre terminan predominando las estructuras de la libertad, las filosofías de la libertad; convencidos, sí, de que tendremos que atravesar tiempos difíciles, repensar instituciones, reconstruir partidos, reformular el propio Estado, porque ahora también está claro que tenemos cosas que atender; antes no lo teníamos tan presente porque no estábamos preparados para emergencias. Parecía que todo se había ido transformando hacia una situación de normalidad en la que el tránsito de la vida, de los desafíos económicos y sociales era, simplemente, un proceso evolutivo placentero; y no fue así. Tenemos que reformular, también, aspectos fundamentales del Estado y adaptarlo a ese mundo más participativo, a ese mundo más activo, a ese mundo de ciudadanos que se expresan con más espontaneidad, a veces sin parámetros muy claros pero con gran espontaneidad.

Todo eso representa enormes desafíos que debemos encarar y encaramos; para eso estamos en ese “aquí estamos”, no solo agitando ideas, sino tratando de buscar caminos y, sobre todo, los motivos de la reflexión y los motivos, también, de hablar claro. Eso es muy importante. ¿Por qué? En estos tiempos de lo políticamente correcto, a veces se transita el debate edulcorando cosas, ignorando otras, escondiendo oportunamente alguna otra. ¡No es así! El noble Cicerón decía: “La verdad se corrompe tanto en el silencio como en la mentira” o “en el silencio tanto como en la mentira”. Creo que lo importante es hablar y seguir hablando; hablar, porque detrás de la palabra va la idea, va el sentimiento, va la definición filosófica. ¡Esa es nuestra palabra!

Muchas gracias.

5 -Nuevas formas de trabajar. Presidente empresarial de la Fundación Círculo de Montevideo.

Carlos Slim Helú

Buenos días.

Señores presidentes, señor presidente Alberto Núñez Feijóo, gracias por su cordial invitación. Agradecemos también al alcalde y al presidente del Parlamento.

Amigas y amigos: me da mucho gusto estar aquí, en Santiago –ya es la tercera o cuarta vez que lo visito–, y participar de este encuentro en momentos en que la pandemia está rebrotando.

Esta pandemia se originó hace más de dos años –precisamente, se llama “COVID-19” porque comienza ese año–, aunque nos enteramos sobre finales de 2019; no recuerdo bien cuándo, pero creo que recién en diciembre empezó a conocerse lo que pasaba en China. Entonces, hace dos años que se conoce, hace más tiempo que se origina, pero llevamos dos años con ella, y comentaba el presidente que probablemente habrá que convivir con ella, y creo que no hay duda. Nos tomó de sorpresa; tan de sorpresa que en febrero ya era claro que venía una gran pandemia con efectos destructivos que iba a provocar graves problemas económicos.

Desgraciadamente, aunque desde principios de febrero era claro lo que estaba pasando, la Organización Mundial de la Salud hasta abril no anunció que había una pandemia. ¡Se quedó atrasada casi en todos los momentos esta organización! Y, ¿qué pasó? Pues lo que ocurrió fue que tomó de sorpresa a los Gobiernos y se recurrió al confinamiento como una solución para diferir el contagio. Ante el temor de que las capacidades de los centros de salud fueran completamente insuficientes se buscó alargar lo más posible el contagio para poder tener capacidad de atención. Desgraciadamente, no se tomaron medidas para habilitar rápidamente instalaciones que permitieran atender a los contagiados. Yo no sé cuántos contagiados habrá, pero nosotros pensamos que como el 50 % de la población ya se ha contagiado. También pensamos –son cifras muy alegres, no vayan a pensar que tienen ningún rigor– que probablemente el 40 % de los contagiados son asintomáticos, y que solamente el 5 % o el 10 % de los contagiados totales tienen que ir a un hospital, tienen que ser internados. Hubo o hay mucha atención a través del teléfono; cuando menos en México fue usual atender de esa forma. En mi familia, varios de mis nietos e



hijos se contagiaron y a todos los atendieron por teléfono. Se trataba de una atención relativamente sencilla, y algunos doctores hasta tenían estructuras de ayudantes o de otros doctores que permitían hacer eso.

En virtud de la iniciativa de un amigo y socio que tiene el sistema de entretenimientos más importante de México, pudimos habilitar un centro de convenciones como hospital, como una unidad hospitalaria. Originalmente se pensó en ofrecer 800 camas en tres meses; acabamos teniendo 630 camas, pero se habilitó en tres semanas. Quiere decir que muy rápido se podía hacer algo, muy rápido se podía responder.

Ahora, ¿qué quiere decir que tengamos que convivir con esta pandemia, con este problema? Este virus ya lleva tres mutaciones, y la última está preocupando mucho al mundo porque se supone que es mucho más rápido el contagio que provoca. Desde el punto de vista del contagio hay una gran preocupación, pero al mismo tiempo hay una gran expectativa porque no se sabe si este virus va a ser controlado con las vacunas previas, si estas sirven, si va a ser de fácil solución o si va a traer efectos graves. Esa es la gran pregunta, para la que seguramente en dos o tres semanas ya tendremos respuestas: qué tan virulento, qué tan grave, qué tanto aumenta la mortalidad o que tan poco efecto tiene en todo esto.

Lo que ha hecho la pandemia, desgraciadamente, es causar una gran mortalidad, que sin duda es superior a las cifras que conocemos, y probablemente sea del doble en algunos lugares, ya que no se están registrando bien los números y es de efectos más fuertes de lo que se plantea, tanto en contagios como en mortalidad. Basta con comparar —se hace en algunos lugares— cuál ha sido la mortalidad en los cinco años previos al COVID-19 y cuál la de los años 2020 y 2021, y sacar la diferencia; de alguna forma, la causa de ese aumento está inducida por este virus.

Afortunadamente, en abril de 2020 los italianos descubrieron que provocaba un riesgo de infartos por concentración de microcoágulos, y también encontraron otras cosas. Se empezó a conocer el tratamiento y, a los seis u ocho meses —quizás menos— de que se ori-

ginó, hace casi año y medio, ya se sabía cómo tratarlo. Se sabía que el virus actuaba en el cuerpo y que este, como defensa, provocaba una inflamación, que era lo que acababa siendo mortal. Entonces, había que atacar primero al virus con una medicina denominada Remdesivir, que es fantástica si se administra los primeros días. Esta medicina se usa para el ébola; se experimentó y resultó muy eficiente para esto. A mí me la aplicaron en enero de este año. Son cinco aplicaciones y lo increíble es que solo se necesita un décimo de gramo disuelto en 250 mililitros. Esto quiere decir que poco veneno sí mata, porque reitero que es 0.1 gramo disuelto en 250 mililitros. Son cinco aplicaciones en días, y al mismo tiempo se aplica también el antiinflamatorio. Ese es un tipo de tratamiento, pero hay muchos otros, así como medicinas más suaves para cuando no hay necesidad de aplicar en estas proporciones.

Entonces, yo creo que, de alguna forma, estamos relativamente preparados para convivir con este virus, sobre todo si podemos ampliar las instalaciones de las unidades hospitalarias para poder recibir a los enfermos, porque al principio la verdad es que muchos morían casi en las calles, en los consultorios, morían sin ser atendidos, etcétera, etcétera. Uno de los casos notorios fue el de Ecuador; recordarán que había muchos muertos y ni siquiera se tenía la capacidad para recogerlos. Afortunadamente, no solo sabemos ya cómo atender la enfermedad, sino que debemos destacar que no había existido quizás en la historia de la medicina una colaboración tan grande como la que hubo, un intercambio de experiencias y conocimientos, y que pudieran salir vacunas tan rápido, y no solo una sino varias, como fue el caso. Antes de un año ya estaban las vacunas disponibles, muy efectivas, y además, algunas de ellas —las de Moderna y Pfizer— dan instrucciones a las células, de tal manera que son tecnologías que se podrán aplicar para atacar el cáncer, la diabetes y muchas otras enfermedades. Eso creo que tiene una característica muy positiva dentro de todo este asunto de la pandemia.

Conocimos de cerca a una mujer investigadora de la Universidad de Oxford, que aceptó que AstraZeneca trabajara en la elaboración de la vacuna a condición de que cuando menos durante un año o hasta alcanzar mil millones de vacunas se vendieran al costo. Eso fue muy

importante, porque el precio era muy, muy reducido, y permitió que se atendiera a los enfermos con esta vacuna.

No cabe duda, por lo pronto, de que hay que convivir con el COVID, y lo central va a ser la vuelta a una relativa normalidad para que no haya una destrucción económica, una destrucción de empleo, una destrucción de empresas, y que vivamos situaciones todavía más complicadas que las que estamos viviendo.

A todo esto se suma –no lo hemos comentado– esa confrontación económica anunciada con agresividad por parte del presidente Trump cuando entró a Mar-a-Lago con el presidente de China –en 2016 o 2017; cuando echó unos Patriot en Siria–, y que en marzo de este año el presidente Biden, de plano, declarara la guerra económica a China, creo que de una manera un poco indebida o inconveniente, de tal forma que China empezó a tomar medidas. Esto que platicaba el presidente Sanguinetti sobre los contenedores no es casual; son estrategias chinas para complicar la cosa económica. Y fueron varias las medidas: los chips, los contenedores que han subido cinco o seis veces su precio –de USD 3.000 pasaron a costar USD 12.000 o USD 15.000–, la transportación que no se mueve, la subida del acero tres veces ante la suspensión de la producción del acero en China, la caída del mineral de hierro para Australia a la mitad del precio, la subida de precios antes de que Estados Unidos inicie la construcción de infraestructura, etcétera, etcétera. Ya están ahí metidos.

No cabe duda, en mi opinión, de que lo que debería hacerse es ir a una tercera guerra mundial, pero contra la pobreza; que en lugar de estar buscando guerras bélicas o problemas de este tipo, nos esforzáramos todos los países por combatir la pobreza para acelerar el proceso de incorporación a la modernidad a los miles de millones que todavía hay marginados. Esto lo ha estado haciendo China a nivel de unos veinte o treinta millones de personas cada año, que ha venido incorporando a la modernidad con educación, capacitación, empleo; formando clases medias como no se ha visto nunca en la historia de la humanidad. Ya son ochocientos millones de personas o más en clase media, que de momento, durante los últimos años han estado aho-

rando, pero ahora ya tienen esa capacidad de consumo para sustituir con su mercado interno cualquier problema de falta de exportación de sus bienes.

Esto del cambio civilizatorio, de esta nueva vida, de este nuevo mundo, de esta nueva civilización lo escribía y hacía público Alvin Toffler, pero desgraciadamente no le hacían caso, muy pocos lo escucharon. Hace cincuenta años, Alvin Toffler hablaba del *shock* del futuro, hablaba de la tercera ola; la primera fue la agrícola, la segunda fue la industrial, y esta sería la tercera. China, desde hace cuarenta años está siguiendo y tocando nota a nota lo que decía Toffler. Su planteamiento fue: modernización de la agricultura, de la industria, militar y de ciencia y tecnología.

Todo esto ha ido avanzando relativamente lento. Muchos de ustedes recordarán que en los años noventa se volvió popular y se manejaba el famoso *dial-up*, el internet de los años noventa, que inclusive llevó a que American Online, una empresa que daba este servicio y que tenía 20 millones de clientes, comprara Time Warner; tanto subió de valor, tanto se infló el precio de American Online, que logró comprar o fusionarse con Time Warner. En los años noventa el Internet era de 56.000 kilobytes. Así era como funcionaba. Hoy, con 56 megabytes, o sea, mil veces más rápido, apenas está funcionando; pronto funcionará con 200 o 500 megabytes, lo que significa que será 10.000 veces más rápido. Y, obviamente, con el 5G será todavía mayor.

Lo que está ocurriendo con esta pandemia es que la necesidad de la conectividad universal se hizo evidente debido al confinamiento, al trabajo no presencial, a las clases no presenciales; pero todavía hay 40 % o 50 % de la población que no tiene conectividad. Entonces, se vuelve evidente esa necesidad.

Nosotros estamos claros de que lo que ha logrado esta pandemia –aparte del trabajo acelerado de investigación, de medicina, de nuevas formas de vacunación y nuevas formas de salud, así como de expectativas de desarrollo biomédico muy, muy notable– es cambiar y acelerar el proceso de adopción de lo que esta nueva civilización señala. Esta nueva civilización estaba avanzando lentamente, pero con esto de la pandemia



se hizo más evidente lo que había que hacer. Para ver qué es lo que esta nueva civilización nos marca, nos enseña o nos señala, yo creo que sería bueno pensar en el cambio civilizatorio anterior, que conocemos muy bien. ¿Qué pasó en el cambio civilizatorio anterior, el de la sociedad agrícola a la industrial? ¿Qué sucedió con el empleo? ¿Qué sucedió con la forma de trabajo? Debemos ver la reconversión laboral que se va a dar – que se está dando ahora–, y cuál fue la que se dio en esa etapa de cambio civilizatorio.

Nada más voy a hacer un resumen rápido. Yo creo que, desde el origen, nuestro antepasado tenía ya un cerebro de mil centímetros cúbicos, más o menos la mitad de lo que tenemos ahora; es decir que ya había un cerebro desarrollado en el *erectus*, hace más de dos millones de años. Durante más de dos millones de años sobrevivimos. Cuando se acaba la glaciación empieza la sociedad agrícola, porque al no haber glaciación abunda el agua; hay cantidad de ríos, hay áreas ricas en fauna y flora, hay paraísos terrenales. En la Mesopotamia –entre dos ríos–, en el Nilo, en el río Amarillo de China, en todos lados había valles muy fértiles, con gran flora y gran fauna, y donde llegaban los humanos se volvían sedentarios. En esos tiempos, hace diez mil años, solamente crecimos diez millones de habitantes –se habla de diez millones de habitantes; quién sabe cuál será la cifra exacta–; hace dos mil años éramos cien millones, y apenas llegamos a mil millones ahí por finales del XVIII o principios del XIX. Ahora estamos hablando de que nos acercamos a ocho mil millones.

Aquel cambio civilizatorio ¡fue tan efectivo! Al ser sedentarios había comida, fauna, etcétera, etcétera, y entonces crecía mucho la población; pero al mismo tiempo que la población crecía, fue una época de guerras, de saqueos, de esclavizar, etcétera, etcétera. El empleo durante la sociedad agrícola era, fundamentalmente, un empleo de esclavitud. La gente estaba esclavizada, sometida, o formaba parte de feudos; no había movilidad social, no tenían libertad, vivían en la ignorancia, en la insalubridad, etcétera, etcétera. Esa era la sociedad agrícola. Se tomaban para las guerras como carne de cañón.

La transformación que se da con la sociedad industrial es que dejan de ser rurales, empiezan a ser ur-

banos. Surgen grandes centros urbanos, empiezan a trabajar ya en la producción industrial, en la manufactura. Así ocurre la evolución. En la primera mitad del siglo XIX, en Estados Unidos, la gente que trabajaba en las áreas rurales, en el sector agropecuario, era el 70 % de la población activa. Para el siglo XX, ya era el 2 % de la población la que se dedicaba al sector agropecuario. Es la evolución. Con el *ripper* la productividad subió mucho.

Entonces, hay una transformación enorme en la forma de trabajo de la sociedad agrícola a la sociedad industrial. En la sociedad industrial ya se necesita más capacitación, se necesita más educación, se necesita una persona más preparada; y conforme esas gentes van teniendo más preparación, y al mismo tiempo más ingreso, se va fortaleciendo la economía, se va fortaleciendo el mercado. Yo digo que lo que antes era una razón ética o de justicia, con un sentido moral, que era combatir la pobreza, en la modernidad –desde la sociedad industrial, sobre todo en su etapa posindustrial– y en esta nueva civilización, ya no es un asunto de ética ni de justicia social, sino que es una necesidad económica. Es una necesidad económica que la gente esté preparada y tenga poder adquisitivo, que tenga buenos ingresos. Ya eso es fundamental; es más: el desarrollo se sustenta en ese sentido.

Desde hace muchos años, hacia finales del siglo XIX o principios del XX, la sociedad industrial entra en su etapa más avanzada, que es cuando hay energía eléctrica, electromecánica y motor de combustión interna, que vino a sustituir al motor de vapor; hay entonces un aceleramiento económico y una transformación por la productividad económica nacional y el empleo. Se empieza a absorber mucho empleo rural; quien está en el campo y en el sector agropecuario se va a la manufactura. Esas sociedades industriales son las que encabezan el desarrollo en el siglo XX.

Aquí vale la pena hacer una observación: cuando Inglaterra comienza las presiones para meter el opio al mercado chino –era un opio producido en la India y consumido en China, y representaba un gran negocio–, se viene la guerra del opio. Inglaterra y Estados Unidos empiezan a presionar –Inglaterra en China y Estados Unidos en Japón– para poder entrar a esos mercados,

a esas economías. Es entonces que China se cierra, casi se aísla, y continúa durante todo el siglo XIX y buena parte del XX siendo una sociedad agrícola primitiva. Inclusive, cuando Mao quiere dar el salto hacia adelante, es un fracaso; luego, con la revolución cultural tratan de emparchar lo otro. Pero lo interesante es que China se mantiene como un país agrícola, que vive en el autoconsumo, en el retraso, etcétera.

En cambio, Japón decide abrirse a la entrada de la industria y desde el siglo XIX se industrializa tanto que a principios del XX vence al ejército ruso –creo que en 1905–, y antes de la Segunda Guerra Mundial –en los años treinta– invade China. Ya mucho antes le quita Taiwán, se apropia de Taiwán, pero por su poder industrial vence a China con facilidad. Hábilmente, comienza la famosa marcha de Mao a China –que yo no la había entendido muy bien–, esa marcha que hace el comunismo encabezado por Mao para esconderse, para aislarse. Se mete al norte y al oeste, y deja que los nacionalistas de Chiang Kai-shek combatan a Japón; eso hace que se debiliten tanto Chiang Kai-shek y los nacionalistas chinos, que luego Mao los vence con facilidad.

Esto es muy interesante, porque China se mantiene aislada como un país agrícola hasta 1978, que se abre con Deng Xiaoping y empieza su cambio. ¡Ha sido tan fantástico el cambio! Es más fácil cambiar de una sociedad agrícola a una moderna, que cambiar como en Europa, que viven en un mundo de confort. Los cambios en Europa son muy difíciles: hay oposición de los sindicatos, oposición de tal y cual, y por eso es que Europa se está quedando atrás en este cambio civilizatorio, desgraciadamente. Vemos que si Estados Unidos saca innovaciones, China saca dos; aquí crean Amazon y allí forman Alibaba y otras tres. Sin duda, China ya está, tecnológica y económicamente, a la par de Estados Unidos.

¿A dónde voy con esto? ¿Qué es lo que significa este cambio civilizatorio, esta pandemia, y qué efectos tiene en el empleo? Para mí no hay duda de que la reconversión laboral va a ser cada vez más acelerada, y la pandemia lo demostró; la productividad de esta nueva civilización es muy alta y muy rápida. A diferencia de la industrial, que hizo los cambios durante 250 años, esta los está haciendo en unas cuantas décadas. Vemos

a China que en cuatro décadas pasó de ser un país agrícola, muy atrasado, a ser un país muy avanzado, ya no solo industrial sino tecnológicamente.

Este cambio acelerado, inducido también por la pandemia, demostró cómo se puede trabajar: la famosa oficina en la casa, trabajar desde la casa, trabajar a control remoto. El alcalde señalaba que hubo una reunión y una persona, desde el aire –estaba viajando en un avión–, venía trabajando. Con la comunicación remota, con el famoso Zoom que permite conferencias virtuales, ya no se requieren salones de conferencia enormes, o juntas de consejo en salones, y sin importar en qué lugar están las personas, se llevan adelante.

Con este cambio yo veo dos cosas fundamentales. Por supuesto, una es que urge que haya conectividad universal; a las personas de bajo ingreso, como una especie de beca, el Estado debería pagarles el servicio de conectividad. Este es un programa que ya tiene Estados Unidos desde hace más de veinte años, por el que paga USD 10 a las empresas de telefonía móvil para las personas calificadas como marginadas o que se encuentran bajo ciertas condiciones, y las empresas de telefonía móvil les tienen que dar un aparato inteligente –de cierta calidad hacia arriba–, voz ilimitada y uso de datos. Debe haber unos veinte millones de personas bajo esas circunstancias, y lo que está haciendo el Gobierno americano es utilizar un fondo que se origina, también, en lo que se recauda del servicio, y dar ese subsidio a parte de la población. La conectividad universal va a permitir el trabajo remoto como parte del nuevo empleo, de la transformación que produjo la nueva civilización; la tecnología dará apoyo al aceleramiento que trajo la pandemia.

La otra cosa fundamental es trabajar tres días –vengo diciéndolo ya hace algún rato– once o doce horas diarias y tener cuatro días libres –con lo que se crearían nuevas actividades–, y jubilarse a los 75 años. ¿Qué significa jubilarse a los 75 años? La mayor parte de los Estados, de los países desarrollados, están quebrados por el pasivo laboral de las pensiones. Si la gente se jubila a los 60 o a los 65 años no hay cómo pagar; en cambio si se alarga a los 75, son diez o quince años más de aportación del trabajador y son diez o quince años menos de pago de la jubilación. Esto tiene un efecto enorme en el valor presente y en el pasivo laboral que



eso significa. Entonces, tiene un doble efecto: por un lado en las pensiones, porque fortalece las finanzas públicas de manera importante y, al mismo tiempo, se duplica la planta laboral al trabajar unos de lunes a miércoles y otros de jueves a sábado. De esa manera, se duplican los empleos.

Creo que eso es lo que debe venir en el futuro próximo, tanto esto como el trabajo a distancia, el trabajo en la casa, las juntas en la casa o en cualquier lugar, etcétera, etcétera. En definitiva, la movilidad. En la educación, ya Khan Academy anunciaba hace 15 años clases fuera de las aulas, para tomar los cursos a cualquier hora, en cualquier lugar, en cualquier momento, en cualquier red, sin necesidad de tener un aula o un programa fijo. Yo veo eso como dos factores fundamentales en la relación.

Por otro lado, los Gobiernos deberían enfocarse —es una combinación que creo que pondría un piso a la pobreza— en la salud universal obligatoria, así como en la educación y la cultura, pero una educación moderna y de calidad, universal, con una conectividad también universal y una reducida cantidad de renta básica, complementaria de estos dos servicios, una cantidad de renta básica que sea suficiente para vivir, pero insuficiente para satisfacer o volver a la persona floja y que ya no busque el trabajo porque está recibiendo eso. Creo que los pagos que hizo el Gobierno americano fueron en exceso, porque eran USD 25.000 o USD 30.000 libres de impuestos, y eso ha creado una enorme falta de mano de obra, porque la gente no va a eliminar sus USD 25.000 o USD 30.000 netos, sin impuestos, por tomar algún trabajo fijo.

Resumiendo, esta sería una fórmula para tener una red social. Alguna vez lo platicamos con el presidente Lagos cuando como mandatario estaba estableciendo la protección de redes sociales mínimas de bienestar en Chile; esta creo que es complementaria porque se trata de salud y educación completas, un ingreso relativamente reducido pero suficiente y la conectividad ya se vuelve tan importante que tiene que ser un servicio casi tan importante como el agua, y quizás más que la misma electricidad.

Muchas gracias.

6 - Nuevos y viejos enemigos de la democracia.

Felipe González
Ricardo Lagos
Alberto Núñez Feijóo
Julio María Sanguinetti
Carlos Slim Helú

Julio María Sanguinetti

Definidos ya unos cuantos temas de agenda, el de la democracia está en el centro.

Comenzamos, Felipe.

Felipe González

Tengo que agradecer las intervenciones anteriores, empezando por la del presidente Núñez Feijóo, y siguiendo por la siempre brillante de Sanguinetti y la sugestiva de Carlos Slim. Eso de revolucionar el trabajo con la vista puesta en el futuro, y dignificar ese trabajo, es –al hilo de este cambio civilizatorio– una reflexión a la que merece la pena dedicar tiempo.

Ahora vamos a hablar de la democracia, de viejos y nuevos enemigos de la democracia. Hace poco comentaba –no recuerdo bien con quién– una frase de Sócrates, que le da sentido a lo que vamos a decir. Señalaba que cuando el ciudadano cree –Derechos y Obligaciones, paquete de Ciudadanía– que su libertad consiste en traspasar los límites de la ley o en vulnerar la ley, la convivencia se deshace, porque invade la libertad de los otros y, por tanto, se destruye la esencia de la libertad. Parecería un diagnóstico de hoy; parecería que nos podría servir para una reflexión como la actual. Y esto, estando absolutamente de acuerdo en que hay impactos nuevos, completamente diferentes, para la gobernanza de eso que llamamos democracia representativa, que es la única que existe. Incluso alguien ha dicho recientemente, de manera brillante, que lo que se ha estigmatizado como neoliberalismo es, en realidad, una cierta traición al liberalismo en el que se fundamenta la convivencia; algo parecido a lo que el comunismo sería respecto de la socialdemocracia: una traición a esa pulsión de lucha por la justicia y por la igualdad.

Por tanto, viejos enemigos de los ensayos democráticos, desde la Grecia clásica hasta hoy, los ha habido siempre. Y nuevos, los hay como una reiteración de la historia bajo nueva forma.

Nosotros –y digo nosotros en el sentido más original del término– tenemos una larga tradición de



caudillismo, de depositar la confianza en el caudillo, y tenemos, además, una vasta literatura que, si se quiere, podemos comenzar a repasarla –porque estamos en esta tierra– con del Valle-Inclán, recordando *Tirano Banderas*. Desde *Tirano Banderas* hasta hoy, y pasando por *El coronel no tiene quien le escriba*, o lo que quieran, tenemos una maravillosa literatura para comprender cómo y quiénes rompen las reglas de juego de la convivencia. Y a eso me voy a referir en esta intervención un poco introductoria de todo lo que vamos a oír después.

¿Por qué volver a reflexionar sobre los elementos fundamentales? ¿Por qué hay una desafección a la democracia? Se le atribuyen fallos que son de ejercicio del poder dentro del marco y de las reglas de juego de la democracia. Por tanto, la culpa la tiene la democracia. Y si la culpa la tiene la democracia, busquemos un salvador en forma de caudillo, en forma de tirano, que acumule todos los poderes y rompa con esta ineficiencia de la democracia. Estamos repitiendo, entonces, con nuevas formas y con impactos radicalmente nuevos. Porque esta revolución de la comunicación entre los seres humanos que ha introducido esta era nueva de Internet es una más de todas las revoluciones que en el mundo han hecho que merezca la pena considerarlas como tales. La de comunicarse entre los seres humanos en tiempo real, eliminando el espacio, la distancia y el tiempo de comunicación es la revolución más espectacular de todos los tiempos en la historia de la humanidad. Y ¡claro que eso altera las relaciones entre los seres humanos! Tenemos la conciencia de que lo que estamos haciendo aquí podrían seguirlo en tiempo real en cualquier lugar del planeta; ya no hace falta, para comunicarse, mandar un correo, que tardaría no sé cuántos meses en llegar.

Julio María Sanguinetti

Incluso ahora recibí por red un comentario, desde Montevideo, sobre algo que habían visto aquí.

Felipe González

En cualquier parte del planeta podrían estar ahora conectados para seguir una reflexión de esta naturaleza o cualquier otra cosa, como por ejemplo una propuesta que podría ser rupturista.

Por tanto, voy a intentar recuperar un poco el sentido histórico. Es decir: qué nos está pasando; por qué tenemos una crisis de la democracia representativa y un incremento de las pulsiones –con carácter genérico– autoritarias; por qué empezamos a tener tantos salvadores de la patria por uno u otro lugar de nuestro espacio de convivencia democrático; por qué estamos viviendo una crisis de la democracia representativa, la única que existe.

Bueno, en el edificio de la convivencia democrática hay algo que en una época como esta, en la que casi todo está en la superficie, no se ve; y lo que no se ve, lo que no es “inmediático”, no se aprecia. Y los fundamentos de este edificio de la convivencia son, en términos generales, la Constitución y el ordenamiento jurídico que hemos aceptado. Esos son los cimientos; cimientos que no se ven, cimientos que se pueden ir resquebrajando. Y como sucedió en ese edificio de Miami, solo se es consciente de que los cimientos han fallado cuando todo lo que vive encima de ellos –con inconciencia absoluta de esos cimientos– se viene abajo y se derrumba. ¿Qué es lo que está pasando? ¿Dónde están los fundamentos de una convivencia democrática y, por tanto, de una convivencia en la que todos tengamos algo que decir?

Empezamos por ver –o por ver que no se ve– lo que nos condiciona, que son los fundamentos de la convivencia. Esos fundamentos no inciden inmediatamente en la vida de los ciudadanos; resisten lo “inmediático”, y por consiguiente, son algo que no se aprecia, que no se valora. La vulneración de las reglas de juego, la vulneración de los elementos fundamentales de la convivencia, de las Constituciones o de las reglas de juego, no parece importante. Y no parece importante hasta que los cimientos del edificio están lo suficientemente resquebrajados como para que ese edificio se venga abajo.

Por tanto, primera parte de la reflexión: los fundamentos de la convivencia siguen siendo el respeto al Estado de derecho, el respeto a la Constitución. No son las Tablas de la Ley. Esos fundamentos pueden y deben cambiarse para adaptarse a los nuevos tiempos, pero hay que hacerlo respetando las propias reglas que uno establece para sí mismo, para la convivencia ordenada.

Tenemos entonces un primer nivel, que son los elementos fundamentales, que presentan una gran dificultad en la sociedad en la que vivimos: no se suelen ver, porque están debajo del nivel de visibilidad y, por tanto, solo se aprecian cuando la parte en la que se sustenta el edificio de la convivencia –vuelvo a Sócrates– se ha resquebrajado lo suficiente, o se ha venido abajo, y se altera la propia convivencia.

Pero eso no es suficiente como respuesta. Es una condición necesaria pero no suficiente. Para la convivencia, además, hay que articular lo que se ve en la superficie, que son los fundamentos económicos, sociales, la redistribución. Bueno, ¿qué es lo que está ocurriendo? Lo que está ocurriendo en esta sociedad es bien sorprendente. Entre otras cosas, por ejemplo, estamos viendo que en los mayores negocios –“negocio”: negación del ocio; los fundamentos de ese gran afloramiento en la superficie son los negocios–, por primera vez en la historia, la materia prima no se paga. Hemos pasado por la época del petróleo; en la época del petróleo se pagaba la materia prima. Pero en la época actual la materia prima son nuestros datos, son nuestras vidas comprimidas en datos; datos que están disponibles desde que uno nace hasta después de muerto, porque también son los datos que se heredan. Y esos datos se manejan obviamente con una especie de autorización en la que nadie piensa; en una especie de enajenación del derecho a la propiedad más sagrada que existiría, que es la propiedad de los datos personales de la propia vida. Esa es una de las grandes revoluciones. Y bueno, esa es la materia prima de los negocios más importantes y más lucrativos que existen hoy en la humanidad, y que son gratis; están disponibles sin pagar como se paga por el petróleo o lo que ustedes quieran.

Estamos entonces en una sociedad bien peculiar. Antes, cuando estábamos fuera, hacía una broma con el presidente Núñez Feijóo: le decía que el negocio es la negación del ocio. Sin embargo, el ocio, lo que consideramos ocio, es el fundamento de la filosofía. No existiría filosofía sin el ocio. La negación del ocio es el negocio, y el mayor negocio de nuestra vida es la explotación del ocio. Bueno, la materia prima de las grandes, grandes plataformas de comunicación –alguna referencia se ha hecho–, de las que Europa está bastante ausente –ha irrumpido con fuerza China, como lo recordaba Carlos, creo, en su intervención, y Estados

Unidos es una gran potencia desde ese punto de vista–, es gratis; la explotación del ocio digamos que es gratis porque la materia prima son los datos personales. Y no solo del ocio; del ocio y del resto de las actividades. Toda nuestra vida está comprimida, a través de las redes, a través de los instrumentos de captación de la información, y en manos de grandes, grandes empresas –por llamarles de alguna manera, aunque en realidad lo son– que no pagan por esa materia prima.

Julio María Sanguinetti

Y hasta conocen tus gustos. Por ejemplo, Netflix te dice: “Felipe: ¿te gustaría ver esta película?”

Felipe González

Y es natural que lo hagan, entre otras cosas porque si a mí se me ocurre preguntar por algo tres veces, a través de uno de los sistemas de penetración en la red, sea Google o cualquiera de ellos, me están haciendo una taxonomía, me están clasificando, y –naturalmente– al cabo de cierto tiempo me están hablando selectivamente de aquello que piensan –y con mucha razón– que es lo que más me interesa, y por tanto me están segmentando la oferta en función de un análisis de mis gustos o de mis problemas personales, incluidos –lo cual es una invasión fantástica a la intimidad– mis males, mis enfermedades. Esa es la materia prima del mayor negocio del mundo: el negocio de esas plataformas.

Entonces, estamos en una sociedad en la que en el subsuelo existe una normatividad, al menos formalmente, que despreciamos. Hablo de la Constitución, de las instituciones, etcétera. Es lo que está en el subsuelo y no se ve. Y el edificio de la convivencia de pronto se derrumba, con no sé qué cantidad de víctimas, y nadie sabía que lo que sucedía era que los cimientos estaban fallando. Porque los cimientos no se ven; y lo que no se ve no importa en la sociedad de la inmediatez o de lo “inmediático” que estamos viviendo.

La segunda parte tiene que ver con qué economía estamos viviendo. Y es una economía, entre otras cosas, que se basa en una materia prima por la que no se paga. La materia prima son los datos, los datos personales. No se pagan como se pagaban las reservas de petróleo, etcétera.



Por lo tanto, es difícil pensar en mecanismos razonables, comprensibles, de redistribución. Antes decía Carlos Slim –atención– que si uno es capaz de redistribuir ingreso sin que haya un esfuerzo complementario –no me refiero al mínimo vital– para recibir ese ingreso, cada día habrá más ausencia en la oferta de trabajo –no digo ni siquiera de empleo–, porque realmente la gente no considerará que merece la pena saltar de la situación que tiene a la situación de la búsqueda de un empleo. Entonces encontramos y observamos situaciones en las que tenemos –medidas de aquella manera– grandes bolsas de desempleo que no atienden a una oferta de empleo, entre otras cosas porque no les merece la pena pasar, de la condición de la subvención mínima o cruzada, a un empleo que no les retribuye y que les quita esa subvención de la que gozan.

Vivimos entonces en una sociedad francamente desarticulada y con un problema de fondo: la redistribución del ingreso es crecientemente desigual; que no es lo mismo que el crecimiento o no de la pobreza. Hay crisis en las que el gran temor –eso lo veo en el ámbito iberoamericano al que pertenecemos– es perder el estatus en el que se está, por una crisis, por ejemplo, como la del COVID-19. Perder ese estatus que la gente siente frágil –sea o no frágil; en muchos casos lo es– produce un temor y una revuelta generalizada, un cuestionamiento de la totalidad del sistema y, por lo tanto, un efecto que es devastador para la ordenación de la convivencia.

Entonces, tenemos un nivel de los fundamentos de la convivencia, que podríamos decir que son las grandes reglas de juego –instituciones, etcétera–, que están en el subsuelo. Por eso antes hacía la cita de Sócrates. Cuando alguien cree que desbordar las reglas de juego legalmente establecidas es un ejercicio de libertad –cosa que es bastante frecuente–, el fundamento de la convivencia se resquebraja, porque todos tienen derecho a hacer lo mismo. Y si todos tienen derecho a hacer lo mismo, no cambiando las reglas de juego de manera adecuada –que podría ser–, sino simplemente sintiéndose libres para vulnerarlas, están haciendo un llamamiento subterráneo o evidente a que haya un autócrata que garantice no se sabe qué.

No pueden ustedes imaginar qué pasa en cada sitio. Pensemos en las elecciones en Chile, país modelo

de tantas cosas; pero, bueno, no se puede ser modelo en tantas cosas. Anoche, en una conversación, recordaba Ricardo –y voy terminando– que cuando visitaba Chile no siempre era bien recibido. Ricardo lo sabe. “Este es más peligroso que los que tenemos enfrente” decían algunas de las grandes, grandes fortunas chilenas. “Es como si ‘a la chita callando’ fuera introduciendo el veneno de la redistribución del ingreso, de la aportación a la fiscalidad, etcétera”; es decir, fundamentos para que hubiera una sanidad razonable, una educación razonable, con un acceso universal, etcétera. Él ha introducido algún elemento más. Ricardo recordaba que había quien decía: parece que les salió muy bien. Pero cuando llegó al Gobierno –esto que voy a decir es aproximado o arbitrario– la recaudación sobre el PIB podía ser el 23 % o el 24 %, y resulta que él hizo su reforma fiscal o aplicó las que estaban hechas ya por los Gobiernos anteriores y llegó al 36 % o 37 % del PIB, lo que permitió universalizar la sanidad, el sistema educativo y financiarlo, etcétera. Porque nada de eso es gratis. Y no solo se tiene que saber hacerlo; se tiene que saber hacerlo de manera eficiente. No se puede llevarlo a cabo de una manera tan burocrática que, en realidad, produzca un despilfarro, un desahorro. Bueno, y veamos si algo se ha resquebrajado en Chile –entre otras muchas cosas– para producir estos cambios. Porque el nivel de exigencia del ciudadano chileno siempre ha sido altísimo, en general mucho mayor –incluso cuando una buena parte de la ciudadanía tuvo que exiliarse– que los recursos disponibles para atender esas exigencias. Y la resistencia a aumentar los recursos disponibles ha creado un problema que hoy estamos viviendo de diferentes formas.

Pero, sobre todo, yo quería que advirtieran que los fundamentos de la convivencia, los que no se ven, los que están por debajo de la línea de flotación, parece que no tienen trascendencia. No se ven –lo que se discute en el día a día es lo que se ve–, y lo que no se ve parece haber desaparecido. Y en lo que se ve hay un gravísimo problema de concentración de la riqueza. Esto es compatible a veces con la mejora de la lucha contra la pobreza. No quiere decir que haya más pobreza en relación con el pasado. Se puede eliminar –el ejemplo de Chile es muy evidente– una parte creciente de la pobreza y, al mismo tiempo, producirse un exceso de concentración –que termina siendo insostenible– de la riqueza.

Por lo tanto, tenemos que tener los mecanismos suficientes para que las sociedades gocen de más oportunidades. Hay soluciones –que pueden ser razonables–, como asegurar un ingreso mínimo, una renta mínima. Eso me parece razonable; pero si la renta percibida es disuasoria respecto del compromiso a actuar tanto por cuenta ajena como por cuenta propia, eso se vuelve contra la propia redistribución del ingreso. Esta tiene que ser inteligente e ir con aportaciones que ayuden a la comunidad y al desarrollo.

Estamos en una sociedad nueva: es la sociedad de la red; es la sociedad de la Internet, con conceptos nuevos. Yo pertenezco a la parte esa del mundo que creció con la inteligencia analógica. Hay otros –como mis hijos y mis nietos– que pertenecen a la inteligencia digital. A mí me asombra que me digan cómo se manejan diversos aparatos sin que nadie se lo haya enseñado. Parecen haber nacido con eso; en realidad han nacido con eso. Y hablar de inteligencia analógica o de inteligencia digital es como una exageración, porque lo que abunda es la falta de inteligencia, analógica y digital. Pero, bueno, de alguna manera la tenemos que llamar para identificarla.

En fin, realmente estamos en un momento de transición, como lo recordaba hace un momento Slim. Ahora, imaginemos un momento de transición en el que se iluminara razonablemente el planeta. Yo algo de eso he vivido. Las primeras veces que sobrevolaba la Amazonia, para llegar desde España a Santiago, por ejemplo, había muchas zonas de oscuridad, y ahora hay cada vez más zonas de luz. Hemos tardado un siglo y medio en iluminar con energía eléctrica el planeta. Carlos decía que en dos generaciones –aunque no lo medía en términos de generaciones– el planeta se ha llenado de conectividad. Y donde no hay conectividad en red, hace falta. Esa expansión de la red ya está disponible. El planeta está envuelto en ella. La red te puede permitir una comunicación inmediata o “inmediática”, porque altera también el papel de los medios tradicionales de comunicación.

Estamos viviendo una revolución en el sentido tecnológico del término. Las otras revoluciones siempre han sido “un día de fuego y cincuenta años de humo”, como mínimo. Pero las revoluciones de verdad, las que

van a caballo de cambios tecnológicos que a la vez alteran las relaciones entre los seres humanos son estas, las que estamos viviendo, y es muy difícil prever o anticipar las consecuencias. Sobre todo, hay que intentar profundizar con serenidad en esas consecuencias, porque respecto del triunfo del autoritarismo rampante que estamos viviendo, el color con el que se presente importa menos. El triunfo de este contaminó, en el tiempo de Trump, hasta Estados Unidos. Estos arbitrarios que ocupan el poder rompen las reglas de juego y, si se encuentran con instituciones no suficientemente poderosas para contenerlos, arrasan con la institucionalidad y con las normas de convivencia democrática. Por tanto, no responden ni al problema principal de respetar las libertades organizadas constitucionalmente, ni al problema derivado de este, que es el de una redistribución negativa de la riqueza.

Este momento lo estamos viviendo en el debilitamiento de la democracia en la que creemos, debilitamiento que está afectando a elementos estructurales, de tal manera que se contraponen modelos curiosos de nuevas tiranías. Esas tiranías aparecen a veces con distinto signo, y a veces las protestas de grupos de reflexión se diferencian –dependiendo del color del grupo de reflexión– entre tiranías más aceptables, porque se parecen más a lo que yo pienso, y tiranías menos aceptables, porque se parecen menos a lo que yo pienso. Pero el resultado es el mismo.

Ese es –y no quiero extenderme más– uno de los grandes desafíos que tenemos por delante. Son desafíos difíciles de aflorar para que la gente sea consciente de qué ocurre a continuación de vulnerar las reglas de juego de la convivencia, de no respetarlas incluso para cambiarlas cuando es necesario, y muchas veces es necesario cambiarlas para adaptarlas a los tiempos que vivimos.

Julio María Sanguinetti

Gracias, presidente.

Está claro lo de los cimientos, y también está claro que el edificio se mueve y se resquebraja.

Presidente Lagos, adelante.



Ricardo Lagos

Quisiera comenzar diciendo que siempre es complejo hablar después de Felipe, porque describe un escenario extraordinariamente claro. Entonces, pensando en lo que me correspondía ahora, me dije que a lo mejor podemos mejorar un poco la expresión de lo que tenemos como desafío, que es el mundo en pandemia; entonces, yo agregaría “en medio de un cambio epocal”; es decir, el mundo en pandemia en medio de un cambio epocal. ¿Qué cambio epocal? Ese cambio que va de la Revolución Industrial, con todo lo que eso implica, a la revolución digital, que es otro mundo muy distinto.

Los cambios epocales a lo largo de la historia de la humanidad no son muchos, pero es claro: cuando llega la invención de la máquina a vapor, allá por el 1776, cuando Mr. Watt inscribe en el registro de la propiedad intelectual –en Londres, por supuesto, en aquella época– su máquina a vapor, eso significó una revolución desde el punto de vista de la productividad del ser humano. Allá por el 1770 el ser humano, en un 90 %, vivía en el campo. Y, claro, es la Revolución Industrial la que hace surgir entonces la máquina, los trabajadores –que son los que trabajan la máquina– y el traslado del ser humano del campo a la ciudad. ¡Mire usted! Y porque con esa máquina aumentó la productividad de una manera insospechada, esos 1.000 millones de seres humanos que vivían por allá por el 1800 pasaron a 1.600 millones allá por el 1900. ¡Y miren el salto de 1.600 millones a 6.000 millones en el año 2000! ¡Nunca en la historia de la humanidad se había hecho un salto tan grande en cien años!

Y gracias a la máquina a vapor y todas las otras cosas de la Revolución Industrial, hubo un desarrollo extraordinario y la gente se fue del campo a la ciudad. Junto con eso entonces surgieron las instituciones propias de esta Revolución Industrial, en la que ya venía –claro– el invento de la imprenta de Gutenberg; ya venía –cien años después– el que alguien descubriera que con la imprenta podía tener un diario; y ya venían –cien años después– unos filósofos en Francia que pensaron que si leían el diario todos los días y sabían lo que iba a resolver el rey, por qué no lo hacían ellos;

y con el diario surgió entonces la posibilidad de la democracia. Y de la democracia, Montesquieu mediante, vino la división de poderes: para que no estuviera todo el monopolio del poder en manos de una persona, sino que distribuido entre aquel que es Poder Ejecutivo, aquel que es el Parlamento que hace las leyes y aquel que es el Poder Judicial. Y eso tiene lugar en medio de esta Revolución Industrial, del cambio epocal de ese momento. Todas las instituciones que conocemos son las de la Revolución Industrial. Elegimos un Gobierno. Ya podemos discutir sobre régimen parlamentario o presidencial, monarquías constitucionales como en Europa, o sobre lo que ustedes quieran.

Pero, repentinamente, esta Revolución Industrial implicó que el ser humano tomara los recursos del planeta como infinitos, y aprendimos entonces, muy tarde, que 6.000 millones estábamos depredando el planeta. Utilizábamos el planeta como si estuviera a nuestra disposición de manera infinita. Y empezamos a descubrir que a lo mejor el planeta es finito; empezamos a percibir lo que algunos llaman el cambio climático y empezamos a preocuparnos, entonces, de algo en lo que antes no pensábamos: ¿existe justicia intergeneracional? ¿Cuál es la forma de entender el aprovechamiento hoy y cuál es la forma de entender qué dejo a mis hijos y nietos? Era un tema que antes no nos preocupaba y ahora parece que sí. Entonces, empezamos a pensar que a lo mejor hay algo llamado cambio climático, y eso es algo de los últimos veinte, treinta, cuarenta años del siglo pasado y comienzos de este.

¿Por qué hablo de esto? Porque hay entonces otro cambio epocal cuando empieza a surgir el fenómeno de lo digital, el fenómeno de los algoritmos, el fenómeno de la inteligencia artificial, el fenómeno de que al cambio de un clic traslado miles de millones de dólares, y de otro clic, estoy en condiciones de hablar de igual a igual con aquel que es el poder. Antes, a lo sumo, si usted estaba molesto mandaba una carta al director del diario y esperaba a ver si se la publicaban, o si tenía la suerte de estar en un *focus group* podía decir lo que pensaba, y ayudaba a ordenar. Ahora, cambió repentinamente el mundo con lo digital. Esas son las cifras que citaba nuestro Carlos Slim, cuando hablaba de pasar a mil veces la velocidad a la cual se procesan

los temas. ¡Ah! Entonces hay un cambio de velocidad! ¡Entonces ahora yo también puedo decir mi opinión! ¡Ah! Porque lo que considerábamos normal era que el líder hablara y que el partido político ordenara a sus parlamentarios, y a partir de eso estábamos en condiciones de tener un sistema vertical funcionando. Pero la revolución digital significa pasar de lo vertical a lo horizontal. Porque la revolución digital significa que cualquier ciudadano manda un tuit en cualquier momento, y ¡no quieren saber lo que estaríamos viendo si esto se transmitiera en Chile! ¡Los tuits que estarían mandando, preguntando hasta cuándo voy a seguir hablando! “¿Por qué Lagos no se queda callado de una vez?” Porque es inmediato.

Entonces, tenemos que ver cómo somos capaces de enfrentar este cambio epocal, que es el fin de un sistema al comienzo de otro, cuando simultáneamente nos llega una pandemia que nos adelanta lo que se suponía que venía a futuro. Porque esta pandemia ha sido una lección de humildad para todos nosotros, a través de dejarnos en cuarentena. Si les hubieran dicho a ustedes que en algún momento dado el ser humano, igual que en la Edad Media, ante una pandemia iba a tener que quedarse encerrado en su casa, ¿qué hubieran pensado? ¿O si les hubieran dicho que ahora, en determinado momento, de los 7.000 millones que somos, 3.000 millones o 4.000 millones iban a estar encerrados en sus casas por la cuarentena? No lo habríamos supuesto.

Entonces, es un mundo que cambió, y la pandemia aceleró el cambio que veíamos llegar. Empezamos, como bien decía Carlos Slim, a trabajar desde nuestras casas, y descubrimos que a través del Zoom nos podíamos comunicar de una manera distinta simultáneamente. ¡Ah, entonces ahora estamos en condiciones de escucharnos todos, unos a otros! Y, entonces, el concepto de un gobernante empieza también a cambiar. El gobernante se preocupaba en democracia de seguir conquistando la adhesión ciudadana cada cuatro o cinco años cuando había que hacer elecciones. Y ahí se veía qué ocurría. Hoy es distinto. Hoy el gobernante está obligado, a través de las nuevas instituciones, a escuchar lo que le están mandando decir. En otras palabras, antes usted escuchaba la voz del ciudadano cuando votaba; ahora usted puede escuchar la voz del ciudadano si se mete a las redes sociales, con todo lo

positivo y con todo lo negativo que allí hay, y las *fake news* y todo aquello. Veamos lo que pasó ayer nomás, cuando alguien muy importante en las redes sociales hubo de renunciar porque no sabe qué hacer ante las *fake news* y no quiere seguir siendo el culpable de lo que está pasando en las redes. Porque entonces, claro, con las *fake news* y los que son importantes y los que no lo son, se puede también manipular. Lo que es una herramienta tan importante para el perfeccionamiento de la democracia, que es que todos nos comuniquemos simultáneamente, también puede ser un peligroso instrumento si está lleno de *fake news* y está lleno de personeros que son capaces de horadar, de mandar memes y todo lo demás.

En suma, lo que tenemos ahora es que gobernar no es solamente ganar elecciones cada cuatro años; gobernar es saber escuchar lo que la ciudadanía está diciendo, para adelantarse a aquellos cambios que hacen que, como resultado del avance del progreso —que es tan acelerado—, lo que ayer era una demanda hoy sea una exigencia imperiosa. Y fíjese usted, entonces, cómo vamos a imaginar el mundo del futuro. Y fíjese usted: si agregamos el mundo en pandemia a un cambio epocal de estas características, ¿qué es lo que sucede? ¿Qué ha hecho la pandemia? Acelerar el cambio epocal. Desde nuestras casas tenemos que hacer una tarea distinta.

Y ¿qué es lo que ha ocurrido en el mundo de hoy? Interesante: en el mundo de hoy es por primera vez que tenemos una crisis mundial de estas características y no tenemos un lugar donde discutirla. Nos creemos que estamos en la vanguardia, pero nuestras instituciones transnacionales, ¿dónde están? Fíjense ustedes que hubo tres crisis en lo que va de este siglo. Una de ellas fue la crisis de cuando Estados Unidos fue atacado el 11 de setiembre de 2001. Nadie dudó acerca del lugar en donde se debía discutir: el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. ¡Mire usted qué avanzados que somos los seres humanos! En otra gran crisis, la de 2008 —quiebra de Lehman Brothers y todo aquello—, fue el presidente Bush en Estados Unidos quien dijo que esa crisis era demasiado grande y que el Grupo de los 7 países más grandes del mundo no era suficiente y que había que llamar a los 20, también a las economías grandes y algunas subdesarrolladas —y en esas veinte entraron China e India, y de América Latina, Brasil,



México y Argentina; ahí nos sentimos un poquito mejor los latinoamericanos—, pero había un lugar para discutir. Pero, ¿dónde discutimos esta, la más grande de todas las crisis? Se ha demostrado la falencia de un sistema internacional.

Recapacito. Gobernar, entonces, ¿qué significa en tiempo digital? Que el gobernante está obligado a aprender a escuchar lo que le están diciendo, para adelantarse a las futuras demandas. Y ahí estamos entonces: cómo somos ahora capaces de aprender a escuchar; qué instituciones van a surgir. No sé. Usted no puede gobernar por plebiscitos, pero tiene que gobernar con mecanismos que le permitan escuchar y adelantarse a las demandas. Veinte años atrás esto no estaba en mi mente, pero concluyo que hoy el gobernante tiene que adelantarse a lo que le están diciendo por estos infinitos medios. Y no me cabe ninguna duda de que tendremos que crear instituciones políticas para aprender a escuchar, no para hacer lo que nos está diciendo la gran mayoría —porque por algo uno es gobernante, ha sido elegido y toma las decisiones—, pero sí para testear cuántas de esas decisiones están en sintonía con lo que le están mandando decir. En otras palabras, en la revolución digital nuevas instituciones políticas van a tener que emerger para defender la democracia.

Última reflexión para compartir con ustedes. En este toma y daca que es la revolución digital, entonces, ¿qué les respondemos a estas cohortes de personeros que están permanentemente opinando y que quieren escuchar respuestas? Y ¿qué instituciones vamos a crear para dar esas respuestas? Es la gran demanda del futuro.

Lo que tenemos hoy es una pandemia que nos adelantó. Y ¿qué es lo que nos dice esta pandemia? Nos dice que en este mundo más horizontal, muchas actividades que implicaban el trabajo ayer, ahora serán realizadas por una máquina. Por lo tanto, el aumento de la productividad es muy grande y, por consiguiente, la forma de poder entender el futuro depende de lo que hagamos ahora. Y eso significa ¿qué cosa? Que lo que hemos avanzado para aminorar los efectos de esta pandemia ha significado un desembolso de recursos inmenso. ¿Cómo vamos a ordenar ese desembolso de

recursos a futuro para lo que tenemos que hacer hacia adelante? Es tal vez la más difícil de las respuestas.

Por tanto, yo creo que hoy, junto con nuevas instituciones políticas producto de esta nueva realidad, vamos a tener que asimilar que si el gobernante aprende a escuchar, estará en condiciones también de adelantarse a las demandas que vienen. Porque si el aumento de productividad es de tal envergadura, las demandas van a estar en consonancia. En consecuencia, yo diría: aprendamos a escuchar. Y más importante aún: qué instituciones vamos a crear para ello, para de esa manera poder entrar en esta época digital, que va a ser distinta de la industrial, porque en la industrial los parámetros eran básicamente dos: cómo me aseguro de mantener la máquina que el empresario compró y cómo me aseguro de mantener satisfechos a los trabajadores que hacen trabajar la máquina. Esos dos parámetros fueron los de la Revolución Industrial. En la digital, otros van a ser los parámetros, y esos otros parámetros nos van a permitir definir la sociedad del futuro.

Dejaría por aquí este tema de cómo somos capaces de tener un mundo en pandemia en medio de un cambio epocal. Precisamente por vivir en pandemia, ese cambio epocal se adelantó; y si se adelantó, seamos capaces también de adelantar las respuestas.

Gracias.

Julio María Sanguinetti

Muy bien.

Gracias, Ricardo.

Presidente: lo escuchamos.

Alberto Núñez Feijóo

Yo creo que preferiríamos escuchar a Carlos Slim.

Vuelvo a reiterar el agradecimiento por que estéis aquí. Creo que es muy importante que hayáis querido venir a Santiago, y creo que es muy importante lo que estáis haciendo. Lo digo desde la visión de un político que está en activo y que se da cuenta de las dificultades y de las lagunas que estamos viviendo en estos momen-

tos los que nos dedicamos a gestionar las cuestiones públicas y los intereses generales. Porque en eso no hay cambio de época. Los intereses generales existen, con independencia de la época, y las cosas públicas también.

Muchas gracias al presidente Sanguinetti —que es un presidente en activo; la verdad es que solamente hay que escucharle para confirmarlo—; al presidente Lagos, un luchador de la democracia en Chile y en toda Latinoamérica; a Carlos Slim, que es el único gallego que hay aquí, junto conmigo —como saben, Carlos Slim es gallego adoptivo, y estuve a punto de censarlo en Avión, que es un ayuntamiento que, como su propio nombre lo indica, está muy alto, y viene con otros gallegos; no lo he censado porque sería una irregularidad, pero si quiere censarse estaría encantado de que lo hiciese—; y al presidente que más tiempo ha estado en el Gobierno España —lo cual no es un tema menor— y al que todos los políticos españoles, con independencia de su adscripción ideológica, le escuchamos. Pero no le escuchamos para disentir, sino —en el noventa por ciento de los casos— para coincidir. Yo creo que es un patrimonio de todos, no ya del Partido Socialista. Porque el Partido Socialista de Felipe González creo yo que está bastante desdibujado, y no digo esto como crítica sino como crónica. Por tanto, no es secretario general del Partido Socialista; es presidente del Gobierno, es un político patrimonio de España. Y creo que eso es bueno.

Enlazo ahora con la disertación.

Si no estamos de acuerdo en la buena gobernanza, si nos da igual la mentira que la verdad, si nos da igual la buena gestión que la mala, si nos da igual los principios y los valores que la ausencia de ambos, entonces nos vamos a perder. Yo creo que esto es el cambio epocal del que habla el presidente de Chile. Siempre las cosas han ido cambiando, y no sabemos si en los próximos años vamos a conducir o vamos a tener el coche autónomo y conectado; probablemente lo segundo. Y no sabemos en qué consiste la transición ecológica y la transición digital y la transición energética, pero lo cierto y verdad es que el de las transiciones, como decía Felipe González, es un período en el que hay que tener tino, hay que saber lo que se quiere y no dejar a nadie

atrás. Y si alguien observa la transición como algo que viene contra él, se va a resistir, y la transición será muy dolorosa, y probablemente no se haga o se interrumpa.

Por tanto, en una época de transiciones, creo que hay que poner en valor lo que no cambia; poner en valor la buena gobernanza; poner en valor la verdad de las cosas; poner en valor la política como acuerdo, y poner en valor, en definitiva, a los que saben. Cuando un directivo en una empresa cree que todos los que han construido la empresa hasta que él llegó a presidirla han sido un desastre, no se da cuenta de que él está allí porque esa empresa existe y él no ha tenido nada que ver con su construcción y con su maduración como proyecto económico.

En política, en mi opinión, pasa lo mismo. Y de acuerdo con mi experiencia política en la región europea, en una comunidad autónoma de España, entiendo que estamos carentes —al menos en mi opinión— de liderazgos y de referentes, y eso es un gran problema para un político en ejercicio. Si uno no tiene referentes en la política, automáticamente vienen personas que se los inventan, los manipulan, nos intoxican y se convierten en referentes espontáneos. Aparecen entonces las dificultades de la gestión pública. Y me parece que esto es el colesterol de la política —desde luego— española, y me da la sensación de que también de buena parte de la política de Europa y de Latinoamérica.

Conformar la Unión Europea ha sido un trabajo, desde el punto de vista político, excepcional. Hoy no hubiera sido posible. Bueno, transitar de la España de la dictadura a la España constitucional hoy tampoco hubiera sido posible, y probablemente aprobar un Estatuto de Autonomía con amplio respaldo, como fue el gallego hace cuarenta años, hoy tampoco hubiera sido posible. Por tanto, no debemos minusvalorar la situación política en la que estamos. Todas las revoluciones económicas, todos los cambios de ciclo económicos, la conectividad —a la que se refería Carlos Slim—, el número de jornadas que se trabaja a la semana, la repartición del trabajo, la hoja de cálculo de las pensiones, para que cuadre, todo eso no es fácil pero es abordable. Pero cuando la crisis es una crisis política, esto es más complejo.



Y yo no vengo aquí a trasladarles ninguna visión negativa de las cosas, pero tampoco vengo a decirles que estamos en un buen momento político; yo creo que estamos en un muy mal momento político. ¿Por qué? Pues porque digamos que aquí no hay asunción de responsabilidades; aquí hay una centrifugación de problemas y nadie quiere asumirlos. Y, claro, cuando un Gobierno no asume los problemas que haya generado o no pero que existen en la actualidad mientras le toca gobernar, pues es un Gobierno inútil. Y cuando los Gobiernos son inútiles o son frívolos o son inestables o son una conformación de políticos a los que lo único que les interesa es ocupar durante un tiempo las instituciones, entonces surge el descrédito de las instituciones.

Y viene detrás lo que Felipe refería, la vía populista, que es siempre la principal enemiga de las naciones y de la convivencia, del desarrollo, del bienestar, de la riqueza, de las libertades. En mi opinión –se lo oí decir el otro día a Felipe González–, lo que tenemos en este momento, más que un problema económico, es un problema político. Fíjense en la pandemia en España. ¿Cuántas autoridades gestionan la pandemia en nuestro país? Diecisiete. Esto, realmente ¿es una gestión de la pandemia o es una gestión de sálvese quien pueda? Durante el tiempo en el que hemos sido capaces –me refiero a la comunidad científica internacional– de sacar –incluidos ensayos clínicos, incluidas la agencia americana y la Agencia Europea de Medicamentos– varias vacunas, nuestro país ha sido incapaz de legislar una sola norma. Bueno, una: la que nos obliga a llevar mascarilla en la calle. Punto final. Esto, comprenderán ustedes que no es muy normal. No es muy normal que un presidente autonómico ande peregrinando por ahí pidiéndole al Tribunal Superior de Justicia si puede o no utilizar el certificado COVID en su ámbito territorial. Y ¿qué dice el Tribunal Superior? Lo mismo que el Consejo de Estado. Oiga: una limitación de derechos fundamentales necesita una legislación específica para que esos derechos fundamentales puedan ser intervenidos temporalmente y podamos, por tanto, gestionar un problema no solamente sanitario, sino también social, económico, etcétera.

Por tanto, entiendo yo que el principal problema que tenemos, al menos desde mi punto de vista, es un problema político. La democracia no se defiende sola y los buenos Gobiernos tampoco. Es verdad que lo bueno aquí no solamente es poder elegir el Gobierno sino también cambiarlo, pero ¡cuidado! Cuidado, porque las amenazas actuales son similares y son diferentes. Ahora el objetivo no es derrocar una democracia mediante un golpe; el objetivo es menoscabar la democracia. El objetivo es tergiversarla, es horadarla, es dejarla sin contenido; el objetivo es acreditar que la democracia no es un buen sistema de Gobierno. Entonces, gobiernan las redes, gobierna la frivolidad. Y aparecen pues los eslóganes, y aparecen las ocurrencias, y aparece que partidos políticos muy sólidos, muy serios, que han traído la democracia a nuestro país, se mezclan con otros movimientos, populistas, y al final, entre un partido serio, democrático, con trazabilidad, y uno populista, que se mezclan, siempre gana el populista. ¿Por qué? Bueno, porque inevitablemente se le ve mucho más, tiene una plataforma de poder con una gran capacidad de influencia y, por tanto, este tipo de mezclas es muy peligroso.

En mi opinión, el populismo es una derrota, una renuncia y una huida. Es una derrota a la política. ¿Por qué? Porque es una derrota a la razón; es una derrota a los argumentos; es una derrota hacia la gobernanza. Y la gobernanza en un país ¡es tan importante! Insisto: tener un buen Gobierno o tener un mal Gobierno es determinante en una crisis financiera como la de 2008 o en una crisis sanitaria como la de 2021.

El populismo es una renuncia a la realidad. Vive de la simplificación, del titular. Resulta que los que nunca han gestionado nada tienen respuestas para todo. Resulta que los que no conocen la gestión sanitaria dan lecciones de lo que se ha de hacer en un tema tan complejo como este. Y tras la derrota y la renuncia, pues solo queda la huida. Entonces, las promesas no valen para nada y el objetivo es tirar para adelante sin saber muy bien qué es lo que estamos haciendo. Pues, ¡cuidado! ¡Cuidado con tirar para adelante sin saber muy bien qué es lo que estamos haciendo. Porque las

víctimas son los ciudadanos; porque al final el político está y se va, pero lo que deja es un grave problema que a veces se tarda años en resolver y a veces no se resuelve del todo durante décadas. Pues bien: me preocupa el descrédito institucional. Porque sobre el descrédito institucional no se puede construir nada positivo. Cuando escucho a un político contemporáneo menoscabar o descalificar a políticos que han estado antes, es una cosa que no deja de sorprenderme. Y, sobre todo, algunos políticos que —insisto— no han gestionado nunca un euro público; o políticos que han vivido siempre del sector público; o políticos que no han tenido que luchar contra nada porque se lo han encontrado todo hecho.

Pues bien, el populismo necesita camuflarse en otros postulados. No hay nada menos liberal que estar permanentemente utilizando la libertad para poder insultar al otro. Y, desde luego, no hay nada menos patriota que no aceptar cómo es tu patria; no aceptar que España es un país complejo. Pero están aquellos que se consideran patriotas y que creen que España es un país único, exclusivo, de un único color, incluso de una única tonalidad. Por tanto, socavar las instituciones de la patria en nombre del patriotismo es un peligro, y un peligro que estamos viviendo. Y —reitero— cuando se mezcla un partido populista con uno que no lo es, cuidado —¡mucho cuidado!—, porque vamos a tener un problema a corto plazo.

Nosotros necesitamos seguir hablando, seguir debatiendo y seguir entendiéndonos, y si no lo hacemos no vamos a construir nada. Y ¿qué pasa si nos toca además en una pandemia, que va a contraer una crisis económica y un incremento de deuda pública exponencial en el que estamos? No hay un problema de liquidez pero probablemente haya un problema de solvencia en muy poco tiempo. En fin, tenemos que pensar qué sucederá si no utilizamos los fondos Next Generation como una oportunidad y los dedicamos a consolidar el gasto corriente, sabiendo que después no vamos a poder mantenerlo.

En definitiva, creo que hay tantos temas interesantes, que es una pena perder el tiempo en el populismo, y mucho menos cuando el populismo está instalado en el Gobierno.

En fin, ¿hay un antídoto? Yo creo que sí. Yo creo que este foro es un antídoto. Aquí hay gentes que han vivido de todo, que han luchado en sus países contra la dictadura, que son referentes y deben seguir siéndolo para los políticos actuales, y gentes que no tienen más interés que acertar. Si le pides un consejo a un expresidente, su objetivo es que aciertes. ¿Por qué? Porque, en el fondo, un expresidente ya no tiene más interés que el de que a su país le vaya bien, de la misma forma que cuando gobernaba, pero ahora ya tiene mucha más experiencia y mucha más practicidad y conoce mucho más el mundo.

Por tanto, en este calentamiento global de la política en la que estamos, sería bueno sosegar un poco el debate, esta agitación permanente en que vivimos, en la que estamos discutiendo todo y de todo sin ningún argumento o línea y sin ningún marco para esa discusión. No oculto yo que en mi opinión estamos ante una crisis política. Y si comparo la España que yo conocí cuando empecé en esto —en responsabilidades distintas— y la España actual, tengo que decir que la política se ha deteriorado: ha tenido una enorme falta de credibilidad, de gobernanza y de formación. El objetivo de un político es no tener currículum. Lo mejor que le puede pasar a un político es que nadie le pueda decir qué error ha cometido, porque nunca ha hecho nada. Por tanto ya esto es fantástico. Y parece que este es un cambio generacional. ¿Para bien? ¿Para mal? ¿Para regular? ¿Para tirar hacia adelante? ¿Para tirar hacia atrás?

Yo insisto, porque lo estoy viendo, en que debemos de reponer la estabilidad. Debemos de volver a hablar en serio; debemos de saber que no es bueno mezclarse con el populismo porque al final lo intoxica y lo contagia todo, y que a la democracia hay que defenderla. Y cuando una mayoría silenciosa no defiende al régimen democrático en el que vive, el populismo audaz intentará destruirlo paulatinamente, poco a poco. Y de repente te levantas en una situación de enorme incertidumbre, y en esa incertidumbre, con pandemia intermedia, pues comprenderán que no es fácil ofrecer respuestas y soluciones.

Pero insisto: a pesar de que he vivido en una España muy distinta a la que vivo ahora, no soy pesimista.



Sin embargo, tengo que decir que no me gusta el momento político de mi país, que creo que no estamos a la altura, que creo que la generación de los políticos españoles de este momento es probablemente de las peores generaciones políticas que hemos tenido en los últimos cuarenta años y que hay que hacer autocrítica desde el político en ejercicio; me dirán que no les vamos a pedir a los políticos actuales que hagan autocrítica, pero si yo no lo hago, estaría incumpliendo mis propios principios y mis propias convicciones.

Sigo creyendo en la política con mayúsculas y sigo creyendo que es bueno escuchar a los que saben. Porque de la misma forma que hoy conozco más Galicia que cuando tomé posesión y conozco más el estado de las autonomías hoy que cuando gestionaba algunas cosas en el Gobierno central, pienso que los políticos que he conocido a lo largo de mi vida política son mejores que los de hoy. Y, entonces, esa conclusión quiero compartirla con ustedes, no para liberarme del problema, pero sí, como digo, para compartirlo.

Ahora bien, ¿por qué ocurre esto? Como es natural, esto daría para otro foro del Círculo de Montevideo. Pero quería decirles cuál era mi constatación.

Cuando te sientas delante de un ministro y te das cuenta de que ese ministro no tiene la formación que tenían los anteriores –sea del partido que sea, da igual–; cuando te sientas delante de un político que está obsesionado con su Twitter, o cuando tienes un problema energético en tu país y están cerrando las industrias y te dicen que esto es un problema general, a uno le sale decir: pero, oigan, ¿cómo que un problema general? Tenemos que preservar la industria, ¿no? Tendremos que plantear qué soluciones tenemos para que esa supuesta transición energética no se lleve por delante quince mil, veinte mil puestos de trabajo en cada comunidad autónoma. ¿Cómo es posible desenchufar cosas antes de enchufar las nuevas? ¿Cómo es posible tomar decisiones, por ejemplo, sobre la fabricación de vehículos en Europa, yéndonos a los vehículos eléctricos, sin tener una sola fábrica de baterías en la Unión Europea? ¿Cómo es posible, teniendo a los mejores motores técnicos del mundo, entregar esa tecnología a una tecnología desconocida? ¿Cómo es posible decirle

a una persona que se compre un coche eléctrico, cuando necesita andar trescientos kilómetros al día? Cómo son posibles, pues, algunas cosas que estamos haciendo los políticos; e incluyo a los políticos europeos.

No les oculto que algunas cosas me sorprenden mucho y quisiera compartirlas con ustedes. ¿Para qué? Para pedirles que no pierdan su interés por seguir aportando, para pedirles que no pierdan interés por seguir diciendo las cosas como son, al menos como ustedes las ven, y para intentar disminuir el ruido ensordecedor en el que estamos y buscar los puntos de encuentro, que son los que recordamos siempre.

Cuando escucho a algunos políticos actuales ir contra la Ley de Amnistía del año 1977, pienso: ¡pero si estos chicos estaban en el instituto! Entonces, ¿qué saben ellos de la Amnistía del 77? Son los herederos ideológicos de los que estaban en contra de la Amnistía del 77. Cuando escucho a algunos colegas míos hablar de que hay que consolidar no sé cuánto gasto sin saber de dónde va a salir, sabiendo que estamos en un enorme agujero de deuda, mi pregunta es: ¿usted va a tener alguna posibilidad de pagar lo que está gastando, o es simplemente que le interesa gastar durante estos años para después dejar un pufo de cuantías astronómicas? O cuando veo cómo los europeos nos hemos endeudado hasta el año 2059 en los fondos Next Generation y que mi país no conoce muy bien en qué consisten, cuáles son los objetivos, cuál es el marco y a qué empresas van a llegar, comprenderán que me preocupa.

Dicho esto, vuelvo a insistir en que no soy pesimista, pero creo que la pandemia ha venido a poner muchas cosas encima de la mesa. Y, en mi opinión, la pandemias, las crisis económicas y los cambios los vamos a gestionar si tenemos una buena gobernanza; si no, sin una buena gobernanza política, ante todos estos ambiciosos proyectos y estas nuevas realidades e incógnitas, vamos a tener muchas dificultades y probablemente algunos lustros de enormes decepciones y de ciertos riesgos de involución que, por supuesto, me preocupan.

Lo decía Sanguinetti: ¡menos mal que en Francia hay segunda vuelta! En otros países no hay segunda

vuelta y el objetivo es llegar a los 168, por ejemplo, y nada más. ¿Cómo llegamos a los 168? ¿Con quién hay que pactar? ¿Con quién hay que cerrar? Yo creo que la política, el Gobierno, es otra cosa: no es cómo llegamos al número de mayoría absoluta sino con quién llegamos a ese número. Y eso es muy importante.

Por tanto, hago un llamamiento a la reflexión y un llamamiento al foro a que se prodigue y a que diga lo que piensa, porque es muy importante escuchar a gentes que tienen más información —esa, analógica, a la que se refiere el presidente González— y mucha más formación. Y la formación la dan la información y la experiencia; y cuando uno solo tiene una de las dos cosas no está completo. Y hay algunos que no tienen ni información ni experiencia, y entonces nos encontramos ante un problema no menor. Pero, bueno, aquí siempre hemos salido adelante porque nuestro país es mucho país y todavía queda una gran mayoría silenciosa de gente que cree que lo mejor es hablar, que lo mejor es acordar y que este ruido en el que vivimos últimamente empieza ya a marcar unas pautas de decibelios insoportables.

Espero que así sea, y de verdad agradezco mucho vuestra presencia y vuestro compromiso con la sociedad española, con la sociedad latinoamericana y, en definitiva, con el mundo de los valores y el mundo de los principios.

Muchas gracias.

Julio María Sanguinetti

Muy bien.

Muchas gracias, presidente. Grandes palabras.

Me acordaba del alemán Jürgen Habermas, que dijo: “El patriotismo es el patriotismo constitucional”. No es poca cosa. Esa es la patria.

Carlos: algunas reflexiones sobre la realidad. Nosotros andamos en el mundo de las ideas y la realidad es más específica.

Carlos Slim

Gracias, presidente.

En primer lugar, quiero decir que para mí han sido muy claras y contundentes las tres exposiciones. Quizás trataría de ver las cosas en un plano relativamente didáctico.

Es increíble que después de casi doscientos cincuenta años, en el mundo siga habiendo numerosos países que continúan en la sociedad agrícola. Para empezar, casi toda África y muchos otros países, por ejemplo Haití. En algunos, por determinadas razones, no está separada todavía la religión del Estado, lo cual es parte también de la sociedad agrícola y crea problemas en la actualidad.

Creo que una forma de tratar de entender el mundo en este sentido es identificar los paradigmas de la sociedad agrícola y compararlos con los de la sociedad industrial y los de esta nueva civilización.

Los de esta nueva civilización son prácticamente iguales a los de la sociedad industrial, sobre todo la posindustrial, la industrial moderna; y son ciento ochenta grados opuestos a los de la sociedad agrícola. En esta el poder era monolítico: era el poder religioso con el militar, con el económico, con el político, en una sola persona. Había inmovilidad social y clases dentro de la sociedad. No había derechos humanos ni cuidado del medioambiente, ni se tenían en cuenta muchos otros aspectos. Había explotación del hombre por el hombre, se buscaba que las personas trabajaran mucho y consumieran poco, etcétera. Desgraciadamente, el ser humano valía poco: se lo comerciaba como esclavo, como si se tratara de ganado. La esclavitud era notable, y no me refiero solo a la que después empezó a ser una esclavitud de grandes niveles, cuando a los africanos se los mandaba a América para que hicieran trabajos que no podían hacer los locales o los indígenas. En fin, era una sociedad que tenía todas estas características. Y ya con la sociedad industrial avanzada y con la sociedad moderna vienen la democracia, la pluralidad, la diversidad, la libertad que no había en la otra sociedad, los derechos humanos, la movilidad social. La otra



era una sociedad de ignorancia; esta es una sociedad donde se necesita educación y capacitación. Después, en la sociedad tecnológica, ya no solamente es una democracia representativa, sino también participativa a la que se va llegando; y es fundamental, entonces, no solo la democracia sino también la división de poderes –Ejecutivo, Legislativo, Judicial– para que no hubiera ese poder monolítico de las otras civilizaciones, como la agrícola. En fin, llega una serie de cambios fundamentales, entre otros, el cuidado del medioambiente, los derechos humanos, la competitividad, la globalización, la tecnología, etcétera. Esos son varios de los paradigmas de esta nueva civilización.

Advertía Toffler que los cambios civilizatorios crean crisis por la resistencia al cambio; son transformaciones realmente muy radicales y quedan representados grandes problemas. Por ejemplo, decía él que la guerra civil americana es el norte industrial contra el sur agrícola. Hubo así varias revoluciones, incluyendo la mexicana, la rusa, etcétera. Y también atribuye las dos grandes guerras mundiales al cambio civilizatorio. En fin, entendía que los cambios civilizatorios crean problemas; que no son cambios que se lleven adelante de manera simple y automática.

Hay que reconocer que estamos viviendo –a pesar de que estamos en el siglo XXI –en un mundo donde hay todavía muchos países agrícolas, y donde muchos tienen obviamente la combinación de agrícola e industrial y están entrando a la nueva civilización. Asimismo, hay muchos gobernantes con mentes agrícolas, que todavía tienen la mentalidad de una sociedad agrícola o de una sociedad industrial. Por ejemplo, Trump pensaba en Detroit y en volver a llevar las fábricas de automóviles. Tenía una mente todavía industrial; no tenía una mente moderna. Los que tienen ya las cosas muy claras con respecto a la nueva civilización están principalmente en Asia. China, por supuesto, está a la cabeza de eso. Tiene claro todo lo relativo a la sociedad tecnológica. Los coreanos también anticiparon mucho. El desarrollo de Corea se sustentó mucho en uno de los principios básicos de esta nueva civilización, que es la educación moderna de calidad y el involucramiento en la tecnología. Es así como, en Corea, Samsung es una gran empresa de competencia mundial en varios

sectores, incluyendo el tecnológico, cuando por otro lado en Estados Unidos se han salido de tecnología en muchos casos y la misma Europa se ha debilitado. Por ejemplo, en telecomunicaciones, que es el sistema nervioso de esta nueva civilización, desaparece Bell Labs y se vuelve Lucent. Esta se fusiona con Alcatel y entre las dos no hacen una; se fusionan con Nokia y siguen sin ser una empresa de alto nivel. En cambio las chinas, como Huawei y otras, compiten solo con Ericsson –que, de manera impresionante, después de ciento cuarenta años de existencia, sigue modernizada y al día– y con Samsung.

Entonces, estamos viviendo en ese mundo en el que conviven países con los paradigmas del pasado y con los de la sociedad agrícola.

De alguna forma, el comunismo es propio de una sociedad agrícola. Por eso el comunismo, el marxismo, cuya intención era entrar en Inglaterra y en Alemania, no pudo hacerlo porque estas ya eran sociedades industriales. Reitero: es propio de una sociedad agrícola; por eso entró fácilmente en Rusia, luego en China, etcétera, y ha sido característica de países que están en sociedades agrícolas, donde hay dictaduras con poderes monolíticos y permanentes y donde no hay libertades, no hay democracia, etcétera.

Respecto de ese proceso, por ejemplo, en China –lo comentaban anoche–, Deng Xiaoping pensaba que eso ocurriría en el futuro; él contemplaba que en un momento dado iba a haber esos cambios hacia sociedades más libres y democráticas. Pero en tanto sigan teniendo 500 millones de habitantes en autoconsumo, viviendo en las áreas rurales y agrícolas, seguirán teniendo esos sistemas monolíticos de poder, etcétera. Pues todo eso está hoy en algunos países.

Toda Europa ha cambiado desde hace muchos años. Son países que, aunque mantienen monarquías, son demócratas, tienen división de poderes y están en esta modernización de la nueva civilización de la civilización industrial.

En 1989, después de un debilitamiento, en la época de Reagan –en la llamada “guerra de las estrellas”–,

y de la intervención del Papa, en relación a la Unión Soviética, hay un gran acuerdo que no se conoce, no se sabe de él aunque está escrito en un libro; hay un acuerdo entre Gorbachov y Bush, en Malta, en la que cambian todo lo que había pasado en Yalta. Curiosamente, en Yalta se entrega a la Unión Soviética los países de Europa Central, y en Malta se los libera. Eso hace que entre Gorbachov y Bush 41.º lleven a la democracia y a la libertad a cientos de millones de personas. Lo hacen con la caída del Muro; se libera toda la Unión Soviética, se separa de Rusia, y resulta que hoy probablemente ya todos los países que se escindieron de ese poder con el apoyo de Gorbachov y Bush estén ya en democracia y con libertades, desarrollándose, etcétera. Yo creo que no queda ya con dictadura ninguno de esos países que formaban parte de la Unión Soviética. Claro: hay problemas políticos en Ucrania porque Rusia quiere volver a tener Bielorrusia. Bielorrusia sería un caso.

Eso fue en Europa. Pero lo mismo pasa en América. Si se dan cuenta, en 1989, que es el año de ese encuentro en Malta —dicen que la reunión, a la que cada quien había ido en su barco, se interrumpe porque había mal tiempo; pero en el libro de Bush se habla de la reunión—, ¿qué pasa en América Latina? No es casual que Pinochet en 1989 lleve a elecciones. Ya llevaba dieciséis años en el poder y se le pide que llame a elecciones. Se realizan también en Chile, Nicaragua, El Salvador —en Panamá quitan a Noriega—, y no recuerdo si podría incluir a algún otro país. Me acotan que Paraguay también. Todo eso ocurre en 1989. Gorbachov dice que él no puede hacerlo en Cuba, pero también en 1989 le quitan a Cuba los US\$ 6.000 millones de apoyo y tiene que entrar en el Período Especial. Ese Período Especial —de sacrificio, de limitación al consumo, etcétera— se acaba cuando Chávez entra al relevo, y entonces el petróleo —tienen 4.000.000 de barriles— vale USD 100. Le entran 400 millones de dólares diarios a Chávez. En realidad, a Venezuela la empobreció su riqueza. Tenía esa suma diariamente y Chávez hizo todas las barbaridades que pudo. Y ahí es donde se restablece el apoyo a Cuba, etcétera, etcétera.

Entonces, esa incorporación de todos estos países a la democracia —salvo Bielorrusia, como recién comen-

tábamos— fue muy importante y fue parte de una decisión de dos personas, curiosamente.

Pero Nicaragua ha vuelto a esa tentación. Por cierto, cuando hablamos de democracia, ¿cuáles son sus riesgos? Es interesante, y Felipe lo ha marcado muchas veces: llegan no por las botas sino por los votos, y ya que llegan por los votos quieren reelegirse indefinidamente; entonces, ya no hay quién los quite. Es el caso de Chávez, y ahora de Maduro. Nicaragua está en esa tesitura.

Muchos gobernantes tienen dos posiciones muy radicales: una es esta de la reelección indefinida y otra es la de eliminar la división de poderes. Normalmente el presidente que gana con cierto nivel tiene automáticamente el control del legislativo luego de la elección; entonces, el Poder Legislativo está ligado al Ejecutivo. Pero eso de buscar controlar al Poder Judicial —que es una de las instituciones que da independencia, libertad y democracia y no permite los excesos del Ejecutivo— es terrible. Sin ninguna duda, una de las instituciones fundamentales que existen dentro de la democracia y la libertad es la división de poderes con funciones efectivas.

Volviendo al asunto de las dificultades, este cambio de civilización, pues, con más razón está causando dificultades en lo que hace a incorporarse a ella. Como decía el presidente Lagos, mientras que la industrial llevó muchos años, esta se está yendo en algunas décadas. Va muy rápido. Sobre todo desde el 2000 a la fecha ha ido rapidísimo. Llevamos ya veinte años, y ahora con la pandemia este cambio se ha hecho más notable y acelerado, y se tendrá que ir conduciendo. Y precisamente lo que está fallando es la conducción del cambio; la conducción política del cambio diría que es el punto débil que estamos padeciendo, y ojalá y este tipo de eventos, con la concientización de la importancia de la tecnología y de la era digital, haga que aun los que tengan mente agrícola o industrial se modernicen y se den cuenta de que hay que conducirlo de una manera inteligente. Hay quien decía: hay que globalizarse, hay que abrirse todos al comercio; todos los mercados. México es uno de los países que hizo eso. Yo creo que cada país debe buscar cómo se globaliza, en sus términos. A



todos les conviene globalizarse, pero cada uno en sus términos. China, por ejemplo, ha escogido globalizarse de la manera que le ha convenido y miren dónde está. Lo mismo Corea y otros países.

Entonces, solamente me resta insistir en que se conduzca el cambio, en que se mantenga esa división de poderes y en que cada país tenga la conciencia y la claridad de que el mejor sistema es el de democracia participativa, electoral y representativa, con libertad y división de poderes, lo que permite que los países tengan un desarrollo cada vez mayor.

Lo que ahora está también creando un problema es ver que las decisiones que se tomaron en los últimos veinte o treinta años han sido equivocadas. Hablábamos hace veinte años con Felipe –desde que lo conocí– acerca del consenso de Washington. Yo no tenía ni idea de lo que era, hasta que supe que eran las tonterías que se estaban haciendo. Era un consenso en Washington donde se tomaron recomendaciones, por no decir determinaciones; un consenso cuyo objetivo era sacar a los países de la crisis de la deuda del 82. Entonces, para sacarlos de esa deuda tenían que privatizar, vender, abrir los mercados, etcétera. Luego se iba a celebrar el consenso de Barcelona, pero ya no fue necesario porque el que había escrito lo del consenso de Washington decía que no funcionaba. Se presentaron varias propuestas, y se decía, por ejemplo, que China había sacado a gente de la pobreza. Y a su vez se señalaba que personas muy capaces de Latinoamérica, doctorados y economistas destacados, no seguían el consenso de Washington. Recuerdo que platicábamos también con Ricardo, que Chile, que era un ejemplo, tampoco seguía el consenso de Washington. Lo interesante era que ese consenso era para salir de la deuda; no era como una política permanente para adoptarse de manera religiosa.

Otro comentario –ya por último– es que, como veíamos, en la sociedad agrícola el poder era monolítico –tenían el poder religioso, el económico, el militar, etcétera–, pero en la transición –siglo XIX y principios del XX– este cambio pasa de lo religioso al nacionalismo. Siguen siendo dictaduras, pero ya no con el sentido monolítico religioso, sino ahora bajo el nacionalismo. Y eso sobrevivió hasta principios del siglo XX. Vemos entonces las dictaduras en América Latina, y obviamente el fascismo, el nazismo, el socialismo y otro tipo de posiciones se sustentaban en el nacionalismo, pero al final de cuentas se trataba de poderes monolíticos; dictaduras sustentadas ya no en la religión, ya no en que descendían de Mahoma –por ejemplo, todavía en Jordania y otros países se consideran sucesores de Mahoma–, sino en el concepto de nacionalismo.

Pues nada más. Solo esperar que se conduzca rápidamente el cambio.

Julio María Sanguinetti

Querido Carlos: no se puede tocar una sinfonía sin dirección. Tiene que haber un director y, en lo posible, dar una buena partitura.

Les agradezco a todos particularmente. Ahora nos vamos los actores políticos y vienen los pensadores.

7 - La tensión entre realidades y expectativas.

Martín Santiago
Natalio Botana
Carlos Pagni
Alberto Ruiz
Gallardón

Martín Santiago

Muy buenas tardes. Muchísimas gracias por seguir acompañándonos.

Voy a comenzar estas palabras, por supuesto, dando un saludo muy cordial y agradeciendo al presidente Núñez Feijóo –que todavía está aquí– por su calidez y, sobre todo, por la hospitalidad intelectual y afectiva que brinda al Círculo de Montevideo y a todas y todos nosotros.

De igual manera, quiero decir simplemente una palabra de agradecimiento al presidente Sanguinetti. ¡Felicitaciones, presidente! Siento una profunda gratitud porque he tenido la oportunidad de acompañar al Círculo durante casi los 25 años, y debo decir que usted no solo nos ha alentado y nos ha inspirado para buscar esos caminos en las paradojas difíciles que tenemos en estos tiempos, sino fundamentalmente, siempre nos ha llevado por esa bella aventura del pensar. De modo que muchísimas gracias; tiene usted mi eterna gratitud.

Voy a coincidir con el presidente Lagos en que es una tarea prácticamente imposible hablar después de Felipe González; ¡imagínense hablar después de todas y todos! Es para mí algo extremadamente complejo. Además, tengo la responsabilidad del manejo del tiempo y, sobre todo, la presión del tiempo, porque yo creo que ya estamos todos deseando tener un descanso de almuerzo.

Voy a hacer unas breves consideraciones y a plantear unas observaciones que permitan tener un marco de referencia a las intervenciones posteriores, y voy a tratar de hacerlo en titulares. Yo les pediría a mis compañeros que hablemos, a lo máximo, diez o doce minutos cada uno; teníamos previstos como veinte, pero tratemos de acortar lo que queríamos decir. Como decía, dado que voy a hablar en orden de los titulares espero, precisamente, que esa vocación de brevedad no me haga renunciar a lo que quiero mencionar.

Entro claramente en la constatación que trata de guiar las consideraciones que quiero compartir con ustedes. Simplemente, una frase casi de estilo weberiano: creo que lo que nos ha sucedido es que se ha hecho



realmente improbable lo que era deseable. Cuando uno está pensando en una constatación que trata de inspirar lo que se quiere construir racionalmente, nos encontramos con que, efectivamente –como claramente se ha puesto de manifiesto esta mañana–, con la pandemia se han expuesto algunas de las verdades sistémicas incómodas. Pero de la misma manera, como diría Sartre –y yo lo estaba pensando cuando les escuchaba–, creo que la esperanza tiene que tener fundamentos; y ustedes, verdaderamente, nos han dado muchos fundamentos.

Habiendo dicho esto, voy claramente a los titulares, aunque necesito un pequeño preámbulo. En el preámbulo quiero decir algo que el presidente Sanguinetti ha expresado que el fenómeno de la pandemia ha sido un hecho de la globalización. Un virus en Wuhan puso patas arriba y paralizó completamente a toda la aldea global, y al mismo tiempo ha sido, en mi opinión, revelador. ¿Qué quiero decir con “revelador”? Que nos mostró efectivamente las vulnerabilidades que ya teníamos, es decir, algunas infecciones estructurales para las que tampoco teníamos inmunidad y que, desgraciadamente, lo que han hecho fue comenzar a agravar, a acelerar –aquí se ha utilizado ese infinitivo– algunas de las tendencias que ya teníamos. Tendencias que habían generado, en mi opinión, un catálogo de incertidumbres y miedos y que, al mismo tiempo, lo que trataban de hacer era agravar las tensiones sistémicas que ya teníamos en el mundo en que vivimos.

Aquí lo ha mencionado clarísimamente el presidente Lagos y, si me permite, simplemente quiero agregar que esos colapsos que realmente están doblando las tensiones de lo que teníamos son los siguientes. En 2001 cedimos la libertad por la seguridad; en 2008 perdimos prosperidad y bienestar; tuvimos la gran reclusión del 2020 y volvimos a ceder prosperidad y libertad por la salud y la supervivencia, y también pasaron unos hechos extraños. Efectivamente, como ya se ha mencionado, unas turbas populistas tomaron ese símbolo de la democracia liberal que es el Capitolio, y no solamente eso, sino que vimos el comienzo de la vuelta atrás de la era civilizatoria con la salida de las tropas americanas de Afganistán, y finalmente, ahora hemos visto en Glasgow, en la COP26, que realmente hemos cedido nuestras esperanzas a poder salvar al planeta.

De manera que tenemos un conjunto de cosas que son terribles.

Voy a los cuatro desórdenes, pero me quedo en los titulares.

El primero es el “des-orden” –y me parece que se han hecho unas consideraciones tremendamente importantes– en lo global. Simplemente, de los riesgos que veo subrayaría la decadencia de Occidente, que claramente se manifiesta, en primer lugar, con una guerra fría completamente distinta a todas las que habíamos visto y, en segundo término, pero al mismo tiempo, la llegada, el advenimiento de un orden multipolar que va a tener unas consecuencias extremadamente difíciles. Tenemos dos potencias en disputa, China y Estados Unidos, y dos potencias regionales en construcción, que son Irán y Rusia. Esta multipolaridad nos pone –cuando era más necesario– frente a un gran déficit del sistema multilateral: finalmente tenemos, efectivamente, un desafío terrible de vacío de gobernanza global. ¿Por qué? Porque tenemos que gestionar los problemas comunes y, al mismo tiempo, en la medida de lo posible, tienen que resolverse algunos de los más grandes, que ya son problemas globales con esa interdependencia del virus.

El segundo de los temas, que no se ha mencionado prácticamente para nada durante toda la mañana, es lo que yo llamo el “des-orden” distributivo, que básicamente voy a mencionar en tres titulares –no voy a entrar en ellos– que nos dejan algunos mensajes.

El titular número uno es que, efectivamente, tenemos la maquinaria de la desigualdad funcionando y se han exacerbado todas las desigualdades entre e intra-países y, al mismo tiempo, tenemos un problema absolutamente terrible con el tema de la distribución de la vacuna, que va a generar unas inequidades a escala global extremadamente tremendas.

El segundo de los temas es la implosión de las clases medias en todos lados. El presidente Slim ha mencionado esta mañana la clase media china; efectivamente es así, pero una de las clases medias emergentes más importante, que era la hindú, ha sido casi totalmen-

te devastada por la pandemia. ¿Qué mensaje nos deja esto? El mensaje es que hemos entrado en una era de movilidad descendente.

El tercero de los temas que yo creo importante es el de las brechas. Mujeres desproporcionadamente afectadas, pero más aún los jóvenes. Me parece terrible lo que ha sucedido con la generación más preparada, la generación más digitalizada, etcétera, que ha sido castigada por dos crisis: la del 2008 y ahora la crisis por la pandemia. El mensaje que nos deja esto es que, de igual manera, nuestros jóvenes van a tener una estructura de oportunidades peor que la de sus predecesores.

El corolario de este tema –y cierro– es que tenemos una ruptura del acceso al bienestar, que requiere –también lo ha dicho Slim esta mañana– una nueva concepción fundamental del instrumento. Estamos hablando de un sistema de protección social, pero más importante y subiendo en una escala macro en el tema de política pública y de cambio estructural de nuestros países: necesitamos un nuevo contrato social. Un contrato social, en la era digital, en estas transiciones tan absolutamente brutales en las que vivimos –como ya se han mencionado– necesita, claramente, una configuración fundante de valores que, en mi opinión, tiene que ser el humanismo. ¡Ojalá que lo sea para esta era digital en la que estamos! También deberá estar fundamentado en algo que se ha dicho esta mañana cuando se hablaba del trabajo, y es la dignificación de la persona, el eje central de lo que estamos haciendo.

No entro en ninguna consideración con respecto al “des-orden” democrático, porque aquí se ha dicho con absoluta claridad que tenemos una ruptura en los ideales de promesa de libertad e igualdad que existía, que el vínculo representativo también se ha erosionado y, en último término, que lo que veíamos como el fantasma del populismo se ha convertido en todas nuestras sociedades en un ogro populista. No voy a entrar en detalle porque no puedo, pero tal vez dejaría tres o cuatro consideraciones de lo que significa este ogro, estas “ofertas de redentores” que tenemos, tristemente. Al respecto el presidente Núñez Feijóo ha estado realmente extraordinario en sus comentarios. Tenemos una devaluación de la verdad; tenemos una sustitución

de la emoción por la razón en el espacio público, en el debate de lo colectivo; tenemos una fragmentación y polarización de nuestros sistemas políticos, y sobre todo, una gran concentración de dogmatismo en la forma de hacer política.

Si esto es lo que está pasando en el ámbito democrático, la opción que tendríamos como solución a todos estos problemas –siempre lo hemos dicho en el Círculo– es la política. Pero, ¿qué sucede con la política? La política está, como aquí se ha mencionado, en una situación de crisis.

Termino, tal vez, con cuatro preguntas que sirven para los colegas en esta sesión.

La primera –y lo han mencionado, también– es que el eje, el valor esencial de la democracia es la ciudadanía, no solamente desde el espíritu marshalliano de decir “derecho a derechos y también a obligaciones”, sino desde esa cualidad moral de pertenecer a una comunidad política. Y, ¿qué ha pasado? Que vivimos en enjambres aislados, todos conectados pero completamente solos. Eso no lo he dicho yo, sino Byung-Chul Han, pero es una gran pregunta.

La segunda pregunta es cómo se construye Estado y qué instituciones requiere ese Estado para reconstruir la relación Estado-sociedad-mercado en estos oligopolios monopolistas que tenemos en el ámbito de lo económico.

La tercera pregunta –y ya termino– es, ¿cómo defendemos y recuperamos la libertad en estas democracias vigiladas en las que nos encontramos y, sobre todo, con el advenimiento –José María Lassalle ha escrito un libro maravilloso sobre esto– del leviatán cibernético?

En último término –el presidente González siempre me inspira con estos temas, y yo repito y repito las cosas que aprendo de él–, la pregunta es cómo reconvertamos realmente la política con la vida. Esto significa cómo, verdaderamente, somos capaces de tener una política que hable de las cosas que le interesan a la ciudad, una política que entienda los problemas de los ciudadanos y, fundamentalmente –y con esto concluyo–, una política que tenga unos liderazgos –¡oja-



lá distintos!— que recuperen en nuestras sociedades la cultura del pacto, que es absolutamente esencial para los desafíos que tenemos en las dos transiciones: la ecológica y la digital.

Muchísimas gracias, y disculpen que haya mencionado solo titulares y no haya podido entrar en análisis.

Carlos Pagni

Buenos días a todos.

Muchas gracias por la posibilidad de participar en esta, para mí, mi primera reunión del Círculo, por lo que estoy especialmente agradecido con el presidente Sanguinetti, que me ha distinguido con la posibilidad de visitarlos e intervenir en esta reunión, al lado de personas muy caracterizadas y, sobre todo, de un maestro de mi país, como lo es Natalio.

Voy a plantear tres cuestiones en las que me voy a referir a mi país, que obviamente es el que más conozco, pero que creo que tienen una perspectiva general y en muchos casos se van a cruzar con cuestiones que se han hablado esta mañana de manera tan interesante —en mi caso he aprendido muchísimo—, y que están organizadas alrededor del problema del populismo. Son tres cuestiones sobre las que Argentina tiene una experiencia muy particular, en general lamentable, pero que, más allá de las peculiaridades que puede tener mi país —que las voy a mencionar en su momento—, pueden ponernos en perspectiva de problemas regionales.

El primer problema o la primera trampa del populismo tiene que ver con una concepción que, como sabemos, es patrimonial del Estado. Esto ha generado un enorme problema, que estoy contento de poder mencionar acá: la región tuvo, a lo largo de su historia pero especialmente durante el siglo XX, una enfermedad horrible que fueron los golpes de Estado, la inestabilidad institucional, la imposibilidad de constituir un orden legítimo. Felizmente —y me alegro de poder estar acá para mí es como el sueño del pibe, como diríamos en Argentina, porque estoy frente a los que protagonizaron la salida de ese problema, los que curaron o lideraron procesos de cura respecto de ese drama—

¡nos curamos de eso! Pero yo creo que tenemos ahora un desafío igual, de otra naturaleza, no comparable —no quiero hacer una graduación de males—, pero de la misma dimensión, que es la corrupción.

Nosotros, los argentinos, podemos aportar historias de corrupción, que además serían divertidísimas. Por ejemplo, un secretario de Obras Públicas que aparece con USD 9:000.000 en bolsos, a las 4 de la mañana, en un convento de monjas, con una ametralladora por las dudas, junto a la monja que recibe los bolsos. O un chofer que misteriosamente se dedicó durante 12 años a anotar todo lo que hacían sus jefes, dónde entraban los autos que recibían los bolsos de dinero —además de apuntar los *tickets* de los estacionamientos en los que entraban esos autos—, y todo eso registrarlo en cuadernos que ahora son motivo de una causa judicial.

No quiero referirme al problema moral de la corrupción, que es obvio. En el problema de la corrupción hay derivaciones políticas muy importantes, gravísimas. Un mal colateral muy importante es el lavado de dinero. Donde hay corrupción debe haber estructuras de lavado de dinero —es imposible la corrupción sin esas estructuras—, que son la plataforma para otros problemas: la instalación de mafias, la instalación del narcotráfico y, eventualmente, la instalación del terrorismo. La corrupción requiere de un dispositivo, que es un problema central en la Argentina por el avance que ha tenido la droga y, sobre todo —y esto explica mucho de las elecciones y del fracaso del kirchnerismo en estas elecciones—, el avance de la droga entre los más pobres. La droga es protagonista en los grandes conurbanos de la Argentina desde hace quince años y está convirtiendo en peligrosas las villas de emergencia, los barrios populares, para quienes viven en ellos. Antes, de una manera un poco racista, era peligroso para quien pasaba cerca; ahora el problema está ahí. El Gobierno actual de la Argentina perdió toneladas de votos por haber cerrado las escuelas; al cerrar las escuelas, en una villa de emergencia o favela donde viven ocho personas en una casilla de cuatro por cuatro, los chicos no se quedan en casa haciendo Zoom, sino que van a integrarse a una pandilla o están aprendiendo a drogarse o a proteger al que vende la droga. Esto produjo una rebelión de malhumor entre los pobres respecto del Gobierno populista.

Hay otro problema que vieron muchos de ustedes. El primer registro que tuve yo, que me dedico al periodismo, fue una conferencia o reunión cerrada que dio Felipe González en Buenos Aires. Me refiero al problema de la judicialización de la política. La corrupción ha logrado llegar a niveles inaceptables y ha conseguido que los tribunales se conviertan, incorrectamente, en el campo de batalla. Eso produce un conflicto entre los ritmos de la política y los ritmos de la Justicia.

Pero esto nos llevó a otro problema, mucho más grave, que es la politización de la Justicia, porque es imposible que yo le confíe a la Justicia la resolución del conflicto político que implica la corrupción sin que el juez quede o parezca quedar alineado. Y el caso central de lo que estoy mencionando, que da para una tragedia griega en términos democráticos, es el de Lula-Moro-Bolsonaro, que representan un drama increíble. Bolsonaro llega al poder con la exclusión de su principal competidor, haya tenido que ver o no en aquello que se le estaba imputando, y después Moro termina siendo ministro del que se benefició con esa exclusión, pero con el agravante –imagínense lo que es esto en términos de legitimidad de la Justicia– de que los jueces terminan reconociendo que el excluido tendría que haber estado libre.

Esto lo vemos reproducido en Argentina.

Cristina Fernández de Kirchner acaba de obtener un fallo, probablemente correcto desde el punto de vista procesal, pero ¡vayan a explicarle esto a la gente que estuvo durante doce años informándose de que robaba en ese tema, y de que lavaba plata en hoteles creados para el lavado de dinero!

Entonces, tenemos un problema enorme. ¿Por qué? Porque esto está corroyendo a la Justicia. Y en un sistema republicano donde no hay Justicia –y hay que leer al Maquiavelo del *Discurso sobre la primera década de Tito Livio*–, no solo prospera la impunidad, sino también la calumnia, que es otro de los problemas de la democracia actual, que padecen los que forman parte de la escena pública. Hoy en la Argentina la discusión sobre este tema es patética. Se ha inventado el concepto de *lanfare*, y Cristina Kirchner acusa de *lanfare* a Macri,

y Macri acusa de *lanfare* a Cristina, y cada uno elige, con determinadas artimañas procesales, quiénes son los jueces que quiere que lo juzguen. ¡Es un milagro que esto se sostenga!

Y hay otra dimensión de la corrupción que me parece muy importante y no siempre se advierte con claridad. La corrupción es una opción de política internacional. Cuando hay niveles de corrupción tan importantes en un Estado, este solo se puede relacionar con otros Estados opacos. Esto explica muchísimo de la relación entre Gobiernos. Y no hay que ir muy lejos: Venezuela, por ejemplo, solo puede tener relaciones internacionales con Irán, con Rusia y con China. Ese es su alineamiento internacional, no por razones ideológicas –que las puede tener–, sino porque hay un problema estructural que tiene que ver con la transparencia de los negocios, que obviamente afecta muchísimo a la inversión privada en países como los nuestros.

Este es el primer problema.

El segundo problema que quería plantear, por el que también estamos muy afectados, es el de la polarización. Esto viene de lo que decía el presidente González, que es un tema fascinante; me refiero al caudillismo. En *Facundo* –probablemente el libro más importante de reflexión política que se haya escrito en Argentina–, comienza Sarmiento preguntándole a Facundo por qué. Dice: “Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte [...]” para que vengas a explicarnos los males del caudillismo. Mitre, en un texto muy poco conocido, que escribe en Uruguay durante la defensa de Montevideo, dice que el problema de nuestras repúblicas va a concluir “cuando la emoción que nos provocan los caudillos nos la provoquen las leyes”.

Bueno, esto después se ha teorizado en Laclau: la idea de constituir el poder y el liderazgo a partir del conflicto, como estrategia, como usina de poder. Obviamente, coincide con propensiones personales y psicológicas de los líderes.

Pero, ¿a qué nos ha llevado esto? A la constitución de agendas negativas, donde la única propuesta es la estigmatización del contrario, así como a algo que para



mí es lo más patético: un estado de infantilización extraordinario, porque la polarización supone el prejuicio infantil de llegar a pensar que todo lo mío es bueno, y todo lo del otro, malo. Esto suspende la capacidad de interrogación que podamos tener sobre nosotros mismos y sobre nuestros propios grupos. Es decir: la idea de que el mal está todo del otro lado, de que el mal es el otro, lo primero que impide es el debate entre quienes formamos parte del mismo grupo, porque ese debate ya está saldado, no tenemos nada que preguntarnos. O sea, lleva a la imposibilidad de debatir.

Voy a hacer un homenaje al presidente Sanguinetti, porque estuve en el Museo del Prado antes de venir acá el fin de semana, y fui a ver nuevamente las *Pinturas negras* de Goya, y adquirió una significación extraordinaria el *Duelo a garrotazos*. Esos dos, que son como campesinos, al alba, donde nadie los ve, con un paisaje extraordinario, en una tierra un poco rojiza, enterrados, para que ninguno de los dos pueda escapar. Es interesante: no se pueden mover, quedan ahí; su única tarea es matarse, matarse a garrotazos. Si no me puedo escapar, lo único que me queda es pegarle garrotazos al otro.

Me parece que estamos como detenidos –como enterrados– en esta escena, en la que inauguramos el tema, porque en Argentina esto viene, por lo menos, desde el 2008, mucho antes de Trump; ¡mucho antes! Y proviene de algo que yo creo que está en la raíz de las palabras del presidente González cuando dice: “donde la realidad no es una oportunidad, sino una amenaza”, porque como tengo miedo de caer en la pobreza, de perder el lugar en el que estoy, es lógico que le atribuya al líder ser el Edipo rey que salva a Atenas de la peste.

Así se constituyen estos liderazgos en los que aparece la imposibilidad de acordar. La imposibilidad de acordar es un drama para la inversión. ¿Por qué? Porque suspende la perspectiva intertemporal de mediano plazo. Si yo sé que este Gobierno se va y que el que viene va a destruir todo lo que este hizo, porque lo está prometiendo desde el momento en que es oposición, no hay nadie que me haga poner un dólar en este país. La gran pregunta que se hacían los empresarios en la época de Macri era: “¿Puede volver Cristina? Entonces, no intervengo”. Uno, ingenuamente, decía: “¡No!”.

Nosotros estamos metidos en este problema ahora. ¿Por qué? Porque tenemos una crisis muy importante, de carácter macroeconómico –como ustedes saben– de la que solo podemos salir en acuerdo con el Fondo Monetario. Y el Gobierno se ha pegado un tiro en el pie, porque por hacer una picardía, que era comprometer a la oposición en el acuerdo con el Fondo y en los ajustes que va a demandar ese acuerdo, determinó, sin que el Fondo lo pidiera, mandar el proyecto al Congreso. Y ahora se encuentran con que no es solamente la oposición la que no quiere aprobarlo, sino que no se lo quiere aprobar Cristina y el sector populista del Gobierno. Es obvio que no hay populismo que quiera hacer ajustes; esto es incompatible con la idea populista. Ajustes –con comillas e irónicamente– “neoliberales”. Esta imposibilidad de acuerdo va a ser noticia en Argentina en el próximo mes, como está siendo noticia en Costa Rica, donde el presidente acaba de decir: “El acuerdo con el Fondo no es un tema mío; hablen con el Congreso porque lo mandé allá y está naufragando allá”.

Pero me interesa otro problema, que es que el populismo no es solamente un fenómeno de gobierno; el populismo se ha transformado en una cultura, y en esa cultura interviene el periodismo. El periodismo, que es donde yo me desempeño, tiene una responsabilidad enorme en el desarrollo de este tipo de patologías. Miren, nada más, lo que son los programas Fox y CNN: son predicadores electrónicos. Los periodistas se han transformado en diputados; han perdido la agenda periodística y se han transformado en voceros de facción, que lo único que hacen es confirmar lo que el oyente quiere escuchar. En Argentina se ha avanzado muchísimo en esto, que está potenciado por las redes.

Las redes no son homogéneas. Ustedes no van a encontrar agresividad en Instagram, porque allí uno pone la foto con la novia y con el perro Golden en el atardecer; en Facebook se habla de cosas de amistad y familia; el tema es Twitter. ¡Twitter es la guerra! Yo tengo amigos que cuando intervienen ahí cambian de personalidad. Esto está estudiado; está muy estudiado el efecto psicológico que produce en alguien que cree, como decía el presidente Sanguinetti, que le está hablando al Gobierno delante de un foro infinito que son todos los que lo están viendo escribir en ese momento

o los que van a leer su tuit, aunque tenga cinco seguidores.

Ahora, esto está generando un problema enorme, que lo señaló el presidente Lagos, porque se preformatean los mensajes. Es lo que decía el presidente González que sucede con el mercado, que me pueden segmentar si escribo algo, y no solo si lo escribo, sino si lo digo. Me ha pasado, por ejemplo, hablar de Salta, provincia argentina del norte, en una comida; pero como Siri lo registra, a la noche me empezaron a aparecer hoteles de Salta en Google. Este es un rasgo de esta civilización que para la política no es para nada indiferente; se ha perdido la privacidad, y el que quiere tenerla, que se aparte de las redes, pero no va a poder tener trabajo.

Los Estados Unidos crearon un nuevo comando —tenían el Comando Sur, etcétera—, el Comando Cibernético, que es para esta guerra de la que estamos hablando. Esto permite, mediante algoritmos —y hay una serie en Netflix sobre Cambridge Analytica, que son los que hacían esto, por lo que tuvo que pedir disculpas Zuckerberg— que desde las campañas políticas, con 200 *likes* en Facebook ya sepan quién soy yo; saben más que mi mamá sobre mí. Y empiezan a mandarme mensajes que corroboran todas mis creencias. Esto va formando —y es el gran drama de la democracia actual, a mi juicio— lo que llaman “cámaras de eco”. Finalmente, leo, hablo y me comunico con gente que piensa igual que yo, cuando lo que supone la democracia es que la verdad está en el medio. Esto significa —no puedo coincidir más— que la gran posibilidad que dan las redes para el desarrollo de la democracia por la comunicación horizontal, también la están amenazando. Y es muy difícil pensar una forma de regular esto.

Y agregó un dato más —que es de 2018, o sea que ya es viejo—: en 2018, 68 % de los americanos recibían las noticias por las redes, inclusive los diarios. Es decir: leen diario porque reciben el tuit que emite el diario; pero 68 % de los americanos ya no mira televisión ni lee los diarios. Se están generando patologías. No sé si ustedes conocen el caso “Q” —que ha puesto al FBI a estudiarlo— que son millones y millones de seguidores de Twitter, republicanos, que creen en la conspiración

de que hay una red de pedofilia gobernada por Obama y Hillary Clinton, y que a Trump lo persiguen porque detectó esa red y en cualquier momento la va a denunciar. Eso es parte de la literatura sobre redes hoy en todo el mundo. Hay artículos muy interesantes en *The Atlantic*, sobre la paranoia que está ganando en Estados Unidos este tipo de metodología.

Lo que esto está produciendo en Argentina —y no solo esto— es que de la polarización estamos yendo a la radicalización, y está pasando algo de lo que no sé si Chile no es un espejo que adelanta. En las últimas elecciones parlamentarias de Argentina el Gobierno perdió 40 % de los votos —5:200.000— respecto a 2019. Pero *Juntos por el cambio*, la oposición, perdió el 10 %. Todo eso va a la abstención y a dos movimientos radicalizados: uno hacia la derecha, el de Javier Milei, que se mira en el espejo de Bolsonaro y de Kast —a quien voy a ir a visitar la semana que viene—, y el otro es el trotskismo —no el comunismo, sino el trotskismo—, que no existe en el mundo pero hoy es la tercera fuerza política en Argentina y en estas elecciones duplicó su caudal político con respecto a las de hace dos años.

La tercera amenaza que fue mencionada acá es el cortoplacismo. El presidente Sanguinetti habla siempre de la “bonanza”; no es que la bonanza se haya desaprovechado en Argentina —me refiero del período que va de 2003 a 2013 y el boom de las *commodities*—, sino que se aprovechó pero para funcionar peor. Argentina, en ese período, se apropió del 4 % de la riqueza en términos fiscales —4 % aumentó la recaudación—, pero el gasto subió 17 %, y gran parte de ese gasto fue a beneficios sociales que se toman como derecho adquirido. Y en medio de todo esto tenemos un enorme sistema previsional, porque se le agregaron, a partir del año 2006, cuatro millones de beneficiarios que no aportaron al sistema previsional. O sea que, contando con una población muy joven, tenemos un gasto previsional de aproximadamente diez puntos del PBI, cuando por el tipo de pirámide etaria deberíamos estar en cuatro puntos. Este es un problema del que no sé cómo se va a salir.

Todo esto ha hecho que nos volviéramos a encontrar con un drama antiguo, que es la inflación, y ha genera-



do un problema que es el siguiente: en Argentina hay, por la pandemia, tres millones de pobres nuevos. Pero ya teníamos 40 % de pobres antes de la pandemia. De las villas de emergencia o favelas que hay en Argentina –habría unas 4.000 antes de la pandemia–, la mitad son posteriores al 2001 y el 25 % posteriores al 2010. Este no es un país con más pobres, sino otro país, con incentivos políticos distintos, donde es imposible pensar que no va a haber populismo por mucho tiempo y donde, como el pobre, lamentablemente, vive al corto plazo –y si yo fuera muy pobre viviría de esa manera–, hay toda una política de explotación del corto plazo. ¿Por qué? Porque no hemos resuelto un problema del que ustedes dos fueron testigos presenciales en el lugar, que es la gran crisis del 2001. Nosotros no salimos de ahí. Estando en Buenos Aires, creo que González vio pasar cinco presidentes en dos días. Para salir de ahí necesitamos un gran acuerdo político.

Acá quiero rendir homenaje a los que lo hicieron. Estamos en presencia de un hombre exitoso como Slim, pero también estamos en presencia de todos los otros hombres exitosos que fueron los políticos, participantes, tal vez, de la experiencia más exitosa de la historia de Latinoamérica, que fueron las transiciones democráticas. Desde la depresión actual es impresionante ver eso; es como ver la Atenas de Pericles en cuanto a experiencia exitosa. Eso supuso una racionalidad que tenemos que retomar, así como una reivindicación de la política que también tenemos que retomar.

Quiero terminar –y lamento haberme extendido tanto– citando a Sanguinetti en su mención a Barradas, que escuché hace poquito en Buenos Aires. En una carta del pintor Barradas a Torres García en la que le habla de Figari –sobre el que Sanguinetti escribió un libro– dice: “Figari es del tipo nuestro, es un hombre flecha” ¡Como ustedes! Es flecha porque tiene un blanco; porque lo que hace flecha a la flecha es el blanco.

Muchas gracias.

Martín Santiago

Muchas gracias, Carlos.

Alberto, adelante.

Alberto Ruiz Gallardón

A estas horas, la brevedad no es cortesía, sino que es obligación.

Gracias, presidente Núñez Feijóo, por habernos acogido. Y presidente Sanguinetti: cuando nos convocasteis hace veinticinco años, no nos dijiste que esto fuera a ser fácil. Nunca nos lo dijiste. ¿Por qué digo esto? Porque no me gustaría que saliésemos de esta primera sesión con una sensación de fracaso, con una sensación de que en el Círculo de Montevideo nos hemos convertido en observadores de una realidad que somos capaces de analizar, de describir, pero no de modificar. Porque es verdad que este es un Círculo de pensamiento, pero no uno que se guarda para sí sus reflexiones, sino que lo que hace es transmitir las, junto con su experiencia, a aquellos, como Núñez Feijóo, o como todos los que son nuestros anfitriones en todas estas reuniones, que son gobernantes en ejercicio.

Y pensando en estos veinticinco años, con todas sus dificultades, si hoy miramos atrás y vemos cómo estábamos en Latinoamérica y cómo estábamos en España en nuestra primera reunión y nos miramos hoy, tenemos que tener –a pesar de todas las complejidades que esta mañana se han puesto aquí encima de la mesa– razones para el optimismo. No es que solamente tengamos que tener razones; es que tenemos obligación. Hablábamos con el presidente Lagos acerca de que la obligación intergeneracional no es solamente transmitir bienes materiales, entre ellos naturalmente nuestro planeta, sino también transmitir un motivo, una razón para que la vida de las siguientes generaciones no sea una resignación sino un esfuerzo; para que tengan una ilusión por alcanzar objetivos, como nosotros la hemos tenido porque la heredamos de la generación de nuestros padres. Y creo que a pesar de todas las dificultades, tenemos motivos de verdad para decir, respecto de esta crisis que estamos atravesando, de estas dificultades objetivas que se han puesto aquí encima de la mesa, que somos capaces de superarlas.

Es verdad que si miramos ahora a Latinoamérica, hay tres heridas –la de Venezuela, la de Nicaragua y la de Cuba– que sobrecogen; nos sobrecogen a todos. Y por supuesto que estamos preocupados por las presidenciales en Chile, que hemos seguido el proceso de Honduras, las últimas elecciones en Argentina, los cambios producidos en Perú, la situación política en Ecuador y en Brasil, la tragedia haitiana y cómo puede condicionar de una manera muy importante la política de la propia República Dominicana. Todo eso es cierto y ahí tenemos que seguir con nuestra voz firme, pero no es menos cierto que, cuando miramos América, vemos en estos momentos una de las poblaciones más rejuvenecidas del mundo, y eso dicho desde esta vieja Europa en la que tenemos varias preocupaciones. Hoy se ha visto el problema de las pensiones, pero no es solamente un problema económico sino también un problema de convivencia, donde vemos que se nos escapa el futuro porque no somos capaces de convencer a la siguiente generación a la nuestra de que la forma de transmisión de nuestra cultura, de nuestro pensamiento, de nuestra historia, no es quedarnos encerrados y aislados. Entonces, es verdaderamente gozoso, desde Europa, ver esa juventud que existe en estos momentos en América.

Recuerdo, presidente, cuando nos preguntaron, después de la primera reunión del Círculo, cuáles eran nuestras tres prioridades. Y respondió el presidente Sanguinetti: la primera es la educación, la segunda es la educación, y la tercera es la educación; y luego, si quieren, hablamos de otras cosas. Bueno, ¿no hay unas élites potentes formadas ahora mismo en Latinoamérica? ¿No hay excelentes profesionales? ¿No hay empresas –y tenemos aquí un magnífico representante– que están liderando sectores estratégicos del mundo? ¿No es verdad que hay una creatividad en todos los órdenes, y muy especialmente en el mundo artístico y en el mundo de la literatura? ¿No es verdad que a pesar de catastróficos Gobiernos –pienso en Venezuela–, sigue siendo uno de los grandes depósitos de recursos naturales del mundo? ¿No es verdad, por tanto, que a pesar de todas las desigualdades, hay una sociedad civil moderna, fuerte, dispuesta primero a protestar ante las situaciones de injusticia y después a asumir su propio protagonismo?

Bueno, pues si todo eso es así, y sé que es así, creo que tenemos motivos de verdad no solamente para estar esperanzados sino para trasladar nuestras reflexiones a aquellos que tienen que gestionar esas situaciones que son difíciles.

Hoy, aquí, se ha puesto de manifiesto probablemente uno de los temas más importantes –le pido a nuestro moderador que cuando llegue al tiempo que me corresponde me avise, para no extendernos demasiado–, que es el de la digitalización. Hablaba antes Carlos Slim de las nuevas formas de trabajo, que a mí me parece una cuestión apasionante. Me atrevería incluso, Carlos, a introducir una añadido, que es el futuro efecto que va a tener la robotización en nuestras sociedades. Y, al respecto, cuento una anécdota. El otro día me compré unos pantalones vaqueros, unos Levi's 501, y tuve la curiosidad de ver que el algodón con el que se había hecho era de la India, que se había manufacturado en Vietnam y, naturalmente, que los compró un español al que le llegó a través de una plataforma americana. Y eso, ¿por qué? Pues porque al final de lo que te cuesta un producto, que es el diseño, la materia prima, la fabricación y la distribución, los costes laborales primaron. Y como los costes laborales son los que priman, hay quienes hacen esa locura de llevarse la materia prima a un extremo del mundo para luego repartirla en otro. Eso se va a acabar. Se va a acabar por dos factores. Uno de ellos es que las sociedades asiáticas son emergentes no solamente en bienestar sino también en derechos, como siempre ocurre cuando se adquiere más bienestar; y, por lo tanto, esos bajos costes laborales, que es el único factor de competitividad que tienen ahora mismo, en las próximas décadas sin duda cambiarán. Y el otro factor es la robotización, que va a permitir trasladar la fabricación del producto allí donde se distribuye, y eso va a afectar a la logística en todo el mundo. Acabaremos comprando, más que unos pantalones, un derecho a ir a una fábrica de 3D donde, introducido ese derecho, te devuelva unos pantalones fabricados.

Pero sin duda es la digitalización el gran tema. El presidente Lagos lo decía en una exposición brillante, como todas las tuyas. Es verdad que hoy una gran cantidad de nuestros derechos básicos, como pueden ser la comunicación, la información, la educación, el



propio derecho de reivindicación o de protesta, están directamente vinculados con el mundo digital. Y ese mundo digital es de muy difícil control; es cierto. Pero ¿tenemos por eso que resignarnos? ¿Tenemos por eso que dejar que aquellos que lo han visto a lo mejor antes que nosotros y han ocupado las redes sean los únicos que puedan en estos momentos, de verdad, utilizarlas en beneficio de sus propias ideologías y del populismo? ¿Es que no somos capaces de darnos cuenta de que lo importante no es el instrumento de transmisión sino el contenido?

Hay una anécdota graciosa que no sé si os la he contado alguna vez, cuando Oscar Wilde, antes de caer en desgracia, estaba invitado en Nueva York y, como homenaje, le ofrecieron ser la primera persona que se comunicase a través de la línea telefónica que se iba a inaugurar ese día entre el este y el oeste; entre Nueva York y San Francisco o Los Ángeles. Y cuando vieron que Oscar Wilde no tenía ningún entusiasmo especial por inaugurar esa línea, le preguntó el alcalde: “¿Pero a usted no le hace ilusión, de verdad, ser la primera persona que hable con el oeste de los Estados Unidos desde Nueva York?” Y Oscar Wilde dio una respuesta magnífica: “Depende de quién esté al otro lado del aparato y lo que tenga que decirme”. Esa es la clave. La clave es el contenido.

¿No somos capaces de llenar de contenido el espacio digital? ¿No somos nosotros capaces de generar ese contenido con nuestras ideas, que están alejadas del populismo, que creen en los valores de la democracia –y contesto con eso Martín a tus preguntas–, que creen en la división de poderes, que creen de verdad en sociedades estructuradas? ¿No somos capaces de utilizar esos propios instrumentos para después, desde ahí, ser nosotros los que podamos liderar la sociedad? Yo, con toda sinceridad, creo que sí; y creo que los populismos, como muy bien lo ha definido Carlos, son un riesgo inmenso, porque como se ha dicho muchas veces dan respuestas simples a problemas complejos. Pero creo que se les puede vencer desde la argumentación.

Y termino con una última reflexión ya más de carácter político pero que afecta directamente a lo ante-

rior. Los riesgos están en los extremos. El riesgo no es el pensamiento moderado de la derecha ni el pensamiento moderado de la izquierda. Los populismos no se instalan en el centro. No hay extremos centros. Hay extremas derechas y hay extremas izquierdas. ¿Por qué estamos llegando a un punto en el que, entre todos –y asumo la culpa en la parte que podamos tener los que no estamos entre aquellos que están pactando con los populismos–, dejamos que los que históricamente han representado la moderación, los que han representado la institucionalidad, estén pactando con los populistas? Es muy fácil decir: quieren estar en el Gobierno y pactan con uno de los extremos. Pero la pregunta que yo hago es la siguiente: los que aun sabiendo que no vamos a entrar en ese Gobierno, ¿no estamos obligados o no tendríamos que poner encima de la mesa soluciones alternativas, para evitar que fueran forzados o, no forzados, tuviesen incluso la tentación de pactar con los populistas aquellos que por mantenerse en el poder son capaces de renunciar a sus propios principios? O para decirlo también con palabras de Carlos: ¿no hace falta un gran pacto político –se decía que la segunda vuelta es la solución, pero no sé si después de lo de Chile se puede seguir diciendo eso– para poder articular un mecanismo que evite que ese objetivo de alcanzar esa mayoría simple que te permite gobernar, te lleve a llegar a acuerdos políticos con aquellos que sabes que no solamente no coinciden con tu proyecto sino que están dispuestos a destruir el sistema? ¿No tendría que haber un acto, no de generosidad, sino de inteligencia política, por parte de aquellos que aun no habiendo ganado las elecciones pueden ser responsables de que quien las ha ganado en minoría tenga que –o se vea en la tentación de– llegar a acuerdos, de pactar con radicales? ¿No se debería hacer un acuerdo de exclusión de los radicalismos, de los extremismos y de los populismos de la política? ¿Es esto una utopía? Yo creo que no; y creo que tenemos aquí, en la Unión Europea, algunos ejemplos valientes que, cuando se han puesto en marcha, sin necesidad de grandes Gobiernos de coalición, han dado las mayores épocas de prosperidad a sus países.

Por lo tanto termino, presidente, querido Martín –y contesto a tus preguntas–, diciendo que creo que

hoy los sectores más vulnerables de las sociedades latinoamericanas –tú lo has dicho–, los que han sufrido y sufren desigualdad –los jóvenes, las mujeres, aquellos a los que les ha costado materializar su dignidad como personas porque no tenían medios materiales para lograrla–, están mejor que hace veinticinco años. No podemos estar satisfechos, pero sí podemos decir que estamos mejor que hace veinticinco años. Sí podemos decir que a pesar de las dictaduras que subsisten en Latinoamérica, son más fuertes las democracias y lo han demostrado. Y sí podemos decir que existe hoy una sociedad pujante, líder en Latinoamérica.

Y termino con una última reflexión que podría saber a autocrítica. Yo me hago una pregunta: ¿de qué sirve toda la inteligencia y experiencia –el elogio que hacía, con toda la razón del mundo, don Alberto Núñez Feijóo– que habita el Círculo de Montevideo, si nos la quedamos entre nosotros? No es que tengamos la posibilidad; es que tenemos la obligación de expandir este pensamiento, de compartir este sentimiento de institucionalización y de compartir este compromiso con las siguientes generaciones. A lo mejor eso cuesta, pero estoy convencido de que es algo a lo que estamos moralmente obligados. La inmensa calidad –de la que por supuesto me excluyo– que tenéis desde el punto de vista intelectual, desde el punto de vista político, los componentes del Círculo de Montevideo, no nos puede permitir que este sea un Círculo cerrado, única y exclusivamente para una reflexión interna. Estamos obligados a trasladar esa reflexión a los que tienen que tomar las responsabilidades.

Y por eso yo hoy agradezco de una forma muy especial la presencia activa, y más activa todavía como oyente –que es una forma de decir: me interesa vuestra experiencia y vuestra reflexión–, de nuestro presidente de la Xunta de Galicia, Alberto Núñez Feijóo.

Muchas gracias.

Martín Santiago

Excelente.

Muchas gracias, querido Alberto.

Natalio, por favor.

Natalio Botana

Muchas gracias, estimado Santiago.

Estoy en una situación un poco comprometida, porque estamos atrasados al final de magníficas exposiciones y me toca cerrar esta primera mañana recordando uno de los conceptos básicos que tiene el título de esta mesa, que es el de “realidades y expectativas”.

La expectativa está basada en la esperanza. La expectativa es una manera moderna y contemporánea de abarcar la esperanza. No hay expectativa sin esperanza. Recuerdo aquel título maravilloso de la novela de Malraux, *L'Espoir*. Ese creo que tiene que ser un horizonte, pero un horizonte que no implica por supuesto no asumir la realidad y no asumir las críticas que esa realidad nos merezca.

Voy a comenzar simplemente recordando una anécdota, para luego trasladarla a los problemas fundamentales de la teoría política que hoy estamos enfrentando, no solo en América, sino también en Europa –en España– y sobre todo en Estados Unidos.

Terminó brevemente la pandemia y mi universidad volvió a una tarea presencial. Me encuentro entonces con un brillante estudiante que ha terminado y que me cuenta, pues, sus esperanzas, que son las típicas de un gran ejemplar –porque es un muchacho muy inteligente– de esta que llamaré tercera transición histórica, que nos lleva precisamente a plantearnos problemas muy profundos. ¿Qué será de su vida? Le pregunté. “Muy sencillo”, me contestó. Tomó la computadora y agregó: “Este es mi mundo”. Pero, ¿qué quiere decir



eso? Esa fue mi pregunta. “Quiere decir que con esto estoy en todos lados. Así que mucho no me interesa dónde estoy en este momento”. Yo insistía: “¿No te interesa Buenos Aires, la Argentina?”. “No”, me dijo. “Lo que me interesa en este momento son las conexiones mundiales. Ya tengo toda una red montada y me dedicaré exclusivamente a esta tarea”. Le consulté: “¿No te interesa la política?” “No”, me respondió. “La política en términos generales” –bien común, interés general al cual se refirió el presidente de esta querida región– “no me interesa”. “Hay un solo tema que me interesa en materia política y en eso me voy a concentrar, y es el cambio climático”.

Muy interesante. La ruptura de la cadena del progreso, ¿eh? Como habíamos pensado desde los orígenes de la Revolución Industrial. El progreso es lineal, y el cambio climático lo quiebra, lo corta. Y esta persona está muy atenta a eso. Pero al estar atenta a eso está negando uno de los factores más básicos de lo que es la política. La política –ya lo dijo Rousseau– es lo general, la comunidad, el bien de todos o la combinación de los bienes públicos que hacen posible el bien de todos. Eso ya no está más en el horizonte de ese joven. En el horizonte de ese joven hay un solo problema y nada más. Le pregunté, entonces: “¿Y la pandemia?”. “Bueno, la pandemia no me interesa;” –y aquí la gran apuesta al cientificismo– “la ciencia la va a derrotar”. “Y, por lo tanto,” –actitud profundamente individualista que está en este momento eclosionando en Europa– “estoy absolutamente en contra de cualquier tipo de control: ni confinamiento, ni cuarentena ni nada. Yo hago lo que me parezca”. ¿Por qué? Y bueno, porque “la ciencia me salvará”. ¡Caramba! ¡Caramba!

Quedé callado, registré, y ahí viene la coincidencia extraordinaria de esta anécdota. A los pocos días llega, al edificio de departamentos donde vivo, un pintor de paredes. Empecé a conversar con él. “Bueno, mi amigo, ¿cómo vienen las cosas?” “¿Qué desea?” “Vea,” –me dijo– “tengo tres problemas: en primer lugar, he perdido mi trabajo y, al perder mi trabajo, he perdido los derechos que nos legó Perón”. Pero ¿qué perdió? “Posibilidad de jubilación, posibilidad de asistencia sanitaria gratuita”. Lo único que le ha quedado para sus hijos –lo cual no viene de Perón, sino de Sarmien-

to– es la escuela gratuita. Lo echaron de la fábrica donde trabajaba –la fábrica tuvo que reducirse– y, por consiguiente, ahora pinta paredes a la intemperie. “El segundo problema que tengo” –me dijo– “es que no me maten en la calle los muchachos del narcotráfico”. Vean: “que no me maten en la calle los muchachos del narcotráfico”. Le pregunto, entonces: “¿Y el tercer problema?” Y ahí, sin ningún tipo de discriminación –y a esta cuestión se refirió Carlos– me contestó: “Que los políticos dejen de robar”.

Entonces, ante a esta situación, me encontré frente a un panorama histórico y frente a un panorama que atañe a la teoría política. El panorama histórico es muy claro. Recordarán ustedes un juego, el de las cajas chinas –que seguramente ahora se jugará en una computadora–: una caja grande que contiene otras más pequeñas. Yo creo que hay tres transiciones históricas en este momento, que están contenidas en una misma circunstancia. Y esas tres transiciones históricas están ubicadas en el gran horizonte de la Revolución Industrial.

Primera gran transición histórica: la transición histórica de la máquina de vapor. Lo mencionaba el presidente Lagos. Es cuando Watt registra la máquina de vapor. Pero ahí hay un triángulo interesantísimo. Watt registra la máquina de vapor y, en la misma década, Adam Smith escribe *La riqueza de las naciones*, y poco tiempo después los Estados Unidos van a declarar la independencia y a hacer la primera Constitución republicana del mundo basada en la división de poderes. Este momento de la primera transición es espectacular. Ahora, ¿cuál es, en ese momento de la primera transición, el gran tema que se plantea en América Latina y también en España? Es el tema de la soberanía, que evidentemente estaba pensada desde antes, porque –¡caramba!– España fue el primer Estado moderno cuando constituye su monarquía. Pero cuando se piensa en la soberanía en aquella primera transición, con el horizonte de la Revolución Industrial, se la piensa en los términos que en el siglo XVII ya había planteado Hobbes: se piensa la soberanía territorial como aquel elemento fundamental que, basado en el monopolio legítimo de la violencia, va a salvar al habitante de la penuria del miedo y de la penuria de vivir absolutamente desprotegido en la inseguridad.

Entonces, claro, en esta primera transición, ¿qué encontramos? Encontramos el gran desafío que tienen las repúblicas americanas en el momento de su independencia, que no es una independencia buscada; es una independencia que resulta del colapso del Estado español —aquí en España, ¡eh!— como resultado de la invasión napoleónica. La obsesión en América Latina es la soberanía territorial; es el control de los territorios que van a constituir naciones. Y, claro: pensando en Hobbes, en la creación de naciones, en la soberanía territorial y en este compatriota mío que habita la gran megalópolis que rodea a la ciudad de Buenos Aires —12 millones de habitantes, 50% de pobreza—, uno se pregunta: caramba, y ¿dónde está la soberanía territorial ahora? El drama de la soberanía territorial hoy en América Latina es que no hay control de los territorios.

Veán ustedes entonces la superposición de las cajas chinas. Por un lado, ese muchacho, espléndidamente ubicado en la revolución digital, para quien el mundo es plano, el mundo es su horizonte, y, por otro, el habitante de la megalópolis que está soportando ¿qué cosa? Está soportando el problema de Hobbes: no hay control del Estado en la soberanía territorial, ya no de los territorios agrícolas de la época de la independencia, sino precisamente del momento urbano que estamos viviendo en América Latina, que es explosivo. América Latina es la sede de las grandes megalópolis que se van a desarrollar y se siguen desarrollando en el siglo XXI.

Y tenemos aquí uno de los problemas fundamentales en relación con las expectativas. Una expectativa de tipo horizontal, que es aquel agente histórico, aquel sujeto que está incorporado ya a la mutación civilizatoria, y una expectativa vertical que hunde sus raíces en el drama histórico de nuestros países, que no han logrado instaurar aún soberanías territoriales. Este es un tema, para mí, de una importancia fundamental. Como el ejemplo que me ponía un viejo profesor universitario: el hombre que está trabajando en su gabinete de trabajo, con su computadora y vinculado con todo el mundo, sale, da vuelta por la esquina y alguien lo puede matar en la calle porque no hay soberanía territorial y no hay monopolio de la violencia. Este es un tema de una hondura enorme en América Latina, y que nos demuestra el arrastre que tiene cada una de estas tres transiciones.

Y esto me lleva a la segunda transición, la gran transición histórica de la Segunda Revolución Industrial, cuya madurez llega sobre todo en la posguerra, después de tantas vicisitudes trágicas en la Europa de entreguerras —entre la Primera Guerra Mundial y la Segunda—, que es, o que se cifra en la gran promesa de los derechos sociales. El momento histórico en que a los derechos básicos de la seguridad a la Hobbes se suman los derechos políticos ampliados y el gran horizonte de los derechos sociales. Es lo que hace España en su momento de la transición. Yo recuerdo con emoción —hace ya de esto sesenta años— que a principios de los años sesenta, en la Universidad de Lovaina, explorábamos, con Miguel Herrero y Rodríguez de Miñón, uno de los padres de la Constitución española de 1978, qué pasaba en este mundo que se anunciaba como el mundo de los derechos sociales. Y explorábamos juntos el constitucionalismo europeo de aquella época, sobre todo a partir de la Constitución de Bonn del año 1949. Y aquí viene el tema de la esperanza. Porque lo explorábamos respecto de un mundo que yo creo que era peor que el mundo actual, para españoles y para argentinos. Yo era en ese momento un argentino que vivía disfrutando de la democracia europea y que venía de un país sometido al arbitraje militar. Estaban a punto de sacar poco menos que a patadas a un excelente presidente del Partido Radical, que se llamaba don Arturo Umberto Illia. Bueno, ¡qué decirles a ustedes! Miguel, evidentemente, venía de una España en donde todavía, aunque maduro, aunque abriendo un espacio de libertades y demás, el autoritarismo que se había inaugurado en 1939 seguía vigente.

Entonces, la esperanza —¿verdad?—: cómo nosotros podíamos producir un salto inspirado en la razón. Y el horizonte que veíamos era la posibilidad de incorporar esta gran transición histórica de la Segunda Revolución Industrial que nos trajo los derechos sociales. ¡Claro! El problema de fondo que teníamos los argentinos en ese momento —y aquí me vinculo con lo que ha dicho Carlos Pagni— es que los derechos sociales no nacieron en la Argentina a través de un proceso democrático, como ocurrirá en España a partir del 78, sino que nacieron a través de una experiencia populista, una experiencia de inclusión social muy fuerte, que es el peronismo, basado en un concepto —que no me canso de repetir— de Felipe González: el populismo es la no aceptabilidad de la derrota, mientras que la



democracia es la aceptabilidad de la derrota. Y a Perón lo sacaron con el mismo golpe con que comenzó su trayectoria. Lo sacaron con un golpe militar. Pero, Perón, ¿qué dejó? Es lo que me dice este hombre de la anécdota. Perón dejó instalada, en una tradición histórica, en un corazón colectivo –diría yo–, la idea de los derechos sociales, la idea de que el derecho no solo es el derecho a la libertad sino que también es un derecho a la protección. Y esto es lo que se ha perdido. Esto es lo que está perdido en América Latina, y esto es lo que la pandemia está sustrayendo en América Latina. Es lo que este hombre me dice al final: “Don: no hay derecho; no hay derecho”; es decir, la idea de que la segunda transición nos ha dejado ese corazón de derechos, ese depósito de derechos que ahora se está perdiendo.

Y el problema es cómo reconstruir –y aquí sí viene la esperanza– un nuevo repertorio de derechos que no abandone el gran horizonte que inspiró a este Círculo de Montevideo, que es el horizonte de contar no solo con sociedades libres sino con sociedades socialmente integradas.

Creo que estas ideas en torno a la anécdota que acabo de narrar nos permiten ubicarnos en el momento en que estamos. Este momento en que estamos creo que nos exige pensar la política con el mismo espíritu con que se la pensó cuando se hablaba –y tomo prestado el concepto de Karl Jaspers, que fue un grandioso filósofo; ahora se ha puesto de modo Heidegger, pero sería bueno que volviéramos a la moda de Jaspers, que fue uno de los filósofos que inspiró la reconstrucción europea de posguerra, muy cercano a Hermann Heller y a toda la tradición social liberal y socialdemócrata– de un tiempo eje de la humanidad, de muy larga duración, que fue el tiempo eje de la gran creación de las religiones monoteístas y demás.

Yo diría que hay un tiempo eje en la historia de las democracias, que hoy está presente y que tenemos que revalorizar, reformar y actualizar. Ese tiempo eje abarca Europa, los Estados Unidos y América Latina. Es el tiempo eje que comienza allá por el año 1776, cuando un hombre como Ranke, por ejemplo, el gran creador de la historiografía moderna, dice: Acá ha cambiado el mundo, porque el poder ya no viene de arriba sino

que el poder viene de abajo. Hablamos del año 1776 y de toda la gran trayectoria de la Revolución francesa en Europa, que culmina en América Latina con el gran proceso constituyente, digamos, que lo podemos ubicar en 1811, en Venezuela; en 1830, en Uruguay; y en la década del cincuenta en México y en Argentina. Ese tiempo eje, ¿qué nos dio? Lo que hemos repetido hasta el cansancio en esta reunión: nos dio las libertades; nos dio la división de poderes; nos dio el Estado de derecho y la apertura hacia la democracia. Y aquí viene el gran problema. La transformación del mundo, la mutación civilizatoria de la que habla Slim, tiene una aceleración muchísimo más pronunciada –reitero: muchísimo más pronunciada– que la transformación del mundo político. El pensamiento político, las instituciones políticas van a remolque en este momento de la gran transformación civilizatoria que nos envuelve en todo el mundo.

Personalmente creo que este es nuestro gran desafío en este momento: retomar lo más rico de ese tiempo eje y volcarlo a una nueva especulación política que sea creativa y transformadora. Y esta es una excelente lección, creo yo, para los europeos, porque cuando con Miguel Herrero explorábamos las Constituciones de la Europa avanzada en ese momento, ¿qué estábamos explorando también? Estábamos explorando uno de los fenómenos del arte político más extraordinarios que me ha tocado vivir en mi larga vida. Estábamos explorando los orígenes de la Unión Europea. Fíjense que era el año 1962. ¿Cuántos años habían pasado desde el Tratado de Roma? Unos cuatro años. Claro que el Benelux –Bélgica, Holanda y Luxemburgo– venía del año 1947. Ahí está: ese espíritu de creación que tuvo la Unión Europea es el espíritu de creación que tenemos que retomar nosotros ahora. Y no hay ninguna duda de que es un espíritu de creación que permitió la Transición española. La Transición española, en términos orteguianos, fue una incorporación, en el fondo, a ese gran proyecto europeo que estaba, ya en el año 1978, en plena maduración; esa idea de que el deber del hombre de Estado, el deber del pensador político es el deber de la creación de nuevas instituciones que no abandonen ese suelo fundamental que fue el suelo del tiempo eje, cuando se crea la división de poderes, la garantía de las libertades y el Estado de derecho.

Y aquí sí –y con esto termino– creo que la idea de contrato social –al respecto se ha hablado constantemente durante toda esta mañana–, la idea de pacto, sigue siendo una idea fundamental. Hay tres pactos, por lo menos, que deberíamos recuperar.

El primer pacto es el pacto hobbesiano de la seguridad –Felipe, querido Felipe–, los grandes cimientos de los que habló Felipe González hace poco tiempo: recuperar ese cimiento básico sin el cual no hay libertades, que es el cimiento de la seguridad, el pacto hobbesiano. Y Hobbes es muy claro. Es contractualista: habla de pacto.

El segundo pacto, obviamente, es el pacto a la Rousseau, o, si ustedes quieren, en un plano liberal, el pacto a la Locke: el pacto que va a dar lugar a las libertades y al Estado de derecho de ese tiempo eje de que hablaba Ricardo Lagos.

Y el tercer pacto, bueno, queridas amigas y amigos –y aquí termino– es el pacto que nosotros tenemos pendiente por delante: el de la renovación de esta gran tradición en la perspectiva de la mutación civilizatoria que ahora nos envuelve.

Estas son las ideas que quería dejar.

Martín Santiago

Excelente, maestro.

Muchísimas gracias.

Continuamos esta tarde, luego del almuerzo.

8. Nuevas ideas para nuevos mercados.

Enrique Iglesias
Carlos Magariños

Enrique Iglesias

Buenos días.

Es un gusto y un gran honor asistir a este tipo de eventos en torno al Círculo de Montevideo, en el que participado en cada una de las oportunidades en que se ha reunido.

Ayer tuvimos un debate muy intenso, en el que se tocaron temas de gran importancia. Y hoy nos convoca una cuestión que no es nueva, la del comercio y los mercados, que ha estado con nosotros por muchos años, muy particularmente en América Latina. Voy a hacer una referencia especial a cómo el tema del comercio dominó el escenario del debate por muchos años y con mucha protección internacional.

Hablar del comercio, como todos sabemos, es hablar de la historia; es hablar de la dominación, de la explotación, pero también del desarrollo y de lo que significó en la historia de la humanidad como un factor de gran promoción de la creatividad, de la mejoría de las condiciones de vida y de la expansión económica del mundo. Es decir que tenemos allí dos aspectos que se compadecen.

Una de las grandes batallas que se han librado –yo diría, la más importante de todas– fue la que trajo el fin de la Segunda Guerra Mundial. Cuando termina la guerra, en el año 1945, se inaugura la Pax Americana, que se ocupó de poner arriba de la mesa nada menos que los problemas del uso de la fuerza, el Consejo de Seguridad y la iniciación de todo el proceso edificado sobre el concepto de solidaridad, que es el gran elemento que aporta el sistema de Naciones Unidas al mundo. Pero el comercio quedó afuera. Lo interesante respecto de América Latina es que, en aquel momento, de cincuenta países, había veinte países latinoamericanos; éramos el 40 % del organismo decisorio.

En el año 1947 se reúnen para lidiar con el comercio, que era un tema que no entraba en la buena voluntad de todas las partes como para hincarle el diente. A la reunión que se celebró en La Habana asisten también cincuenta países –veinte latinoamericanos– que acompañaron el proceso de este club, y hubo que esperar casi cincuenta años, hasta que el presidente Sangui-



netti asumiera en 1985, para que al año siguiente se generara la famosa Ronda Uruguay, que fue un evento muy importante en la historia del comercio. Nueve años después, en Marrakech, se crea la Organización Mundial del Comercio.

En la historia de la humanidad llegaríamos entonces a que la OMC fuera en cierta manera la concreción del sueño de los países –sobre todo en vías de desarrollo, pero también los desarrollados–, que era tener un sistema multilateral que regulara las relaciones comerciales. Esa gran esperanza continúa, por cierto, pero ya un poco averiada, porque de los elementos fundamentales que operan ahí, hay uno que es muy importante, que es la organización del tribunal que dirime las controversias comerciales –que fue muy importante y que golpeó en todas las direcciones, porque le ha dado muchas veces la razón a Estados Unidos, otras a Europa, otras al mundo asiático– y que creo que ha hecho un papel muy bueno, pero el momento actual hace que esta organización, que tiene mucho que ver con cómo se incide en el gran debate político del mundo moderno, esté en situación de espera. Pero tenemos allí una nueva representante, una nueva directora.

Quiero destacar que, en esa evolución, América Latina jugó un papel relevante, y es muy bueno que haya tenido precisamente el punto de culminación de ese largo proceso de debate en la búsqueda de un sistema regulado internacionalmente.

El otro movimiento, pero dentro de América Latina, entre los países de América Latina, es la firma, en 1957, del Tratado de Roma, de donde parte la gran y exitosa aventura de la Unión Europea –que marcó un poco los aceleradores en los debates que tenían lugar en los años cincuenta en América Latina–, inspirado por la Cepal, inspirado por Prebisch, que comenzó a discutir este tema en Centroamérica, tema que luego pudo permear en el Río de la Plata –en Argentina, en Uruguay–, en Brasil y en Chile, y surgió la creación de la ALALC en 1960. Es decir que tan temprano como en el 60 se descubre la idea de que los países debían hacer un esfuerzo por imitar de alguna manera los movimientos que tenía la Europa de aquel entonces.

Fue una experiencia realmente muy interesante. Era muy joven en aquella época, en la Universidad, y asistía como observador para ver lo que pasaba, y recuerdo que realmente se generó un movimiento que fue eminentemente tecnocrático. Los políticos compraron el mensaje y lo pusieron en marcha con gran expectativa. Lamentablemente las expectativas quedaron muy cortas respecto de las realidades, y se tuvo que llegar más adelante a actualizar la ALALC para hacerla revivir con la Aladi, lo cual fue muy importante, porque existe y con muchos activos. Pero lo que se extraña fundamentalmente es que el sistema no respondió a lo que realmente habíamos querido hacer en su momento.

Mientras tanto, la misma iniciativa de Prebisch en América Latina y en América del Sur con México, operó en Centroamérica. Curiosamente, si tenemos que mostrar un ejemplo exitoso de integración regional, hay que mirar a Centroamérica. Allí funcionaba la cosa y sigue funcionando; más allá de las guerras y de los sistemas políticos tan controversiales, sigue funcionando. De manera que en Centroamérica hay una pequeña reivindicación de lo que se puede llamar un esfuerzo en ese sentido, y ciertamente el ejemplo más notorio –y ya mirando a la América en su conjunto– ha sido el de México. Realmente, el Acuerdo de México, Estados Unidos y Canadá es de gran significación.

Quería mencionar todo esto porque de alguna manera muestra cómo han ido avanzando en estos campos las tendencias a la búsqueda de algún sistema que mejore las relaciones comerciales entre los países del mundo.

Tenemos ahora la aparición de fenómenos que están generando nuevos desafíos, nuevas oportunidades y nuevas urgencias. Se hablaba en el texto de la convocatoria de los nuevos elementos que inciden en las corrientes comerciales, como el caso de la tecnología y las nuevas empresas transnacionales –que tienen un enorme poder que trasciende el de los propios Estados–, así como de los temas recientes y presentes en los últimos años relativos a los mecanismos de imposición pero, sobre todo, de los avances de nuevas formas de

poder relacionarse con el consumo y con la persona a partir de tecnologías de la información, que generan admiración pero también preocupación. Yo pienso que en este último campo es donde están los temas ahora.

Soy muy partidario de la integración. Como país chico que somos, para nosotros la integración es muy importante, y la capacidad de movilizar los esfuerzos del sector privado a partir de acuerdos que permitan avanzar juntos me parece de una enorme significación. Los acuerdos del año 1991 en el Río de la Plata y Brasil funcionaron. Para los cuatro países que crearon el Mercosur fue el gran sueño, en cierta manera, con que partió el debate sobre este problema. Y se han hecho cosas. Yo creo que no todo es negativo. Incluso recientemente se conformó un acuerdo con la Unión Europea, que es un hecho, que está ahí; vamos a ver qué pasa. Demoró veinte años en aprobarse y yo espero que no demore otros veinte años para entrar en ejecución.

Creo que tenemos que pensar en cuáles van a ser las tendencias del futuro en el mundo. Y de alguna manera el mapa político, que se está complicando, va a tener mucho que ver, en un sentido positivo o negativo, con lo que podamos hacer en materia comercial.

Dicho esto, me parece que es realmente inconcebible que América Latina no pueda realizar un esfuerzo hacia adentro que le permita avanzar unida en las grandes transformaciones que va a tener el mundo que vendrá. Y sin embargo ha sido así; ha sido frustrante esta realidad. Pienso que quizás el tema central que nos deba convocar ahora es cómo vivimos a partir de ese fenómeno. Yo pienso en mi país, en nuestro país, en Uruguay. Para nosotros es muy importante tener relación con todo el mundo y hacer acuerdos comerciales, tantos como podamos, tan colectivos como podamos también. Pero sigue siendo fundamental pensar en los esfuerzos de integración regional. Nosotros, en el Uruguay, por ejemplo, estamos rodeados por 250 millones de personas. No tenemos fronteras con el Amazonas, ni tenemos fronteras con la Patagonia. Nuestras fronteras son con Buenos Aires, con el litoral argentino, con el sur de Brasil, con San Pablo. Es decir que estamos rodeados por esa cantidad de millones de personas, de

niveles medios y altos, y eso es una fuerza significativa. Ignorar que eso para nosotros es importante sería como esconder la realidad. ¿Eso significa que tenemos que abrirnos al resto del mundo? Sí, desde luego. ¿Qué tenemos que hacer convenios, especialmente con las nuevas fuerzas del mercado asiático, que sobre todo para América del Sur son un elemento fundamental? Por supuesto. China es un caso. Pero cuanto más podamos actuar conjuntamente, más protegidos estaremos frente a corrientes de comercio que hoy forman gran parte del debate internacional. En este mundo que se nos viene encima, que ya lo tenemos, donde las dos grandes potencias empiezan a entrar en juego –yo creo que el acontecer de las relaciones entre Estados Unidos y China va a ser un poco el factor condicionante de la paz en el mundo–, es posible y necesario que eso se haga a partir de acuerdos concertados donde el comercio y la inversión están jugando un papel importante y también lo va a jugar el sector financiero. Es un tema determinante, y para nosotros, en América Latina, la profundización hacia adentro es perfectamente compatible –e indispensable– con el mundo en su conjunto.

Me da la impresión de que todavía no hemos asumido nosotros ese concepto con toda la intensidad con la que deberíamos. Quizás México es el único país en América Latina que lo ha entendido muy claramente. El acuerdo de México con Estados Unidos y Canadá es eso: responder a la realidad geográfica, a la integración que supone la vecindad y la comunidad de intereses, y ser, a partir de ahí, un puntal fundamental del desarrollo. Es decir que la experiencia mexicana es la que realmente ha triunfado en las Américas como una forma de buscar la integración, perfecta o imperfecta, con todas las deficiencias de potencias negociadoras que tienen distinto poder de negociación. Pero esa experiencia ha determinado, por ejemplo, que la integración con Estados Unidos haya sido y siga siendo uno de los grandes factores de expansión de México, así como también de Canadá.

Es decir que yo, en primer lugar, haría un llamado de atención. El mundo que vendrá va a estar muy complicado por las nuevas fuerzas que están operando en el mundo del comercio. Mencionaba anteriormente



el caso de las grandes empresas, de las nuevas tecnologías, de los sectores de información, etcétera, todo lo que significa un cambio espectacular en la historia de la humanidad hacia el futuro. En ese concepto, fortalecer la unidad latinoamericana me parece que es una cosa obvia desde el punto de vista de concertar esfuerzos que tienen que ver con raíces culturales compartidas, pero también como un factor muy importante que nos lleve adelante en el diálogo mundial.

¿Estaremos en condiciones de eso? Yo creo que depende de algunas cosas. Una de ellas es de cómo se lleve adelante el diálogo entre Estados Unidos y China. Ahí se materializa en última instancia el destino de la humanidad. En ese diálogo, ciertamente, se generarán los ambientes que hagan posible que nuestra relación se regule de alguna forma con las grandes potencias dominantes. Nosotros aspiramos a una relación de la región donde estamos –en lo que es el Mercosur– con Europa. Se ha generado un tratado que está en discusión, en traducción, que demoró veinte años en hacerse; esperemos que demore menos en ponerse en práctica. Asimismo, tenemos que tener un tratado con Estados Unidos. Hay once países de América Latina que lo tienen, y está muy bien. Y tenemos que tener tratados con China y los países asiáticos, porque forma parte de nuestra manera de entrar al mundo con formas reguladas. Tengo la impresión de que el mundo del futuro va a ser mucho más intervenido que lo que hemos pensado en el pasado. Y, por tanto, actuar con estrategias conjuntas es fundamental. Perder la oportunidad de aprovechar la masa crítica que supone hacer un proceso de integración dentro de nuestros países sería una ingenuidad lamentable y penosa.

Entonces, diría que más que nunca el tema de la paz del mundo va a estar ligado a estos temas comerciales. Los cambios en las tecnologías van a estar ligados a las formas en que nos insertamos en el mundo a partir de negociaciones con las nuevas corrientes comerciales y económicas que hay. Y yo espero que esa sea un poco la lección que tengamos para nosotros mismos. En América del Sur, la idea de potenciar las relaciones dentro de la región y, al mismo tiempo, proyectarnos en todas las direcciones, me parece importante.

Destaco algo como un punto anexo. Hemos mirado muy poco a África. Tengo la impresión de que estamos ignorando que a pesar de que hoy en día el poder demográfico está en el Pacífico –con 60 % de la población del mundo–, va a volver, a finales de este siglo, al Atlántico: el 54 % de la población del mundo va a estar en el Atlántico. Ese es un tema que hay que tomar en cuenta. Muy poco nos hemos ocupado de acompañar –algunos países lo han hecho, como Brasil y Cuba, por ejemplo– al continente que va a cambiar en el futuro el balance del poder demográfico. Este va a pasar del Pacífico al Atlántico. Todo eso implica que hay que mirar África, que es otro continente con el cual tendremos que compartir intereses comunes y esfuerzos tanto de comercio como de inversión.

En definitiva, el tema comercial es un tema importante en lo que tiene que ver con la paz del mundo en los próximos años, y al respecto tenemos que vigorizar lo que podemos hacer entre nosotros. Me parece de gran importancia, y debemos hacerlo hacia adentro y unidos hacia afuera. Desgraciadamente, todo eso está sujeto a discrepancias y a enfrentamientos, pero creo que son todos superables si entendemos que formamos parte de un mundo complejo, de cambios, con nuevas fuerzas que nos vienen de la tecnología y de las nuevas formas de comercialización. Y en todo eso, la unidad latinoamericana, ese viejo sueño, debería finalmente aterrizar en cosas concretas para poder así organizarnos hacia adentro y hacia los sectores con los que vamos a tener una relación creciente en los años que vendrán.

Nada más.

Muchas gracias.

Carlos Magariños

Buenos días.

Muchas gracias, presidente, por esta oportunidad de compartir una vez más los debates del Círculo de Montevideo. Quisiera agradecer a los organizadores por todas las cortesías que han tenido para con nosotros, así como resaltar la dificultad de mi exposición en este momento en que ya han intervenido todos con

exposiciones magistrales. Y me toca hablar después de Enrique Iglesias, de quien aprendí casi todo lo que sé sobre desarrollo.

Se me ocurrió entonces que la mejor forma de hacer una contribución es dedicarme a aportar algunos números que den dimensión a los debates que tuvimos ayer y a las ideas que Enrique nos compartió esta mañana. Porque, sin duda, como él decía recién, América Latina y, yo diría –si me permitís, Enrique–, Iberoamérica, tienen un rol importante que jugar en esta construcción de una sociedad global más cohesionada. Y, como me gusta repetir en estos debates, me parece que eso se da principalmente a través del fortalecimiento de la capacidad de la comunidad internacional de proveer una cierta cantidad de bienes públicos, críticos para que la sociedad internacional se cohesionara y logre crecer con más equidad y más equilibrio.

Cuando el Círculo convocaba al debate de *El mundo en pandemia*, me pareció relevante analizar un poco a qué mundo llegaba la pandemia y cuál era el impacto concreto con el que teníamos que lidiar a partir de ahora. Hablábamos ayer de un cambio civilizatorio –Natalio hacía alusión a él–, y el presidente Lagos se refería a un cambio epocal. Las mismas menciones hicieron Carlos Slim y Felipe González. Y ese cambio de época tiene manifestaciones muy concretas en la forma en que la comunidad internacional se organiza en los tópicos de sus debates, en los focos de sus políticas. Me gustaría recordar, en ese sentido, el inmenso cambio que significó para la economía internacional la nueva posición de los países emergentes en la producción de bienes y servicios a nivel global. Porque en la mayoría de nuestra vida política, profesional, los países emergentes ocuparon un lugar relativamente secundario en la economía internacional. Desde la posguerra hasta el año 2000, su participación oscilaba entre el 30 % y el 35 % del producto bruto global. Esa situación, a partir de todos estos cambios que mencionamos ayer –la caída del Muro de Berlín; el surgimiento de Internet; la crisis que generó la globalización del terrorismo, manifestada especialmente a partir de los atentados del 2001; la crisis financiera internacional 2007-2008; la capacidad de China de estabilizar su tasa de crecimiento a partir de 1998–, llevó a que ya a principios del

año 2000 la participación de los países en desarrollo en el PBI global, a paridad de poder de compra, llegara a casi el 40 %; y en el 2010, al 50 %; y a que en el 2013, por primera vez, las economías emergentes contribuyeran más de la mitad del producto bruto global en términos de paridad de poder de compra. Actualmente, esa contribución está cerca del 60 %, a paridad de poder de compra, es decir, descontando el efecto de los tipos de cambio.

Es un cambio muy significativo que, sin duda, plantea otra serie de fenómenos asociados, porque ese cambio es causa y consecuencia del surgimiento de una nueva clase media global. Martín nos recordaba ese tema ayer cuando iniciaba su panel. Es muy interesante analizar cómo eso ha evolucionado. Por supuesto, no solo tiene que ver con factores económicos, sino también con factores demográficos. Desde la Revolución Industrial hasta el año 1985 –año en que asumiste, presidente–, nos llevó un poco más de ciento cincuenta años –ciento sesenta– alcanzar el primer billón de personas viviendo en clase media; los primeros mil millones de personas viviendo en clase media. El segundo billón tomó apenas veintiún años: en el 2006 ya teníamos dos mil millones de personas viviendo en clase media. Y el tercer billón, nueve años: se alcanzó en 2015. Y hay quienes calculan que a finales de 2018 se produjo el *tipping point*. Hay un trabajo conocido en el Centro de Desarrollo de la OECD marcando ese dato. A partir del último trimestre de 2018, por primera vez tendríamos equilibrio o tal vez mayoría de la humanidad viviendo en niveles de clase media, definido como aquellos que gastan entre 11 y 111 dólares por día, a paridad de poder de compra.

Me parece un hecho sobresaliente –que sin duda está vinculado a la aceleración, a la exacerbación de la crisis climática y de utilización de recursos naturales, que venimos discutiendo en la comunidad internacional desde la primera Cumbre de la Tierra en 1992– que hoy necesitemos 1.75 veces los recursos naturales del planeta para producir los bienes y servicios que consumimos anualmente. Necesitamos un planeta y tres cuartos de otro; pero como solo tenemos un planeta, los otros tres cuartos corresponden a una reducción neta de recursos naturales que presiona seriamente a



mediano plazo sobre las condiciones de los ecosistemas, que son ciertamente críticos para el desarrollo social y económico de nuestras sociedades.

Y, finalmente, me gustaría mencionar –para completar– cuatro puntos que configuran este cambio de época del que hablábamos ayer.

Por un lado, la explosión fabulosa de la informática y las telecomunicaciones, que se diseminaron de manera vertical y horizontal a través de todo el sistema productivo. Para tener una idea del grado de avance que eso tiene en la sociedad, me gustaría recordar que dos tercios de la población mundial hoy tiene acceso a telefonía móvil; un poco más de la mitad tiene acceso a Internet, y la mitad tiene acceso a las redes sociales. Y eso podría compararse, por ejemplo, con el hecho de que todavía un tercio de la población mundial no tiene acceso al agua potable. Asimismo, la mitad de la población mundial no tiene acceso a tratamiento sanitario, cloacas y disposición de residuos. Claramente, esta revolución informática se ha acelerado generando además un impacto fenomenal con la digitalización, la *big data*, la robotización.

A ese mundo le llega la pandemia; a un mundo que estaba transitando un cambio muy concreto. Más allá de todos los impactos políticos y socioeconómicos de estos factores, conviene analizar qué ocurrió a partir de 2020. De repente, encontramos un impacto fenomenal, que no tiene antecedentes en los últimos ciento cincuenta años de paz de la sociedad internacional: una contracción del producto global en el 2020 de 4.5 puntos aproximadamente. Si calculamos que a principios de 2020 los pronósticos de crecimiento del producto global estaban en 2.5 %, eso significa que la contracción de 2020 alcanza casi 7 puntos del producto. Esto es un impacto fenomenal, acompañado de una contracción del comercio –recién hacía referencia Enrique a esos eventos– de entre el 20 % y el 30 % del comercio internacional. Por supuesto, la caída del producto, la caída del comercio tuvieron un impacto devastador sobre los niveles de empleo. Se contrajo el empleo el equivalente de 10 %, 11 %, de horas totales trabajadas. Es el equivalente a 300 millones de puestos de trabajo, para dar una idea. Y, obviamente, esto tuvo

un impacto muy fuerte en la pobreza y en la indigencia. La cantidad de gente en condiciones de hambre se duplicó: pasó de 130 millones a 260 millones, y la pobreza aumentó en unos 400 millones de personas. En nuestra región solamente –lo hablábamos con Martín hace un rato– fueron 60 millones de personas. Eso significa un retroceso prácticamente de una década en la lucha contra la pobreza de la comunidad internacional, si no más. Y creo que la pandemia expuso como nunca las limitaciones y la fragilidad del sistema de provisión de bienes públicos de la comunidad internacional. Tengo la impresión de que nos enfrentó a una triple crisis. La primera, obviamente, sanitaria; no voy a detenerme en esos números que todos conocemos muy bien. La segunda, una crisis económica, que acabo de describir. Y la tercera es una crisis de liderazgo, a la que ustedes se refirieron ayer extensamente durante todas las presentaciones.

Me parece que un elemento a destacar es que cuando se produce un liderazgo de la clase política, la sociedad civil y el sector privado aparecen respondiendo en situaciones tan críticas como la que generó la pandemia. Fue sobresaliente ver cómo la comunidad científica –nos lo contaba ayer Carlos Slim– compartió información, documentación y experimentos de manera muy generosa para producir una vacuna en un período muy corto de tiempo. Fue menos eficiente tal vez la respuesta del sistema multilateral cuando se trató de proveer soluciones concretas y viabilizar las necesidades de las economías emergentes. Se calculaba, a principios de la crisis, que las economías emergentes iban a necesitar 2.5 trillones de dólares para refinar y financiar la situación generada por la pandemia, la contracción económica, los requerimientos de financiamiento. De ese dinero, se pusieron disponibles, este año 2021, 650 billones de dólares a través de los derechos especiales de giro del Fondo Monetario Internacional, pero todavía estamos por debajo de las necesidades de financiación y de reestructuración de deuda. Me refiero sobre todo a los países altamente endeudados de bajos ingresos. No estoy hablando de la deuda de los países de clase media, sino más bien de los altamente endeudados de bajos ingresos. Se había hecho un cálculo, también, de necesidades de financiamiento para los bancos regionales, que hablaba de unos 200

billones de dólares anuales durante cinco años; es decir, otro trillón de dólares en financiamiento de la comunidad internacional. Ahí vamos muy lento; todavía de manera muy cauta.

Pero me parece muy importante esta oportunidad —que agradezco— de contribuir a las discusiones del Círculo de Montevideo, porque entiendo que el Círculo tiene un rol en promover una acción concreta de la comunidad internacional, de las leyes internacionales, que fortalezca la provisión de bienes públicos en este contexto. No hay por qué pensar que eso no va a ocurrir. Cuando tuvimos la crisis de 2007-2008, hubo un resultado muy concreto. El Grupo de los 20 tomó el liderazgo, y se desarrolló una estructura como la del Consejo de Estabilidad Financiera —el Financial Stability Board—, que tuvo un impacto concreto en la supervisión del sistema financiero internacional, tanto que aun en este muy exigente contexto de pandemia el sistema financiero internacional respondió muy bien.

El año pasado me invitaron a ese panel independiente que armó la Organización Mundial de la Salud para analizar la capacidad o la posibilidad del sector privado de participar en la respuesta y en la preparación frente a las pandemias. Y allí se discutieron muchas propuestas muy concretas para mejorar y multiplicar la producción de vacunas y de equipamiento médico para el tratamiento de este tipo de situaciones. Incluso algunas compañías, como BioNTech, empezaron ya a trabajar sobre algunas de las propuestas de ese panel. No fueron todavía adoptadas formalmente por la Organización Mundial de la Salud, pero está claro que el sistema de gobernanza global de nuestro sistema de salud necesita mejoras y modificaciones.

Para completar la presentación y ateniéndome estrictamente a la propuesta de esta sesión, me pareció oportuno revisar con tranquilidad en qué ha estado invirtiendo la comunidad internacional hoy. Más que darles mis impresiones acerca de cuáles son los sectores más pujantes para los próximos años, me pareció más equilibrado tratar de compartir con ustedes alguna información disponible respecto de qué están haciendo los capitalistas de riesgo. Y están respondiendo de una manera muy dedicada, invirtiendo en algunos rubros que parecen evidentes y otros no tanto respecto del impacto de la pandemia.

Uno de los rubros que acumula mucha inversión tiene que ver con la logística. Si algo manifestó o puso en evidencia la pandemia fue la fragilidad de nuestros sistemas de aprovisionamiento de cadenas globales de valor, cadenas mundiales de producción, y la necesidad de mejorar esos sistemas de manera eficiente, aplicando inteligencia artificial y *big data*. Hay varias compañías dedicadas al tema. Están ofreciendo servicios nuevos de logística, enfocadas en esos nichos y cuellos de botella que han generado tanta disrupción en los flujos de comercio internacional.

Otro rubro evidente que surge de la pandemia y en el que hay mucha inversión es en el de telemedicina. La pandemia nos obligó a avanzar en ese terreno, y esos sistemas han venido para quedarse, para aumentar la frecuencia y la facilidad con la cual nos tratamos y monitoreamos nuestra condición física y de salud, y hay allí algunos desarrollos disruptivos. Lo mismo ocurre con el sector de *e-commerce*, a través de desarrollos de personalización y localización de las compras.

Y, por supuesto, ha habido un *boom* de las plataformas para trabajo remoto, que todos conocemos bien y con las que hemos interactuado durante todo el año pasado para participar de debates alrededor del mundo.

Otros sectores que pueden ser menos evidentes tienen que ver con el desarrollo de proteínas cultivadas en laboratorios: carne, tanto vacuna como de pescado, desarrollada en laboratorio a partir del cultivo de células originales.

Y los otros dos rubros tienen que ver con energía verde y con *supercomputing*, o sea, el desarrollo de las supercomputadoras.

Hay, en total, en estos primeros seis meses de 2021, un monto de USD 228.000 millones —228 billones de dólares— invertidos en estos rubros y en estas áreas, principalmente. Por supuesto que surgen muchas otras oportunidades, y los capitalistas de riesgo están permanentemente arbitrando en estos mercados, pero estos sectores surgen no de un análisis estadístico solamente, sino de encuestas de preferencias entre los propios inversores y de los montos invertidos en los últimos seis meses.



De manera que me parece que es evidente, presidente, que tenemos un trabajo por delante; que el Círculo tiene mucho para contribuir, y que fue una iniciativa muy creativa no solo lanzarlo sino ampliar su capítulo empresarial, que preside Carlos Slim. Porque esa conjunción de sector público y sector privado, o esa conjunción de iniciativa empresaria con la administración de la cosa pública y el desarrollo de la política, se vuelve imprescindible. Me parece que la pandemia ha manifestado con toda claridad la importancia de esa interacción para afrontar los desafíos del siglo XXI. Probablemente, ese tipo de interacción nos permitirá pensar de manera más armoniosa e integrada cómo fortalecer la provisión de bienes públicos para la comunidad internacional y lograr una mayor cohesión e integración, así como un desarrollo más equilibrado.

Muchas gracias.

9 - Síntesis de las jornadas.

Natalio Botana
Felipe González
Enrique Iglesias
Ricardo Lagos
Carlos Magariños
Carlos Pagni
Alberto Ruiz Gallardón
Martín Santiago
Julio María Sanguinetti
Carlos Slim

Julio María Sanguinetti

Vamos a comenzar esta ronda de comentarios, de conclusiones, en la cual todos iremos definiendo aquello que sentimos como fundamental en este tiempo perplejo, sorprendente, sorpresivo, que todos los días nos va deparando nuevos horizontes.

Para comenzar, invitamos al presidente Ricardo Lagos.

Ricardo Lagos

Estamos llegando al final de esta convocatoria del Círculo de Montevideo, y, claro, nos toca hacerlo en un mundo en pandemia. Y a estas alturas –digámoslo francamente–, a casi dos años de iniciada, está claro que lo que pensamos que sería un accidente en nuestras vidas, aparentemente y por desgracia va a ser un hecho mucho más permanente en el futuro. Esta pandemia, que retrocede y vuelve rápidamente en los distintos continentes –independientemente del nivel de desarrollo de estos–, es más fuerte que los avances científicos que hemos tenido hasta ahora. Por lo tanto, no me sorprendería que en el futuro tengamos que aprender a convivir no solo con las categorías *online* que la pandemia adelantó, sino con el tiempo que le deparará al avance científico poder derrotarla definitivamente.

Y mientras eso ocurre en un mundo en pandemia, tenemos que tener una respuesta colectiva a la luz de la civilización y de los avances que hemos hecho.

En el panel anterior escuchamos una descripción de cómo se avanzó para poder introducir una cierta calidad científica en el ámbito de los temas económico-sociales. Y nos lo contó alguien que –claro– fue el actor de aquello. ¡Son muy pocos los que pueden contar toda la historia a partir de su inicio! En este caso, nuestro Enrique Iglesias nos contó toda la historia a partir de su inicio. Ahora tenemos que encontrar la forma de empezar a contar toda la historia a partir del inicio de esta pandemia que nos va a acompañar, al parecer, por muchos años.

Y si es así, entonces, ¿no habrá llegado el momento de hacer un esfuerzo multilateral, de todos los países



del mundo, y que cada uno concurra con su propia fuerza y a la altura de su propio desarrollo científico, tecnológico, etcétera, a efectos de poder tener una respuesta colectiva? Así como el mundo se puso de acuerdo en tener una respuesta colectiva después de constatar cómo depredamos el planeta durante el siglo XX, y en el siglo XXI el tema del cambio climático está en primer lugar, ¿tenemos ahora las condiciones para alcanzar un acuerdo político internacional que obligue a los Estados a tener una respuesta común y colectiva, para no tener que llegar a una situación tan poco elegante como la que hemos visto en la pandemia, en la que se hace política a partir de que yo te vendo las vacunas que tengo, y si no te pones a la cola, etcétera, etcétera?

Tenemos que tener una respuesta civilizada, multilateral, y que dentro del marco de la Organización Mundial de la Salud exista un acuerdo internacional de los Estados, del mismo modo que lo hay en lo que hace al cambio climático. Y así como hubo una COP recientemente –no muy exitosa, pero la hubo, y cada país da cuenta del avance que ha habido y se dan las instrucciones a futuro, porque es un acuerdo internacional–, ¿podemos tener ahora un acuerdo de todos los países que nos diga cómo nos ordenamos colectivamente?

Esta creo que sería una conclusión que podríamos sacar en el Círculo de Montevideo: que nos parecería muy bien un acuerdo de países, y que todos los años hubiera una especie de COP y se viera cuánto hemos avanzado en materia de vacunas, en materia de evitar la propagación, en materia de pensar en qué medida vamos a abrir o cerrar nuestras fronteras; es decir, que fuera un esfuerzo más colectivo y no de cada país individualmente.

Julio María Sanguinetti

¿Me permites un segundo?

Ricardo Lagos

Por supuesto.

Julio María Sanguinetti

¿Cómo ves a China y a Estados Unidos en esa perspectiva?

Ricardo Lagos

Bueno, aquí nuestro jefe nos hace preguntas difíciles. Porque –digámoslo francamente– aparentemente hay divergencias.

Parecería –dicen algunos– que Estados Unidos está pensando que debería haber una organización internacional que pudiera ayudar, pero que se organizara en torno a la plata que cada uno de los países pudiera poner o que el sector privado pudiera poner. Otros piensan que más bien debe ser un acuerdo internacional de países, independiente del poder de plata que cada uno ponga, como es el acuerdo en cambio climático. Y otra cosa es entender que unos son más desarrollados que otros y pueden poner de acuerdo a sus fuerzas.

Hay dos criterios. Y a mí me parece que lo importante sería dar la misma respuesta que hemos dado en materia de cambio climático: acuerdos de Gobierno. En esto lleva la delantera la Unión Europea, y –dicho sea de paso– me parece que ellos ya tienen una definición sobre este tema, y algunos países de América Latina también. En el mío, el presidente Piñera resolvió formar parte de ese acuerdo, que me parece importante.

El segundo elemento que también me parece significativo –y quisiera resaltar brevemente– es que la consecuencia de esta pandemia tiene efectos económicos muy devastadores y nos hemos estado adaptando en una y otra forma, y hemos adelantado, como se ha dicho en las intervenciones anteriores, cómo se trabaja *online*, cómo se trabaja desde la casa y cuál va a ser el efecto futuro. Sin embargo, creo que la reactivación económica nadie la discute: se va a producir y se está produciendo en muchos países. El tema que sí está en discusión –y me parece muy importante– es el del empleo. Porque, es cierto, se puede tener reactivación económica, pero no necesariamente vamos a tener reactivación en los niveles de empleo que teníamos antes.

Y la sugerencia que quisiera hacer es la de ver si podemos medir las inversiones que están reactivando la economía a través del tamiz de cuánto empleo están creando y de si ese empleo que crean es de calidad. Porque eso tal vez sea lo más importante: cómo creamos empleos, que se han perdido, y cómo hacemos que estos empleos que se crean sean de calidad. Y ¿quiénes son los que han perdido mayor cantidad de empleo? En primer lugar, las mujeres, que muchas veces han tenido que quedarse en casa para cuidar de los niños o de los viejos. En segundo lugar, los jóvenes, a quienes hay que capacitar enormemente para las nuevas tecnologías. Y hay un tercer grupo, que me parece muy importante, que dice relación con la pequeña y mediana empresa, porque —digámoslo entre nosotros claramente— en la pequeña y mediana tenemos la principal creadora de empleos en muchos de nuestros países.

En consecuencia, ¿podemos reactivar pensando en estas tres categorías? ¿Podemos reactivar en donde se va a hacer la inversión? Voy a poner de ejemplo a mi país. Se ha planteado que la reactivación se debería hacer en minería, y cuánto se va a invertir en ella; cuánto en nuevas energías renovables no convencionales; cuánto en infraestructura —en un sentido clásico de la palabra—; y cuánto en hacer ciudad. Son distintas formas de abordar el tema. Y si introducimos estas categorías como el tamiz para medir, hay una gran diferencia. Hicimos un pequeño trabajito en Chile en donde se plantea cómo operaría la economía si en lugar de llevarla adelante como se está haciendo hasta ahora, introdujéramos otros elementos, como la creación de empleos de calidad y de mayor productividad, que ayudaran a mejorar los índices de desigualdad que hay en nuestros países. Chile tiene un alto nivel de desigualdad. Pero cuando se introducen estos elementos, como el de crear empleos de calidad, el índice de Gini —la forma habitual de medir la desigualdad— mejora sustancialmente.

¿Podemos entonces aprovechar, en un sentido real, la crisis como oportunidad? Es decir, que la crisis de la pandemia nos permita por lo menos salir de la misma forma como entramos, pero mejorando los empleos para que sean de mayor calidad y productividad. Esta es una pequeña sugerencia de cómo mirar de una forma

más optimista cada una de las economías de nuestros países, y creo que es algo viable.

En el trabajito que hicimos aparecieron, al final, alrededor de cincuenta distintas medidas concretas que se podrían adoptar en cada una de estas áreas. Y en ese sentido, más allá de izquierdas y de derechas, de ideologías A o B, lo que se está buscando son mecanismos que nos permitan aumentar productividad y, como consecuencia, que los nuevos empleos permitan tener una sociedad más homogénea considerada en un sentido mucho más global.

Esa sería la segunda sugerencia a partir de esta pandemia que nos ha convocado a todos y respecto de la cual el Círculo de Montevideo puede hacer también alguna pequeña contribución.

Muchas gracias.

Julio María Sanguinetti

Y todo eso nos lleva también a un desafío educativo importante, para formar a esa gente para los nuevos empleos. ¡Gran desafío de educación!

Carlos Pagni, por favor.

Carlos Pagni

Muchas gracias.

Quedé muy impresionado por la última exposición de esta mañana, de Enrique Iglesias y de Carlos Magariños. Me parece que a la luz de lo que ellos señalaron se puede hacer una relectura de todo lo que estuvimos diciendo ayer, y en ese intento me gustaría plantear tres ideas.

La primera tiene que ver con los números que planteó Carlos, sobre todo algunos, que son atroces. Nos decía que en América Latina, a raíz de la pandemia, hay 40 millones de nuevos pobres. Creo que uno, un poco para protegerse emocionalmente, trata de no encarnar ese fenómeno en gente concreta. ¡Pero son 40 millones de personas que saltaron de condición social



habiendo no sido pobres! Son nuevos pobres; es decir, gente que siente que fue excluida de un sistema al que perteneció no sabemos por cuánto tiempo. No sabemos si son las nuevas clases medias que se generaron muy precariamente en la época a la que se refería Sanguinetti cuando hablaba de la bonanza. Es decir que es gente que accedió a ciertos niveles de consumo, y de consumo cultural, que tal vez en algunos casos hasta logró cambiar sus categorías de interpretación de la realidad, y que se siente gente de clase media ahora condenada a volver a la pobreza o a ingresar en ella. Esto es de una enorme importancia por muchas razones.

La primera es que todo el discurso sanitario respecto de la pandemia, si uno se pone a pensar en las recomendaciones que recibe de los médicos, están pensadas para clase media, media alta y alta. Todas esas recomendaciones, en el mundo de la pobreza profunda, de la pobreza estructural, son incumplibles. Pedirle a alguien, en una favela de Brasil o en una villa de emergencia del Gran Buenos Aires, que se lave las manos con alcohol en gel cada vez que toque algo contaminante, que use lavandina, que el chico vaya a clase por Zoom, etcétera, es un discurso absolutamente utópico. Lo que pasó en Buenos Aires fue que mucha la gente, aterrorizada porque le decían que tenía que tener distanciamiento social, si vivía con ocho personas en una casilla de cuatro por cuatro, salió a tomar tierras en el Gran Buenos Aires. Se generó así una invasión de tierras, que sigue ocurriendo, creando un enorme problema para los alcaldes de la zona, porque a esos nuevos asentamientos hay que llevarles el agua, la luz, etcétera.

¿Por qué planteo todo esto? Porque daría la impresión, por todo lo que hemos escuchado acá, de que la pandemia va a ser un fenómeno de flujo y reflujo, no una parábola que se cierra. Quiere decir que al próximo flujo vamos a entrar con 40 millones de nuevos pobres. Es decir que estamos ante un desafío muy importante que toma a América Latina en un momento de contracción. Entre el 2003 y algún momento de 2013 se cerró el gran ciclo de las *commodities*, y si uno mira todos los números de la región desde el 2013 hasta el 2019, sin incluir la pandemia, observa que son de una gran contracción; y con un problema adicional, que es

que en la buena época creamos Estados a la medida de aquellos precios y ahora nos encontramos con enormes problemas fiscales. A esto se le agrega el problema de la pandemia.

Quiere decir que debemos pensar que los problemas que planteaba Felipe González respecto del cuidado de la democracia –planteó dos cuestiones: la corrosión de los cimientos y el sentimiento de exclusión respecto de la democracia de aquel que siente que el sistema no lo contiene– van a seguir impactando en el sistema político. Entonces, creo que estamos ante un momento en el que podemos temer, no solo la instalación, sino también la profundización de determinados populismos; un momento de radicalización. Digamos que este panorama socioeconómico hace juego con una idea que planteó el presidente Sanguinetti, que es el *default* del centro. No nos debería sorprender eso y nos debería alarmar.

La primera idea que quería plantear tiene que ver con los números de que hablaba Carlos y lo que impactan esos números en la región. En segundo lugar, el efecto que eso va a seguir teniendo sobre el sistema político: todos nos vamos a parecer un poco más a Brasil o a Chile en términos de fuga hacia los extremos de las opciones políticas. Y, en tercer lugar, esas opciones políticas radicalizadas, que están siempre por la derecha o por la izquierda, con distintas modulaciones del populismo, muy contaminadas por la idea del proteccionismo y por una exaltación irracional del nacionalismo, de la soberanía nacional, etcétera, son absolutamente incompatibles con el horizonte casi utópico que planteó Enrique Iglesias de volver a un proceso de integración. En los últimos años, si uno mira por ejemplo un fenómeno central que ocurrió en América Latina –y todo lo que se le parece–, el chavismo, donde hubo muchas afinidades entre Gobiernos, al haber sido afinidades entre Gobiernos proteccionistas, nacionalistas, populistas, la integración fue cero. Porque toda integración implica algo de cesión de soberanía, que es incompatible con la mentalidad de este tipo de liderazgos y de Gobiernos.

Entonces, el desafío de la integración en este marco político, que implica siempre ceder soberanía, ceder

poder, coordinación, etcétera, lo veo inquietante. No lo veo tan sencillo. Por eso digo que hay algo de horizonte utópico en un cuadro en el cual, si miramos las regiones del mundo entre 2007 y 2017, por poner esa década, América Latina en términos de producto per cápita fue la región que menos creció en el mundo; estuvo detrás de África.

Creo que estamos, por tanto, en una encrucijada donde –termino acá– va a hacer falta de nuevo una gran imaginación política como la que tuvieron ustedes, los fundadores del Círculo de Montevideo, una gran apuesta a la esencia de la política, que es la capacidad del ser humano para, con la imaginación y la voluntad, mover el curso del río, corregir las inercias, porque yo veo que las inercias son –lamentablemente– muy negativas.

Gracias.

Julio María Sanguinetti

Muy bien.

Hemos hablado de los cimientos que se mueven. Y creo que Argentina y Brasil son bastante expresivos de ello y de la polarización. Pese a todo, a la judicialización de la política y a todo lo demás, las instituciones están allí: las elecciones se hacen; no hay fraude; no hay amenaza militar.

¿Cómo ves, en esa perspectiva, esa resistencia institucional?

Carlos Pagni

Eso que usted dice hay que subrayarlo, porque es un elemento extremadamente auspicioso.

Nosotros, desde la gran crisis del 2001, vivimos muchas escenas –Natalio podría describirlas con más inteligencia que yo– en las cuales llegamos a encrucijadas muy clásicas de la vida de la Argentina. Brasil, lo mismo; muchos países. Estoy pensando, en la crisis del 2001; en el conflicto con el sector agropecuario en la Argentina, que fue como una gran revolución; y en

esta misma crisis. Es decir, en otros momentos, era el momento del golpe de Estado.

Julio María Sanguinetti

El juicio político en Brasil.

Carlos Pagni

¡El juicio político en Brasil! Bueno, es muy auspicioso que nos hayamos curado; que hayamos encontrado, dentro del sistema, la forma de salir. Ahora: creo que tenemos que estar muy atentos a proteger eso conquistado, que no es un regalo para siempre, que está amenazado, y está amenazado desde dentro. Theodor Adorno decía que no había dictaduras más terribles, por encubiertas, que las dictaduras “democráticas” –entre comillas–. Las que se hacen con el ritual...

Julio María Sanguinetti

Como dice Montesquieu: no hay peor tiranía que aquella que se desarrolla a la sombra de las instituciones.

Carlos Pagni

Ese es el problema. Estamos en ese problema. Y yo desearía que aparecieran líderes políticos con la capacidad de imaginar un futuro. Porque lo único que nos va a sacar de esto es la capacidad que tiene la política para imaginar un futuro.

Nosotros vimos con mucho entusiasmo la Transición española y aprendimos mucho de ella. En la Transición española hubo un experimento increíble, que fue el de que cada sector renunció a algo que le era esencial: los republicanos renunciaron a la idea de república; los monárquicos renunciaron a la línea de legitimidad del rey, a la monarquía de don Juan; los fascistas admitieron el comunismo; etcétera. Es decir que cada uno renunció a algo muy importante. ¿Por qué? Porque veían el futuro muy claro. Y porque los políticos supieron explicar el futuro. No eran voceros de la gente. Eran líderes. No decían lo que la gente quería escuchar solamente. Podían plantear una idea



de cómo iba a ser algo que merecía determinada renuncia.

Si la política no tiene la capacidad imaginativa, proyectiva, de vincular el presente con el futuro y hacemos sentir que es negocio renunciar a algo, vamos a seguir a los garrotazos, como en el cuadro de Goya, comiéndonos los unos a los otros.

Julio María Sanguinetti

Muy bien.

Enrique Iglesias: seguimos desarrollando el tema económico.

Enrique Iglesias

A mí me preocupa un poco la falta de respuesta activa de América Latina en estos momentos frente a los grandes temas, lo cual es muy poco latinoamericano. Me gustaría decirles, a los amigos y a las amigas que están acá, que esa región ha tenido iniciativas globales desde hace mucho tiempo. En 1888-1890, Estados Unidos convoca a una gran reunión de países, lo que no era común en aquella época del mundo. Y se convoca entonces a una reunión de los países americanos, que eran muchos menos porque todo el Caribe todavía tenía dependencia colonial de Europa. La reunión duró un año, pero creó un movimiento tendiente primero a generar una carretera panamericana, que fue algo que después se hizo, y a conversar sobre la idea de crear un banco regional –reitero: 1888– y una eventual moneda, que terminó siendo el dólar.

Lo que quiero decir es que la vocación de trabajar colectivamente ha estado en América Latina desde siempre, desde mucho antes que en otras regiones del mundo emergentes en estos últimos dos siglos.

Creo que en América Latina la situación nos toma en estos momentos un poco desconectados, tratando de poner en marcha iniciativas muy importantes, como la del Mercosur con Europa, por ejemplo, o más iniciativas de cooperación de otros países con Estados Unidos. Yo encuentro a la región un poco en silencio.

Y creo que en este momento sería importante ganar posiciones en el escenario internacional. Por ejemplo, América Latina tiene una enorme fuerza y poder en el tema climático. No hay un programa climático mundial sin América Latina. ¿Por qué? Porque tenemos en este momento prácticamente el 33 % de toda el agua potable del mundo, cosa que es importante en el planeta; tenemos el 33 % de todas las tierras arables del mundo; tenemos el 40 % de las variedades genéticas vegetales del mundo; y tenemos metales, aunque esto lo pondría en menor escala. Pero cualquier pacto climático tiene que tener a América Latina. No hay pacto climático mundial hoy.

Si nosotros, por ejemplo, tuviéramos la capacidad política y social de poner en marcha un mecanismo de protección ambiental dentro de las normas de París y de Glasgow, eso nos daría una cierta presencia internacional respetable. No se puede desconocer los problemas que hay con respecto a la preservación. Hay que preservar, y América Latina debería dar un ejemplo importante en ese sentido: poner en marcha un mecanismo de pacto de conservación ambiental que no mire solamente las selvas amazónicas, sino que mire también la Cordillera de los Andes y las zonas de alta agricultura. Debe tener una visión activa en esta cuestión.

El otro campo que también me parece importante es el de las migraciones.

Nosotros tenemos migraciones internas y hacia afuera. Toda la migración en la frontera norte de México es un tema latinoamericano en algún sentido. En algunos casos es evidente en toda Centroamérica. Hoy tenemos cinco millones o seis millones de venezolanos emigrantes. Es decir: hay un tema migratorio. No lo vamos a poder resolver todos los días, pero creo que el hecho de que hubiera una conversación organizada para tratar esa cuestión colectivamente, sería algo que le daría a la región sensación de estar en dominio de los grandes temas.

Y el tercero es el tema sanitario. Creo que América Latina, después de tantos años de trabajar en acciones colectivas, podría mostrar al mundo una acción colectiva en materia sanitaria que nos diera una presencia institucionalizada y respetada.

Estos tres campos me parece que no son nada fáciles, pero hay que actuar en ellos. ¿Y si apelamos a las experiencias acumuladas? Nos vienen desde el año 1888; y del Congreso Anfictiónico de Panamá, como líder, pero ese es otro tema que viene de demasiado atrás. Pero en el mundo independiente la capacidad de acción colectiva no la tuvo Europa, no la tuvo Asia ni África. Entonces, ya existió eso, y a mí, como viejo, me parece que hay que recorrer un poco el pasado.

Reitero: me parece que ese tipo de acciones en esos tres campos sería una tema para pensar, y América Latina ganaría autoridad y rompería el silencio en el que vive hoy.

Nada más.

Julio María Sanguinetti

Muy bien.

Te diría, Enrique, que tu historia es una historia de optimismo. Si hoy América Latina no tiene voz es porque los grandes países no tienen sintonía. México, Brasil y Argentina, por hablar de los de mayor potencial económico, no han tenido sintonía en estos años. No la tuvieron con la pandemia ni la tienen con la política. Y el tema medioambiental, incluso, ha sido una de las retransmisiones mayores que desde Europa ha aparecido para la finalización del acuerdo Mercosur-Unión Europea, que empezamos hace ya más de veinte años en Madrid, en una gran reunión que hubo allá en el Palacio Real. Y ahora Francia dice que no va a firmar el acuerdo porque Brasil devasta la Amazonia, lo cual suena a pretexto; está respondiendo a su vieja visión de país *paysan* –de país rural–, al decir de Braudel, aunque no lo sea hoy en lo económico, ni de cerca, pero que tiene esa mentalidad de defensa como parte de su cultura.

Entonces, hoy, confiemos en que pudiera haber un cambio de liderazgos que nos permita mirar de ese modo. Quizás en Brasil puedan hacer algo distinto de lo de hoy, en la elección que viene, y a partir de allí podamos reconstruir algo para poner una nota de optimismo. Hoy, desgraciadamente, no tenemos voz porque realmente somos un coro absolutamente desafiado.

Adelante, Carlos.

Continúa con tus números.

Carlos Magariños

Muchas gracias, presidente.

Voy a tratar de enfocarme en eso. En esta instancia me gustaría reforzar la idea que traté de transmitir en la sesión de la mañana de que todavía estamos en pandemia y de que sus efectos, como conversábamos recién, van a tener un impacto duradero. Es cierto – como nos decía ayer el presidente Lagos– que muchas tendencias se aceleraron durante la pandemia, como aquellas que tienen que ver con el uso de plataformas de telecomunicaciones e informáticas para la telemedicina o para conectar a los ciudadanos del mundo, y otras tendencias sufrieron fuertemente, como la formación de una clase media global.

Comentaba hace un momento que el año pasado el producto bruto global se contrajo 4.5 %, cuando se había pronosticado, a principios de 2020, un crecimiento de 2.5 %. En definitiva, la contracción total fue de 6.8. Este año el pronóstico de crecimiento del producto bruto global va a estar en el entorno del 5 %. Es decir que se habrá recuperado, este año 2021, lo que la economía global se contrajo el año pasado. Ahora, eso no es cierto para América Latina. El tema que levantó Carlos –a quien le agradezco la cita– se manifiesta de una manera muy brutal. El año pasado caímos más de 9 %. Y el pronóstico de Cepal para este año –lo veíamos con Martín hace un momento– es de 5.9 %. Es decir que todavía hay tres puntos para recuperar de lo que caímos el año pasado. Y la verdad, presidente, es que estamos mucho mejor que lo que parecía –a fines del año pasado– que íbamos a estar. Recuerdo que a fines del año pasado hablábamos de un período de cuatro o cinco años para recuperar los niveles de producción anteriores.

Entonces, reconocer que el mundo está en pandemia aún y que esos efectos son duraderos, nos obliga a utilizar una de las mayores capacidades de apalancamiento del Círculo, que es transmitir mensajes fuertes



en torno a la necesidad de fortalecer la provisión de bienes públicos. Sé que puede parecer una idea utópica formulada de esa manera, pero tiene manifestaciones muy concretas, y cada vez que la comunidad internacional ha enfrentado una crisis severa en los últimos años, se encontraron acuerdos. No quiero ir al 2001, cuando el terrorismo nos llevó a tomar conciencia de su escala global. Pero, sin ir más lejos, 2007 y 2008 generaron nuevas instituciones. Hasta 2007- 2008, el Grupo de los 20 era una reunión de ministros de Economía y presidentes de Banco Central. Fue ahí donde se transformó en una reunión de presidentes, porque todos vieron que era imposible coordinar de una manera fragmentada —o con las fragmentaciones que tenían en ese momento los mecanismos de coordinación global— una respuesta común a los desafíos que planteaba la crisis financiera internacional. Y ahora nos está pasando lo mismo, porque el progreso en los niveles de vacunación en los países más prósperos se ve en un riesgo muy grande debido a la falta de progreso justamente en las sociedades cuyas economías están menos avanzadas.

Por lo tanto, la comunidad internacional nuevamente tiene que generar aquí nuevos mecanismos, y me parece —adhiero a la propuesta del presidente Lagos— que es muy importante esta reunión del Círculo en este momento y la oportunidad de transmitir este mensaje. Porque al fin de cuentas, presidente, las organizaciones internacionales no son otra cosa que lo que nosotros hacemos de ellas. Tenemos una tendencia a plantear nuestras quejas y nuestras recriminaciones —muy justas, por otra parte— acerca de que la eficiencia del sistema multilateral deja mucho que desear, pero es lo mejor que tenemos, y su ausencia nos generaría todavía mayores problemas. Así que no veo más alternativa que insistir en que los accionistas del sistema multilateral, los países, tomen acciones decididas y avancen en ese terreno. Me parece que esa es la misión más importante que tenemos en este contexto.

Para los próximos años, la verdad es que el panorama presenta mucha incertidumbre. Como decías recién, me parece que América Latina tiene que reunir su capacidad de influencia en foros como el del G20, para

coordinar más sus posiciones. Yo no vi mucha coordinación en América Latina, en 2020 y 2021, entre los presidentes y los ministros de Salud; nada por el estilo.

Así que me gustaría dejar como último mensaje esta necesidad de enfatizar, fortalecer y promover este tipo de acciones.

Muchas gracias.

Julio María Sanguinetti

En 2008 este planteo fue muy importante. La famosa “orgía de los mercados”. Lo que pasa es que ahí hubo un liderazgo. El gran problema que tenemos hoy es la necesidad de un liderazgo para conducir eso. Ahí está el tema: nos está faltando política y líderes que encarnen ese liderazgo.

Esa es la importancia de la política.

Carlos: sigamos con cómo vamos a recuperar la economía y cómo vamos a salir de esta situación.

Carlos Slim

Comentaba que aunque hace cincuenta años que Alvin Toffler hablaba de los cambios civilizatorios, estos fueron notables desde los noventa. Seguramente recuerdan aquello de la “exuberancia irracional de los mercados”, lo que señalaba al respecto el presidente de la FED; la crisis de finales de los noventa —a la que se llamó “la crisis de Internet”—; y cuando a principios del siglo XXI, en marzo de 2000 —que por cierto Felipe y yo estábamos en una conferencia en Chile—, se desploman los mercados.

Este siglo ha sido muy desordenado en muchos sentidos. Desde el 2000 ha existido ese desorden. En Estados Unidos se presenta esta crisis de manera notable: en un año los mercados accionarios caen 40 %, y vienen las políticas agresivas —fiscales y monetarias— del Gobierno de esa nación, para tratar de paliar la crisis. La tasa de interés, que era de 6,75, la bajan a 1,75, empiezan a enviar cheques a los que han pagado

impuestos y viene la Guerra de Irak como parte, inclusive, de esa corrección. Sobre todo entre 2001 y 2003 hay cambios sustanciales.

Reitero que ha sido un siglo desordenado. De hecho, la pandemia viene y sacude todo lo que está pasando. Hay desorden por todos lados. En ningún lado se tiene claridad sobre este cambio civilizatorio ni sobre cómo conducirlo, salvo países de Asia como China, Corea y algunos otros. Singapur ya venía desde hacía mucho tiempo llevando a cabo su desarrollo y su crecimiento económico sustentado en la educación moderna de calidad, como uno de los fundamentos.

Y, por otro lado, por todo el mundo, sistemas políticos distintos, experimentos económicos diferentes; nuevos países con democracias, otros con democracias desgastadas o a medias, otros con dictaduras. En fin, ha sido todo una mezcla de instituciones, organizaciones, etcétera. Se ha hablado del G20, y también de tantas y tantas organizaciones que creo que han sido burocracias poco útiles. Porque tantas instituciones, tanta burocracia, tantas reuniones y juntas no han resuelto, hasta donde yo me he dado cuenta, ningún problema. Es decir, mucho ruido y pocas nueces: no se ven resultados en ningún caso.

En el único ámbito donde se han visto avances importantes —lo ha señalado el presidente Lagos— ha sido en la cuestión climática. Y ello se originó allá por 1974. En el año 1994 gana el Premio Nobel Mario Molina, de México, junto con otra persona, cuando hacen evidente y demuestran que se está perforando el ozono, de grandes consecuencias para la humanidad. Y creo que es en el Protocolo de Montreal —no lo recuerdo exactamente— donde se decide que todos los fluorocarbonos, que son los que estaban perforando la atmósfera, tienen que eliminarse. Yo veo que es la única decisión en serio, a fondo, que ha tenido efecto dentro de todas estas estructuras, organizaciones y burocracias que se han echado a andar.

Actualmente, respecto del cambio climático, creo que la conciencia durante estos años ha sido muy importante, y ya en Europa existen los llamados bonos de carbono, para reducir las emisiones de CO₂, y hay

un mercado al respecto, etcétera. Primero lo rechazó el presidente Trump, y este mercado se debilitó, y ahora, que lo apoyó el presidente Biden, se ha hecho mucho más fuerte y parece que el impulso al cambio climático —tema sobre el que tanto temor hay— va por el buen camino.

Fuera de eso, vimos a una China pasar, en tan solo veinte años, de un nivel económico reducido a estar ya siendo un reto a la hegemonía de Estados Unidos; un reto de igual a igual. Esos planteamientos de confrontación entre ellos no creo que sean el camino, pero están existiendo. Ojalá y se manejen con mayor inteligencia, porque las medidas que se están tomando, antes de que exista esa competencia, ya están afectando al mundo a través de niveles inflacionarios que no habíamos visto. Y niveles inflacionarios que no obedecen a limitaciones de oferta ni a excesos de demanda, sino simplemente a encarecimiento de los precios de las *commodities* y de otros bienes, en base a estrategias diferentes y a razones diferentes que las que hemos conocido antes.

Tenemos entonces esa confrontación, así como el desorden en países que todavía viven con fanatismos religiosos —estamos conscientes de ellos—; países que todavía están en una sociedad agrícola; países que viven en una sociedad industrial; países que lo hacen en la sociedad moderna, y países que están entrando en ella. Y, en muchos de ellos, conviven en la misma sociedad las tres etapas civilizatorias, sin ninguna conducción, etcétera. Personalmente, creo que de alguna forma la pandemia vino a sacudir las cosas, y en un momento en que cada país, cada grupo o cada persona, podía pensar de una forma o de otra, unificó muchas cosas.

Yo no soy nada pesimista. Al revés: más bien soy optimista en general, y creo que no hay mal que por bien no venga. Entonces, esto ha hecho reaccionar al mundo, ha acelerado los procesos de investigación, de desarrollo y de tecnología como nunca se había visto. En menos de un año se tuvo, no una vacuna, sino varias. En unos tres meses se sabía ya cómo curar, como enfrentar la enfermedad. Desgraciadamente, medicinas como el Remdesivir estuvieron prohibidas en varios lados, pero esta se ha aplicado como protocolo experimental desde hace un año y fracción y ha teni-



do efectos positivos todo el tiempo de la aplicación. Es más: en México, donde no se autorizó este medicamento hasta febrero de este año, estuvo aplicándose en experimentos y pruebas durante más de un año, con resultados muy, muy positivos.

En fin, de alguna forma ya se está sabiendo cómo curar esta enfermedad, cuando menos hasta la mutación delta, y ha salido varias vacunas. Eso no quiere decir que no vayamos a vivir sin este virus; es muy probable que se viva con él, pero que se sepa ya cómo manejarlo, y que tenga menos efectos, porque la mitad de la población probablemente ya se contagió. Pero sobre todo va a seguir habiendo otras epidemias; esta no va a ser la última. Entonces, habrá que estar preparado para las otras, y creo que los grandes avances que va a haber en la Medicina, que ya está habiendo en la Medicina, van a ser fantásticos en cuanto a la manera de curar el cáncer, la diabetes, etcétera, a través de esta misma tecnología que se usó en la vacuna de Moderna y en la de Pfizer.

Pienso que en lugar de perdernos entre todas estas cosas sueltas que están en medio de un enorme desorden –lo comentaba ayer–, lo que tenemos que hacer es una guerra contra la pobreza; una guerra mundial contra la pobreza. Eso es lo que tenemos que hacer, en lugar de una confrontación entre dos países o entre dos grupos de países, que lo único que va a ocasionar va a ser graves consecuencias a las economías en general, o un gran desgaste, como fue la llamada “guerra de las estrellas”, con Reagan y la Unión Soviética. Ahora sería de desgaste económico, lo cual sería terrible.

Entonces, creo que es un error lo que se está planteando como guerra económica, y que lo que se debe hacer es una guerra con otro enfoque: una guerra contra la pobreza. ¿Qué pasó en la Gran Depresión? Cuando uno mira las cifras con más cuidado, observa que se inicia con determinadas señales, como la caída de los mercados en 1929-1930; y se agudiza en el 34, cuando el mundo está en una situación de depresión enorme. El libro *Lecciones de la Gran Depresión* es muy claro sobre cuáles fueron los errores que se cometieron. Se habla de que en una depresión lo peor que se puede hacer es subir las tasas de interés y poner impuestos nuevos.

Reformas fiscales, impuestos, restricción monetaria, subir tasas de interés, etcétera, es la peor forma de encarar una depresión. Y fue lo que se hizo, y estaba el patrón oro, etcétera. Hubo, entonces, razones para que detonara una depresión mundial muy profunda. Y en 1934, con la entrada de Roosevelt, supuestamente con el New Deal se resuelve el problema. Pero no se resolvió. Hubo sí avances en el 34, en el 35, pero volvió luego a decaer en el 38. Aun con Roosevelt y todas sus políticas y el New Deal, la depresión volvió en el 38. Y no se corrigió hasta que vino la guerra. Con la guerra mundial cambiaron todas las cosas. Vino la posguerra con una bonanza, un crecimiento, una industria boyante, un consumo enorme por parte de los Gobiernos, y una reconstrucción de Europa y de Japón rápida y estupenda que promovió el crecimiento de los mercados mundiales de manera sustancial, etcétera.

Yo creo que es lo que se necesita. No una guerra de ese tipo, sino una con fines de combatir la pobreza con programas de educación y salud por un lado, por supuesto, pero también con programas de generación de empleos. Hablábamos de ello hace un rato con el presidente, que señalaba la importancia de la generación de nuevas fuentes de empleo bien remunerado. Va a ser complicado, por el aumento enorme de la productividad de esta nueva civilización y la gran simplificación operativa. Por ejemplo, vamos a hablar del comercio. ¿Cuántas tiendas van a cerrar en función del comercio electrónico, que ya no requiere locales comerciales? Y hablamos también de escuelas que ya no requieran aulas, y de turismo que ya no requiera hoteles, etcétera. Todo eso, aparte del aumento de la productividad de las actividades en general y de la misma modernización de esas viejas actividades a través de los nuevos instrumentos tecnológicos, simplifica mucho las cosas.

El del empleo, entonces, es un punto medular.

Creo que lo que hay que hacer es conducir el cambio. Me parece que esta pandemia es un despertar, es un sacudimiento que está teniendo el mundo, con un virus invisible, que dicen que es cien veces más chico que una bacteria; y la bacteria también es invisible. Entonces, esto invisible es lo que ha sacudido a todos.

Espero que este sacudimiento nos lleve a una mayor racionalidad, a una mayor definición y a una mejor orientación. En lugar de pensar en una confrontación económica a nivel mundial, en la que se usarán armas de encarecimiento de los contenedores —como se señalaba—, o de encarecimiento del acero al triple, y de las materias primas, que lo único a que llevaría sería a una verdadera crisis económica, yo soy optimista en cuanto a que lo que va a dejar esta pandemia va a ser positivo. Claro: hubo una gran cantidad de muertes. Es la mortalidad lo que realmente preocupa; que haya sido tan agresivo y que haya tenido unas consecuencias de ese tipo. Pero siendo eso muy delicado, también es delicado que haya afectado a la economía, que haya dejado empresas en quiebra, países con endeudamientos y en desequilibrio. Todo eso es la parte más negativa de la pandemia, pero yo espero que hacia adelante se hagan las correcciones económicas correspondientes y que se mantengan políticas de salud más adecuadas que permitan enfrentar este tipo de calamidades con mayor, no diría tino, pero sí con mayor racionalidad y eficacia que como se manejó.

Julio María Sanguinetti

Ingeniero: la ciencia nos hace optimistas. Estamos de acuerdo: precisamos ese clima.

Y aquí hago un comentario en general. En el sur, estamos extrañando un poco a México, que siempre fue un país que marcó tendencias con sus políticos, sus pensadores, y lo estamos sintiendo muy lejos.

Carlos Slim

Al revés: yo siento que está más cerca que los Gobiernos anteriores. Porque hubo un alejamiento. Pero ahora yo veo otro relacionamiento del Gobierno mexicano: viene el presidente de Argentina a México; viene el presidente de Ecuador a México —el banquero, Lasso—; viene el presidente tal o cual a México. Creo que hay un acercamiento, y aunque llama la atención, nuestro presidente está creando un liderazgo con muchos presidentes de Latinoamérica, como no había habido antes. Está hablando de integración a Norteamérica en un mercado común, pero incluyendo al sur y al centro

de América. Y lo ha planteado allí con el Gobierno de Estados Unidos. Obviamente, la prioridad de Estados Unidos, al igual que la de Europa, es la de que no se le invada por parte de poblaciones del Caribe, de Centroamérica y de México, que no tienen empleo.

Hace algunos años le pregunté al presidente Clinton, cuando apoyó al país, en 1995, a través de un aval de 40.000 millones de dólares, ante una gran crisis económica —y cuando el Congreso le había negado que lo hiciera; pero él lo hizo usando otras facultades—, cuál era la razón de que lo hubiera hecho. Me dijo que era la seguridad nacional de los Estados Unidos. Hoy, la seguridad nacional de Estados Unidos reclama que se pueda invertir en Centroamérica y el Caribe para evitar la migración. México está ahora apoyando a Estados Unidos en ese tema de la migración; se lo ha pedido Estados Unidos desde Trump y ahora. Y al mismo tiempo se está planteando que se haga un apoyo de inversiones en estos países para que sus poblaciones no tengan que migrar. Y dentro de esos países respecto de los cuales se aspira que sus poblaciones no tengan que migrar está México. Desde el sureste de México ha habido una gran migración. Desgraciadamente en México, desde 1982 —estamos hablando de más de 38 años—, se ha resuelto el problema del empleo yéndose a trabajar a Estados Unidos; se ha resuelto un problema de pobreza en México con remesas de 50.000 millones de dólares a los familiares. Eso no puede ser. No puede ser que un país no dé empleo, no dé oportunidades a sus pobladores y se tengan que ir a los Estados Unidos. Y van de 400 mil a 500 mil cada año. Hoy día hay una población allá de 35 millones o 40 millones de personas que han migrado. Yo creo que hay más mexicanos, pero los migrantes eran 500.000 por año, por 38 años; ahí nomás tienen que ser alrededor de 20 millones. Igual pasa con los salvadoreños, los hondureños, los guatemaltecos, y ahora con los caribeños de Haití, de República Dominicana —eso es más usual— y de Puerto Rico; en este último caso hay autorización de que puedan estar en un lado o en el otro.

Entonces, creo que México está más cerca de Latinoamérica. Creo que quizás todavía falte más acercamiento con Chile, Colombia y Brasil, aunque yo estoy convencido de que si Lula es el próximo presidente de



Brasil, la relación entre Lula y México va a ser fantástica. Va a ser muy estrecha.

Ayer Alberto me comentaba sobre esa visita del foro denominado Grupo de Puebla, en el que están ahora en México ocho o diez expresidentes: de Brasil, de Ecuador, de Argentina; en este último caso el presidente actual. Hay una cosa muy interesante: México está hablando de una integración de Norteamérica, y Norteamérica está hablando de México. Para que Estados Unidos pueda ser más competitivo y pueda confrontar a China, tiene que dejar de producir en China. Porque además China ya subió sustancialmente la mano de obra y está buscando la exportación de productos de alto valor agregado, proceso que hicieron en su época Japón y Corea. Ya China está en ese estado en que la mano de obra subió de USD 0,60 a USD 6. Ya no le interesa estar subsidiando la mano de obra para exportar, etcétera, etcétera. Tiene una clase media de 800 millones de habitantes y ya no necesita ser la fábrica del mundo, sino que esa fábrica se vuelque al mercado interno, etcétera.

Yo creo que se viene esa posible integración –ojalá, porque México y Estados Unidos son muy complementarios–, ya no como maquiladora sino como sociedad, como asociación complementaria y extendida a toda Latinoamérica. Uno de los argumentos que dio nuestro presidente es que nuestro mercado y nuestra economía son más fuertes que los de China. Somos alrededor de 1.000 millones de americanos, desde Canadá a la Patagonia y, por supuesto, con un ingreso per cápita mayor y con un consumo mayor, porque en China todavía están ahorrando el 35 % del ingreso; aquí ya no ahorramos ni el 15 %.

Entonces, creo que al revés: que esta relación de México con Estados Unidos, que luego de Trump ha mejorado, se debe extender a toda Latinoamérica. Yo creo que va a ser una posible integración de América. Es así como lo veo, y pronto. Hay un problema: ya tenemos un tratado y ya lo platicamos con los Gobiernos y con la Embajada americana, que hay un buen embajador, así como con JP Morgan, y están los acuerdos entre Gobiernos, pero eso no sirve de nada. Para que

eso se ejecute y sea una realidad se debe llevar ya a nivel de empresarios: qué empresas, qué inviertes, qué no, qué sacas, etcétera. Lo que falta nada más es bajarlo a nivel de sociedades entre empresas americanas y empresas mexicanas. Por ejemplo, ¿qué importa Estados Unidos de China? Es importante saberlo para tratar de producirlo nosotros. Importa más de 500.000 millones. México importa más de 90.000 millones. Solo entre México y Estados Unidos son 600.000 millones de dólares de importaciones, o más.

Julio María Sanguinetti

Habría que escucharlo. Lo que pasa es que como el presidente viaja poco...

Carlos Slim

No, no viaja nada.

Julio María Sanguinetti

Por eso, porque no lo hemos visto por ningún lado es que lo veíamos distante.

Carlos Slim

No; está muy cerca de los presidentes de Latinoamérica. Yo los he visto. Todos los fines de semana viaja a algún poblado. Vino Lasso, por ejemplo, y pudimos platicar. También vino Castillo a ver al Gobierno mexicano, y me pidió que fuera a hablar con él. Fernández ha ido dos veces. Sé que con el presidente de Guatemala se ha visto. Asimismo, el presidente de El Salvador fue a visitar México. De manera que hay interacción, y mucha; más que nunca.

Julio María Sanguinetti

Muy bien. Muchas gracias.

Adelante, Martín Santiago.

Martín Santiago

Teniendo en cuenta los comentarios tan importantes que se han venido haciendo en las intervenciones anteriores, voy a tratar de arrancar con dos o tres puntos que quiero subrayar con la utilización de algunos verbos.

Hemos dicho que efectivamente la pandemia nos ha puesto en la senda de las transformaciones que ya venían produciéndose, y que precisamente intensificó esas tendencias. A mí me gustaría añadir —y por eso digo que estoy en el ánimo de la conjugación de verbos— que algunas de esas tendencias se han agravado. Y voy a tratar de calificar un poco lo que estoy advirtiendo, en estos tal vez tres comentarios que quiero hacer.

El primero es que, para mí, el hecho de ese agravamiento significa que la pandemia nos ha puesto ante el espejo de muchas de las disfuncionalidades sistémicas que ya teníamos. Creo, como decía Camus, que estas pestes atacan el cuerpo pero desnudan el alma. Me parece que hay una parte existencial de lo que nos venía pasando que es importante que tratemos de ver.

Voy a ir a las presentaciones extraordinarias que hemos tenido esta mañana con Enrique y con Carlos, refiriéndome —y este es mi primer comentario, que mencioné ayer a la pasada, como de puntillas, y disculpen que por la presión del tiempo tal vez no estuve demasiado estructurado— a lo que se denomina o yo denomino economía política —voy a precisar por qué estoy diciendo esto— de las deudas morales que ya teníamos.

Quienes hemos estado mucho tiempo trabajando en este tipo de temas, en el ámbito de la cooperación internacional —y ahora parece como que nos insultan esos datos que se nos ha dado; y me sorprende, Carlos, que te llamen la atención—, sabemos que este incremento, este exceso de pobreza que tenemos es por un exceso de desigualdad. Es un punto que me parece extremadamente importante, porque precisamente la pandemia ha generado que pongamos el foco sobre ciertas amenazas que tiene la dificultad de la corrección de este mal estructural que tiene nuestra sociedad. Y señalo simplemente tres.

La primera es que nos pone claramente de manifiesto que todos somos perdedores en este *shock* que hemos tenido, pero hay tres grupos de grandes perdedores. En primer lugar, los países emergentes y los países de bajos ingresos, y estamos hablando de 6.500 millones de personas de los 8.000 millones que habitamos el planeta. En segundo término, las clases medias. Naturalmente, estamos obviamente hablando de que esa implosión tiene prácticamente ya a más del 60 % o del 70 % de la humanidad. Señalábamos el tema del contrato social, pero creo que tanto el capital como la cohesión social están verdaderamente afectados. Y en tercer lugar, hay grupos mucho más focalizados entre e intrapaíses que tienen estas desigualdades crecientes, que son claramente los jóvenes y, desproporcionadamente, las mujeres. De manera que ahí ya tenemos una serie de puntos que me parecen extremadamente importantes.

El segundo comentario que quiero hacer acerca de estas cuestiones que me hacen sentir extremadamente amenazado en las posibilidades de corrección, tiene que ver con la política económica. Antes me había referido a la economía política. Porque a pesar de que esta mañana se han señalado aspectos muy importantes, no se han puesto los puntos suspensivos o tal vez los interrogantes de algunas cosas que están sucediendo.

Tenemos divergencias en la recuperación económica, con grandes alertas. Da la sensación de que podríamos tener una mutación, no en el virus, sino en la crisis financiera. Es una cuestión muy importante y esta mañana no ha salido el tema. Pero si una focalización es en los emergentes y de bajos ingresos, la posible o eventual crisis de la deuda es un tema que nos tiene que poner a todos extremadamente complicados. Y, sobre todo, si miramos esto desde el punto de vista, no de las dificultades de espacios fiscales, sino desde el ángulo de las políticas económicas en el ámbito de lo monetario, vemos hasta dónde va a llegar y qué sostenibilidad o no tendría. Y sería una sostenibilidad perversa el tema de los mecanismos de contagio de procesos inflacionarios que estamos viendo en la mayoría de todos nuestros países; y, por supuesto, los cuellos de botella.

El tercer comentario —y ya cierro esta cuestión de la desigualdad que me preocupa tanto— hace al hecho de



que efectivamente estamos en una tendencia de movilidad descendente. Al respecto, simplemente hago dos valoraciones que tienen que ver –y coincido, Enrique– con que tenemos que recuperar el vínculo, el elemento solidario en esa nueva naturaleza de contrato social que necesitamos.

¿Por qué trato de poner mucho énfasis en el tema de la solidaridad intergeneracional? Porque, como lo dijo Piketty –y no hace falta más– en esa búsqueda de caminos hacia cómo se resuelve esta tragedia de la desigualdad en el mundo, él habló claramente de la transmisión intergeneracional de la ventaja. Realmente ese es un tema. Desde el punto de vista de nuestros sistemas educativos, desde las posibilidades de los sistemas de protección social que tenemos, efectivamente tenemos que mirar quiénes son los grandes perdedores y ganadores de nuestras sociedades.

Finalmente, lo que me parece más importante es cómo vamos a mutualizar el daño intergeneracional que tiene la crisis ecológica que estamos viviendo. Este es un tema que me parece vital.

El segundo punto –y cierro esto, que simplemente es sumarme al primero de los llamados que hemos tenido con el presidente Lagos, que luego también ha enfatizado Carlos Magariños– es que, efectivamente, tenemos un sistema multilateral debilitado, un orden multipolar precario y, además, una guerra fría en ciernes, con rasgos muy diferenciados, como vimos ayer, con respecto a la que tuvimos el siglo pasado. El sistema multilateral necesita, efectivamente, tratar de gestionar los bienes públicos globales, y yo me sumo a esa petición de que busquemos la posibilidad de que haya un gran pacto y podamos tener este sistema de prevención y de respuesta a posibles pandemias, incluso la de ahora, y tratar de corregir las desigualdades con la vacuna. Pero a mí me parece –y es el punto al que quería llegar– que debemos tratar de salir, en lo que respecta a los bienes públicos globales, de lo que yo llamo las “dicotomías complejas”. Hemos visto en la pandemia –es clarísimo– una colisión conceptual, tal vez perversamente conceptual, entre salud y economía; hemos visto grandes problemas entre temas de libertad y seguridad, y también hemos visto, realmente, una

gran dificultad entre progreso y ambiente. Lo que me gustaría recordar –y cierro este punto– es que no hay garantías de unos sobre los otros en el ámbito de los bienes públicos globales de los que estamos hablando.

Y cierro con el tercero de los puntos y es que, efectivamente –y permítanme que haga este juego de palabras–, la pandemia ha sido una situación límite, pero desde mi punto de vista la pandemia también nos está llevando a los límites. ¿Por qué digo esto? Porque en esta sociedad en la que estamos nos está llevando al límite de la libertad, en ese concepto de progreso que teníamos, en la naturaleza y –el último de los puntos, y aquí cierro– en el tema de la tecnología.

Realmente me parece que se viene el tema de la inteligencia artificial, y tenemos que preservar a la humanidad de esto que hemos creado. Lo vimos en la Escuela de Fráncfort, lo hemos visto en la historia del pensamiento, y sobre todo en ese *traspàs* polémico; es ese paso de la modernidad a la posmodernidad y cómo el hombre realmente interacciona con lo creado, que es la posibilidad que la -tecnia le da para progresar. Creo que tenemos unos grandes desafíos en el ámbito de la ética con respecto a la inteligencia artificial y considero que esa frontera está todavía por ser conquistada.

Muchas gracias.

Julio María Sanguinetti

Para todo lo que sigue sonando precisamos liderazgos. ¡Siempre terminamos en lo mismo!

Damos la palabra a Natalio Botana, para que nos ilustre en su perspectiva histórica de la vida institucional.

Natalio Botana

Gracias, querido Julio María.

Bueno, sí; voy a insistir con la perspectiva histórica, retomando algo del lenguaje que hemos tenido hasta ahora. Hemos hablado de la guerra como metáfora: la guerra a la pobreza; y de la pandemia, que se ha dicho

que de algún modo es análoga a una guerra. No sé si recuerdan ustedes la distinción que yo he hecho entre tres transiciones en el desarrollo de la sociedad industrial en el mundo; pero olvidé señalar –por falta de tiempo, obviamente– uno de los temas fundamentales: que la gran creación histórica de la sociedad industrial va unida a la guerra. No me refiero a la guerra como fenómeno histórico a partir del cual nació la literatura de Occidente, ya que empezamos contando una guerra, no contando una paz. En las dos primeras transiciones, la de la máquina de vapor y la segunda, la que nos llevó a esa gran madurez de la sociedad industrial –partidos de masas, desarrollo de una democracia de partidos, sobre todo luego de la Segunda Guerra Mundial–, la guerra fue un factor intrínseco y un factor paradójicamente tenebroso. La guerra fue, también, un factor de progreso tecnológico y de progreso industrial.

En la primera transición América tiene un legado bastante cruel: las guerras del norte y el sur. La Guerra Civil norteamericana ya fue una guerra de exterminio, y la guerra de Paraguay, la Guerra de la Triple Alianza –Brasil, Argentina y Uruguay contra Paraguay– fue, también, una guerra de exterminio en relación con Paraguay.

Y no hablar de la transición entre la primera y la segunda, que fue una suerte de choque tectónico. Ese choque tectónico que se expresa en uno de los dramas más grandes de Occidente que fue la Primera Guerra Mundial, que es el origen de una de las creaciones más crueles del siglo XX. Mi hipótesis es que no hay orden totalitario sin la Primera Guerra Mundial.

Entonces, lo notable de la tercera transición, en la que estamos envueltos ahora, que es la transición de esta mutación civilizatoria, de este cambio de época –como tanto hemos hablado– es que no llega a través de la guerra. Es uno de los factores que alimentan mi esperanza. La primera transición es guerrera, y la segunda transición es guerrera y por partida doble. España no interviene en la Primera Guerra Mundial y tampoco en la Segunda, pero España tiene la Guerra Civil. Esta tercera transición –que como toda transición, obviamente, se superpone– ya comienza a nacer,

diría, desde las últimas décadas del siglo XX, pero nace serenamente; son transformaciones espontáneas que van surgiendo de abajo hacia arriba. Efectivamente, sus orígenes se dan en el marco de la Guerra Fría, pero la sabiduría implícita que hay en esa guerra, luego de haber conocido los hongos atómicos –y eso lo describió admirablemente bien Raymond Aron en *Paz y guerra entre las naciones*–, es el equilibrio del terror, que permitió a la humanidad clausurar, por lo menos provisoriamente, la hipótesis de las guerras mundiales. Esto es notable, porque nunca había pasado.

Veo ahí un grupo de gente joven y les digo: ustedes son hijos de la paz; en cambio, los que hemos pasado los 80 años, directa o indirectamente somos hijos de la guerra.

Esta, entonces, es una tercera transición histórica, pero de la paz. Y lo interesante del caso es que de los tres grandes legados del siglo XX en materia totalitaria, los dos primeros, el nacional socialismo y el fascismo, caen por efecto de la guerra. La Unión Soviética, en cambio, que es el final de la saga del totalitarismo –entendido como totalitarismo político y como totalitarismo socioeconómico– no cae por los efectos de una guerra de tipo clásico, sino que cae por implosión interna. Y esa implosión interna es la que abre, precisamente, esa gran década de los años noventa, que erróneamente se la presentó como una década que clausuraba la historia. Ciertamente no la clausuró, pero los efectos guerreros que vinieron en la década de los noventa, y sobre todo en la primera década del siglo XXI, fueron mucho más limitados –aun incluyendo los ataques terroristas y la Guerra de Irak– que los efectos que hubo en la primera y en la segunda transición.

Por consiguiente, estas son novedades de una importancia capital, porque a pesar de los fenómenos del orden totalitario, es evidente que los cambios que se producen en China modifican sustancialmente el modelo soviético que había imperado, soberano, durante la Guerra Fría. El cambio fundamental de China es la convivencia del régimen de partido único con el modelo de centralismo democrático que venía desde la época de Lenin, ya con el sistema capitalista moderno.



Aquí llegamos al punto que nos reúne en este momento, que es el siguiente: ¿es la pandemia, acaso, la guerra que tiene que afrontar esta tercera transición histórica? Personalmente, no lo creo. Creo sí –y me atengo aquí a los datos que hemos escuchado durante esta mañana, los que ha brindado Carlos Magariños, los que nos ha provisto Enrique Iglesias, etcétera– que lo que estamos viviendo son efectos; efectos muy crudos, efectos muy crueles, pero que no son, comparativamente, efectos tan devastadores como los que hemos tenido durante la primera y durante la segunda transición. ¡Y ese es un motivo para la esperanza! Aclaro que no para el optimismo, ya que este es un estado de ánimo, mientras la esperanza es un esfuerzo sistemático de nuestra razón y nuestra voluntad para alcanzar mejores niveles de vida.

Carlos Slim

También los estados de ánimo.

Natalio Botana

Pero el estado de ánimo puede ser inconsciente o consciente, y eso lleva a una reflexión de carácter psicológico que me aparta de mi argumento. Se ha discutido mucho este tema.

Sigo, pues.

Entonces, ¿qué tenemos que pensar en este momento en torno a la pandemia? Creo que una de las conclusiones importantes –lo ha dicho Santiago y todos los expositores anteriores– es que tenemos que coexistir, convivir con ella. Este es un dato fundamental. Uno, como historiador, se ha formado estudiando las pandemias como que tuvieron un comienzo y un fin. En Argentina, con motivo de la guerra, tuvimos nuestra pandemia que fue la fiebre amarilla –que también pegó en Uruguay–, pero comenzó o fue un fenómeno veraniego y se fue. Acá, evidentemente, la prolongación persiste. Así que aquí tendremos el gran desafío de vivir en nuevas condiciones. Y estas condiciones yo creo que son una excelente lección para entender la imperfección humana.

La impresión que tuve siempre en esta tercera transición es que había una suerte de convencimiento –y esto viene desde el fondo de nuestra humanidad– de que habíamos vencido a la muerte o, por lo menos, la teníamos muy postergada. Ahí se perdía la muerte, porque era cosa más antigua; antiguamente se convivía con la muerte en las familias, en las casas. La pandemia es una suerte de revancha de la naturaleza contra esta formidable capacidad de invención humana que son la primera, la segunda y la tercera transición de la sociedad industrial; y llegó, pues, la revancha de la naturaleza, con la cual tiene mucho que ver la acción humana, también. Pero, fundamentalmente, es una revancha de la naturaleza. También es un llamado a la humildad humana en torno a nuestra fragilidad.

Paradójicamente, en ese sentido la democracia es un régimen muy modesto, porque está basada en la falibilidad de todos nosotros, en que podemos equivocarnos. Por consiguiente, si nos equivocamos, podemos echar a un Gobierno. Y ese Gobierno que se va está regido por una ética que tanto Felipe González como Julio María Sanguinetti han definido como “ética de la derrota” o como “aceptabilidad de la derrota”.

Por lo tanto, yo creo que el mejor régimen de la reconstrucción sigue siendo el régimen democrático. Además, es en su seno –aun aceptando la enorme capacidad que tiene China– donde han surgido las grandes respuestas a esta pandemia, como es la creación de vacunas, etcétera.

Considero, entonces, que se están dando las condiciones para lo que decía un viejo historiador italiano, exiliado del fascismo, que no vio la reconstrucción de la Segunda Guerra Mundial, pero que la anunció meditando acerca de lo que pasó en Europa luego de las guerras napoleónicas; él decía que lo que necesita el mundo es el advenimiento del espíritu constructivo. Y creo que acá estamos, analógicamente, frente al gran desafío que tuvo Lord Keynes, por ejemplo, luego de la Segunda Guerra Mundial: démonos a la tarea de reconstruir el mundo. Creo que aquí hay, también, una lección histórica imperecedera, porque en el choque tectónico de la Primera Guerra Mundial no hubo reconstrucción, y porque no la hubo fue que tuvimos

la noticia tan trágica del surgimiento de los totalitarismos. Pero en la Segunda Guerra Mundial —y me refiero siempre al plano de Occidente— sí hubo reconstrucción. Bretton Woods es una reconstrucción en la que Enrique Iglesias tuvo protagonismo a través de todas las ramificaciones que tuvo ese gigantesco esfuerzo internacional que significó la contribución intelectual de grandes figuras.

Carlos Slim

El Plan Marshall.

Natalio Botana

El Plan Marshall viene después. Cuando hablo de las grandes figuras me refiero a los primeros que intervinieron. Es, por ejemplo, el papel de Hans Kelsen, en la redacción de la Carta de las Naciones Unidas. Ahí vienen Marshall y demás.

Carlos Slim

Y el desarrollo de Europa.

Natalio Botana

Ese fue un momento de extraordinaria capacidad para recrear el mundo, para construir un nuevo mundo.

Precisamente, creo que es muy importante cómo hemos comenzado esta última meditación, con las palabras de Ricardo Lagos, porque lo que él está proponiendo es un nuevo horizonte de reconstrucción, ¡un nuevo horizonte de reconstrucción!

Yo veo, en la historia de Occidente, dos horizontes de reconstrucción posteriores a la Segunda Guerra Mundial. El primero —lo ha dicho Carlos Slim, que ha sido un eficaz apuntador de mis palabras— es la reconstrucción con Naciones Unidas, con el Plan Marshall, etcétera, etcétera. Y la segunda —no se imaginan lo que fue eso, aunque algo dije yo en el día de ayer— es la reconstrucción de Europa, a partir de la integración europea. Vale la pena que los jóvenes vuelvan a leer

las *Memorias* de Jean Monnet, el gran francés que llevó adelante esta producción, y no era un intelectual ni un político, sino un vendedor de coñac, un comerciante vendedor de coñac. Eso fue admirable, porque fue la reconstrucción a través de la deliberación y el consenso. Y permítanme decir, queridos españoles, que es gracias a esa reconstrucción que España reconstruye su democracia, incorporándose a ese gran proyecto.

Así que —y con esto termino— yo creo que lo que tenemos por delante en este momento es la tarea de reconstruir el mundo, pero reconstruirlo cuando la pandemia no ha terminado. ¡Claro!, la reconstrucción de la Segunda Guerra Mundial se realiza cuando termina la guerra, y acá tenemos que afrontar una reconstrucción cuando la pandemia no ha terminado. Y bueno, en eso estamos, creyendo además que la historia no solo es la historia de las consecuencias queridas, sino la historia de las consecuencias no queridas. Y pese a que en este momento vemos que en el mundo no parecen florecer con tanta energía como antaño los espíritus constructivos, yo creo que no hay que bajar los brazos; tengamos confianza en que esos espíritus constructivos en algún momento van a asomar su cabeza.

Eso es todo.

Julio María Sanguinetti

Natalio, me permito agregar que el fin de la Guerra Fría tuvo una enorme repercusión en Sudamérica; ¡enorme! Porque aquella dialéctica que nació luego de la Revolución cubana, con el sueño revolucionario, generó guerrillas, generó todo aquello y generó golpes de Estado. La Revolución cubana fue en 1959, y en 1964 fue el primer gran golpe militar en Brasil; luego vino todo lo que vino. Es bueno mirar esto en esa perspectiva, porque hoy no vemos a los ejércitos con el poder de arbitraje que tenían antes, asociados al Pentágono y a todo aquello; y no ha sido por nuestra sabiduría, sino por las circunstancias. Los episodios de cualquier país —los de Bolivia, los de Brasil, los de Argentina— en otro momento hubieran sido un golpe militar. Es más —y voy a decir algo espantoso— las dictaduras que tenemos no son dictaduras de militares. Ese es un factor muy importante.



Pero la sabiduría de la segunda posguerra mundial, de la que habla Natalio, es monumental, porque ahí se produce –y me pongo también en el tema militar– un gran homenaje a los generales norteamericanos de la época.

Natalio Botana

A Marshall y a Eisenhower.

Julio María Sanguinetti

Otro enorme triunfo de Occidente es la occidentalización de Japón, que se incorpora al mundo y ha sido un socio fiel de Occidente después de la destrucción espantosa.

Natalio Botana

Esa es la gloria de MacArthur.

Julio María Sanguinetti

MacArthur, en ese diálogo con el emperador –que muchos le criticaban porque, ¿cómo no había tirado abajo al emperador, sino al revés?!– logró algo notable, ¡notable!

El segundo es Marshall, con su gran Plan Marshall. Viendo que eso se iba al diablo, hizo lo que hizo. El general Marshall, jefe de Estado Mayor, pasa a estrategia político como secretario de Estado.

El tercero es Eisenhower, que no solo llevó adelante el desembarco de Normandía, sino que cuando llegó a los campos de exterminio dijo: “Preciso un millón de testigos porque esto, algún día, alguien lo va a negar”. Hizo desfilar a todos los prisioneros alemanes, hizo salir tres divisiones, paró a Patton que quería seguir adelante con los tanques; luego llega a la Presidencia y termina su mandato diciendo: “La amenaza de nuestra democracia es el complejo militar-industrial”.

¡Fíjense qué tres señores generales!

Fue un momento realmente estelar desde ese punto de vista.

Carlos Slim

¿Me permites?

Julio María Sanguinetti

Adelante.

Carlos Slim

En la sociedad agrícola, durante diez mil años hubo guerras y saqueos; diez mil años de guerras, de conquista, de no conquista, de saqueo, de defensa; las grandes conquistas de Alejandro, de Gengis Kan, etcétera. Como decía Natalio de manera muy original y con la sensibilidad que tiene, en esta transición de la nueva civilización ya no está planteándose esa tesitura.

Decía también Toffler, de manera muy notable, que la revolución americana es del norte industrial contra el sur agrícola, y gana el norte porque tiene más armamento, mejores formas, etcétera, etcétera. Son algunas de las razones de que gane el norte contra el sur. Sabrán ustedes que eso fue en el siglo XIX. La primera guerra, sin duda, tiene mucho de todo lo que había arrastrado lo que fue la belicosidad de la sociedad agrícola. En 1985 yo le decía a mi hijo que la belicosidad del ser humano que durante diez mil años estuvo en guerras o padeciéndolas, se había encauzado ahora al deporte, a los mercados y a la economía; la competencia en los mercados, la vehemencia en el deporte, de alguna forma es un poco la belicosidad que traíamos.

Pero la Segunda Guerra Mundial, en mi opinión, fue un error de Hitler, actuando con mente agrícola y recordando la Primera Guerra Mundial y sus huellas. Si en esta segunda, en lugar de ir a una guerra militar hubiera ido a una guerra económica, con el avance tecnológico y el desarrollo que tenía Alemania hubiera sido un gran triunfador, hubiera sido líder económico. En cambio, le dejó espacio a Estados Unidos. Alemania tenía todo, pero después de una gran crisis de inflación, del 30 % o 40 % a la semana, se enfrenta al

mundo porque pone una economía de guerra. Cuando hablo de guerra contra la pobreza, poner una economía de “guerra” –entre comillas–, me refiero a aquella en la que todo el mundo tiene empleo. Esas son las economías de guerra, que cambian la parte de la depresión.

Básicamente, diremos que en su momento ya debió haber sido una guerra económica, no una guerra militar. Y es lo que debe ser ahora: son guerras económicas, no militares.

Julio María Sanguinetti

Alberto, te damos la palabra.

Alberto Ruiz Gallardón

Gracias, presidente.

Me gustaría que esta última intervención se entendiese como una continuidad a las inquietudes que nos generaron en sus intervenciones de ayer el presidente González y el presidente Lagos con respecto a la digitalización. Y acabaré con una propuesta final.

Ayer, el presidente Núñez Feijóo se quejaba amargamente de que carecía de un marco legislativo adecuado para hacer frente a la pandemia, hablando concretamente de la situación de Galicia y de España. Y el presidente Lagos, en su intervención, hizo una serie de referencias a cómo se habían trasladado a espacios ajenos al control político, a plataformas privadas, no solamente muchos de los negocios jurídicos que habitualmente realizamos los ciudadanos, sino también el ejercicio de derechos fundamentales.

Quizás, como en esta nueva etapa de mi vida he abandonado la política y me dedico al Derecho, me gustaría introducir lo que a mi juicio es una necesidad, que va a ser urgente y que creo que va a abrir un debate, no solamente jurídico, sino también político, para los próximos años.

Durante las distintas transiciones que habéis definido en vuestras intervenciones se puede decir que,

aunque con adecuación de la legislación a cada momento, ha habido una constante, y es que los actos fundacionales, constitutivos, es decir, las Constituciones de las grandes naciones del mundo han permanecido vigentes. A pesar de las enmiendas que se hayan realizado en la de Estados Unidos o las modificaciones en la Ley Fundamental de Bonn o en cualquiera de nuestras Constituciones, las distintas revoluciones que se han producido no han afectado ese ejercicio de libertades y derechos fundamentales. Sin embargo, después de escuchar ayer, primero al presidente González y después al presidente Lagos, creo que hoy tenemos que decir que nuestro marco regulatorio es absolutamente insuficiente, ya que vivimos en una sociedad digital pero tenemos Constituciones analógicas. Y cuando hablo de Constituciones no me refiero solamente a nuestras Cartas Magnas, sino a la legislación de desarrollo. Eso es una carencia grave para los ciudadanos; eso significa –lo comentaba esta mañana con Carlos Magariños– que nos tenemos que enfrentar de una forma determinante a cómo establecemos un nuevo marco regulatorio. ¿Por qué? Porque el actual nos puede dejar en una situación de clara indefensión.

Felipe ayer se quejaba, o afirmaba que no hay contravalor en muchas de las prestaciones que en nuestra internación digital tenemos. Él decía muy bien: “Es que nosotros estamos dando nuestra información, estamos dando nuestros datos; ¿quién nos protege de eso?” Lo digo de otra forma: ¿quién, en su caso, patrimonializa eso, en el supuesto de que haya personas que estén dispuestas –no por una contribución gratuita, sino sencillamente como consecuencia de un interés económico– a poner sus datos a disposición de aquellos que, juntándolos con los del resto de los ciudadanos, pueden sacar grandes beneficios con la utilización de esos datos? Hoy, los derechos fundamentales, empezando por la información, pueden ser, no digo ya manipulados, sino sencillamente constreñidos por aquellos que gestionan las plataformas digitales, que pueden privarnos de ese derecho fundamental a la información, e incluso del derecho a la transparencia de las Administraciones públicas, que antes teníamos que ejercerlo a través de nuestro representante político –decirle a nuestro diputado, por ejemplo: “Pregunte usted por esto”–, y sin



embargo hoy podemos acceder directamente, en tiempo real, a la actividad que está realizando cada una de las distintas administraciones en todos los sentidos.

Lo hemos dicho aquí: el derecho de reunión, que antes consistía en pedir autorización para juntarnos unos cuantos, hoy lo sustituyen las distintas plataformas, pero al sustituirlo también lo condicionan.

Si hace unos años yo veía lesionado mi honor porque en una publicación se había difundido algo falso, una injuria o una calumnias sobre mí, yo tenía derecho, por la Constitución analógica, a acudir a un juez y pedirle una reparación de mi honor e incluso una rectificación, cuando no la retirada de la publicación donde se había producido esa agresión hacia mi persona. Hoy, en las redes sociales eso no funciona así. Hoy es la plataforma la que lo decide, y esa plataforma no ha convocado a un grupo de expertos para decir si retira o no un comentario injurioso; quien lo decide es un algoritmo. ¡Es un algoritmo el que decide si una frase que se ha introducido en la red es o no merecedora de ser retirada! Claro, la pregunta es ¿quién ha programado ese algoritmo y qué criterios –no solamente jurídicos, sino éticos– ha tenido para poder hacerlo?

En los negocios cotidianos esto es obvio. Antes, si había una discusión sobre una casa que yo le he comprado a Enrique Iglesias en Madrid –es solo una hipótesis–, era el notario que había presenciado el negocio jurídico quien dirimía cuál había sido la oferta y la demanda; por lo tanto, si había conflicto, era él quien tenía que establecer la verdad jurídica, porque para eso es un fedatario público. ¡Hoy no! Hoy es la plataforma que conserva el intercambio de correos electrónicos entre comprador y vendedor el único que puede, al final, ante un juzgado, acreditar el derecho, la razón, de una o de la otra parte.

Y, ¿qué podemos decir del derecho a la educación? La pandemia ha sido un acelerador de toda esta nueva realidad. La educación *online* no es solamente una oferta complementaria de la educación presencial; la educación *online* es hoy la única alternativa de sectores, probablemente vulnerables, deslocalizados de los grandes centros urbanos, o imposibilitados –por razones la-

borales– para dedicar un tiempo importante de su vida a la educación; si lo tienen que compatibilizar con su actividad económica, con su trabajo, esta es la única forma que tienen de acceder a la educación superior. Eso también está condicionado por las plataformas, como se ha dicho aquí.

Nuestra legislación no prevé esto; nuestra legislación no nos garantiza esto. Lo que yo antes podía conseguir en el mundo analógico, esa reparación de la lesión que se ha hecho de mis derechos, ese no cumplimiento de los mandatos constitucionales a la universalidad de la educación o de la sanidad, hoy no me lo garantizan, porque quien presta esos servicios ha quedado, directamente, fuera del control. Aquí es donde yo creo que se va a abrir un auténtico período constituyente a nivel global: por esta necesidad, esta precipitación en la que nos hemos dado cuenta de que el marco normativo con el que hemos convivido desde hace décadas –y en algunos países desde hace cientos de años– hoy se manifiesta como completamente insuficiente.

Sé, presidente, que no es labor del Círculo ser legisladores, pero me atrevo a decir que deberíamos de hacer alguna reflexión sobre las dos tendencias –cuyos extremos, como siempre ocurre, son extraordinariamente peligrosos– que en estos momentos se están planteando, fundamentalmente en el mundo anglosajón, inspirado por la tradición liberal, y en el mundo europeo, con un criterio más intervencionista. El mundo anglosajón –fundamentalmente el americano más que el británico– lo que sostiene es que este debe de seguir siendo un espacio ajeno a la regulación, un espacio privado, y por lo tanto, donde los poderes públicos no tienen que intervenir de ninguna de las maneras. Creo, con toda sinceridad, que esa postura máxima puede generar unos riesgos de indefensión para los ciudadanos. Pero hay unas corrientes intervencionistas igual de peligrosas dentro de la Unión Europea, que lo que dicen es que esto es un servicio público; me da igual que lo preste un operador privado, al ser un servicio público tiene que estar sometido estrictamente a la regulación que establezca el legislador, es decir, el criterio del poder político. Creo que esa postura maximalista también puede limitar de una forma muy importante el desarrollo de este nuevo espacio en el que, no solo nos

vamos a comunicar –ya lo estamos haciendo–, sino a interrelacionar los seres humanos durante las próximas décadas.

Traigo esta reflexión porque me quedé seriamente impresionado, por supuesto por todas las intervenciones, pero en este tema concreto con las inquietudes que tanto González como Lagos manifestaron, y creo que, en la línea de lo que ayer me atreví a proponer en el sentido de que el Círculo debe ser, no solamente un espacio de reflexión sino también proactivo de proposición, quizás una reflexión nuestra, trasladada después a los poderes públicos, a aquellos que tienen que tomar decisiones importantes –y esta decisión se va a tener que tomar en los próximos años en todos los países del mundo– puede ser extraordinariamente positivo. Si nosotros hemos tenido –porque disponemos de la experiencia, del tiempo y de la curiosidad intelectual– la capacidad de advertir un problema, un riesgo, una situación que no solamente constatamos que ha ocurrido, sino que puede sobrevenir en el futuro, creo que es nuestra obligación articular esa inquietud, proponer una solución y trasladársela a la sociedad civil, por supuesto, y a los poderes públicos.

Y termino por donde empecé: no podemos tener Constituciones analógicas en sociedades digitales. El actual marco normativo nos deja a los ciudadanos indefensos. Pero, ¡jojo al riesgo! No podemos, tampoco, dejar que se aproveche esta situación para que se produzca una nueva intervención condicionante de los poderes públicos que limite más la libertad de actuación de los ciudadanos.

Muchas gracias.

Julio María sanguinetti

Lo que pasa es que son empresas privadas pero de interés público; y el interés público es, nada menos, la influencia sobre las libertades generales de las sociedades.

Felipe, te escuchamos.

Felipe González

Bueno, no sé qué decir, porque me gustaría contestar a todos.

Julio María Sanguinetti

Exacto; ese es tu rol: contestarnos a todos.

Felipe González

Me gustaría hablar alguna cosa de carácter más general, pero acabo de oír a Alberto y quiero decir que desde el año 1996, en mi primera visita a Silicon Valley, encargado por la Internacional Socialista para una Comisión en la que estaba el señor presidente Lagos –que enseguida desapareció porque lo nombraron Ministro de Obras Públicas–, ya se discutía sobre la constitución de la sociedad de la red. Y no estamos hablando del derecho europeo; estamos hablando de la parte de humanidades de las grandes universidades americanas, ¡oiga! Como es natural, tenían razón: era esa conciencia de que entre la inteligencia analógica y la inteligencia digital –se reparte de manera muy desigual la inteligencia; pero, bueno– había un mundo, por emplear un lenguaje común.

Cuando un ingeniero crea un buen software de compraventa de cualquier producto, obviamente no lo está haciendo con la cabeza puesta en el derecho mercantil y en las consecuencias. Eso es como muy evidente. Entonces, se plantea el problema de cómo se codifica o constitucionaliza este nuevo mundo de relaciones entre los seres humanos, entre los seres humanos y las administraciones, etcétera, etcétera. Nació allí –como tantas cosas que después he discutido con mucha gente– esto de que quieren ofrecerte un Silicon Valley en cualquier sitio, y he repetido muchas veces a los responsables políticos que Silicon Valley no es un lugar, es una cultura; por tanto, no se inventen un espacio donde va a haber no sé cuántos beneficios, si no tiene los otros elementos.

Pero no quería ir por ahí. Y quiero responder, también, a Natalio.



La Segunda Guerra Mundial –obviamente, el equilibrio del terror– mantuvo seguros, tranquilos, a los elementos de centralidad de esa bipolarización del mundo, pero las zonas de rozamiento sufrieron todo lo que había que sufrir. Si no, que pregunten a Suramérica a ver qué pasaba, o a la zona del canal, etcétera, ¿no? ¿Cuántas dictaduras militares nos regalaron la Guerra Fría y las zonas de rozamiento? ¿Cuánto duró la dictadura española en función de su posicionamiento dentro de la Guerra Fría? Con todos los perdones habituales.

Obviamente, ya me estoy desviando en temas que me interesan muchísimo, que darían lugar a un debate. Pero hoy lo que quiero agradecer es que el Círculo de Montevideo nos convoque a hablar de *El mundo en pandemia*, porque llevo todo el año 2021, que ya estamos acabando, participando en foros de distinta naturaleza –unos pocos de carácter universitario, con rectores, lo que me interesa mucho porque intento saber cuánto puede aportar la universidad a la situación en la que estamos– y en todos me proponen que hablemos del mundo pospandemia. Vamos a ver: es una fuga hacia adelante respecto de algo en lo que, pese al avance científico espectacular –que es la gran novedad respecto de lo que definía en alguna ocasión, y eso limita mucho la crítica que hacemos a los políticos en activo–, la única certidumbre es la incertidumbre. Los responsables políticos son proveedores de certidumbre, pero no porque las tengan. Digamos –sobre todo para los creyentes como Enrique Iglesias–: ¡Dios nos libre de los políticos que tengan certidumbres!, porque son creyentes en no sé qué cosa; diría que son negociacionistas. ¡No! Yo no me refiero a esos; me refiero a los políticos que cumplen con su función, que es dudar –como es razonable en un mundo tan incierto como el que ha planteado el desafío de la pandemia–, pero no se levantan de su almohada para trasladar esa duda al ciudadano, porque así no cumplen con su función. Si tienes que trasladar certidumbre, parte del traslado de dar certidumbre es intentar poner en marcha servicios que sean preventivos, de tratamiento o de vacunación de la población ante la aparición de enemigos invisibles. Pero realmente es difícil.

Yo he vivido épocas apasionantes –ya sabéis lo que decía Confucio: “¡Dios nos libre de las épocas apasio-

nantes! Mejor las épocas normales”–, como la caída del Muro de Berlín y todo un laberinto extraordinario del que me acordaba el otro día, como una visita que hice a Václav Havel y a Dubcek. Dubcek como eslovaco, presidente del Parlamento checoslovaco –porque todavía no se habían divorciado–, y Václav Havel como checo, presidente de la república, gran intelectual, gran sufridor.

Decía: “Yo no quiero olvidar; pero no quiero relacionarme con los demás, incluso con los que nos castigaron, desde el rencor”. O sea, “no quiero olvidar, pero tampoco quiero vivir del rencor”. Eso lo expresaba Dubcek diciendo: “Yo soy presidente de un Parlamento que está debatiendo una ley de responsabilidades. Y bueno, hemos entrado en la dinámica típica de las subastas parlamentarias, y aquí, los que no hicieron absolutamente nada para acabar con el régimen comunista –incluso algunos estaban en la complicidad– ahora se han vuelto los más exigentes de todos”.

Y uno de los elementos de la depuración de las responsabilidades era la temporalidad. ¿Hasta dónde llevar la exigencia de responsabilidades? ¡En ese momento se estaba discutiendo!, y yo estaba hablando con el presidente del Parlamento, el del “socialismo con rostro humano” y toda esa historia; un personaje notable. Pero, ¡claro!, los más aguerridos decían: “¡Desde el comienzo del régimen!”, lo cual incluía, obviamente, a Dubcek, que estaba presidiendo un Gobierno comunista cuando los tanques soviéticos, en la Primavera de Praga, le pasaron por encima y lo pusieron a deshollar chimeneas. Él también estaba en la ley de depuración de responsabilidades; no había que dejar títere con cabeza.

Bueno, vuelvo a la reflexión que quería desarrollar, al elemento sustancial –y por eso lo agradezco–: *en pandemia*. Vamos a ver; a mí me vacunan todos los años de la gripe...

Julio María Sanguinetti

Te voy a interrumpir un segundo.

Cuando pusimos el título, expresamente eludí lo de *pospandemia*.

Felipe González

¡No sabes cuánto lo agradezco!

Julio María Sanguinetti

Mi duda fue si ponerle *El mundo en pandemia* o *El mundo en endemia*, es decir, la permanencia del tema.

Ricardo Lagos

En pandemia se entiende mejor.

Felipe González

Para que vean que no quiero dramatizarlo, voy a decir que la pandemia ha tenido unos efectos de letalidad importantes pero, en definitiva, en términos relativos, esa letalidad es muy inferior a la de pandemias anteriores que ha vivido la humanidad. Es dolorosísimo, porque todos nosotros hemos perdido a conciudadanos, a gente cercana que queremos, a familiares; todos hemos pagado un precio por esto. Pero la letalidad no define la importancia de esta pandemia.

Como decía, yo me vacuno todos los años de la gripe. ¿Es la misma vacuna? No; cada año es distinta porque parece que la gripe va mutando. Y cada cuatro o cinco años –porque yo tengo la edad que tengo, pero no voy a presumir de ella porque aquí los hay ilustremente mayores que yo– me dan otra vacuna que es contra la neumonía de no sé qué. Por tanto, uno pasa cada año por el experimento de que lo vacunen. ¿Es posible que terminemos con esa situación y que cada año nos tengan que hacer una vacuna? Es posible. ¿Es probable? Incluso es probable. O tal vez esto se vaya como vino, o se acabe en algún momento pero aparezca otro, y por lo tanto tendremos que acostumbrarnos a convivir con estos nuevos habitantes del planeta que tienen tantos efectos.

Entonces, vamos a ver: si la única certidumbre en la que vivimos desde hace dos años es la incertidumbre, ¡la tarea de ser político en estas sociedades manda bemoles, eh! Los que tienen que proveer a los ciudadanos de certidumbre –sin ser unos negacionistas de

Cáceres, que la certidumbre que dan es decir que es mentira–, algunos dicen: “esta es una enfermedad de blanquitos”, o “esta es una enfermedad de coloraditos”. Los que niegan, los negacionistas puros, no proveen certidumbre, lo que proveen son afirmaciones catastróficas. La simplificación típica de los populismos: respuestas simples a problemas complejos. Eso no elimina la complejidad del problema. Por tanto, como no la elimina, la respuesta simple no es la solución. Y como no es la solución, tienes que buscar a un culpable, que no es el que da la respuesta simple, sino que tiene que ser un enemigo que tú señalas, depende del color de la bandera que levantes: para unos el enemigo será el comunismo, otros dirán que es el fascismo. Un espantoso lío, a veces, incluso, en términos históricos.

Por tanto, ¡gracias por recordarnos que estamos en pandemia!, con sus consecuencias. Y gracias por permitirme decir qué es lo que no se entiende de la palabra pandemia, ¡porque algo no se entiende! Lo que tratamos de hacer en Europa es un esfuerzo colectivo muy importante, que primero empezó siendo nacional, en cada sitio.

Cuando hay una situación, una amenaza como esta, la gente, ¿a quién mira? No mira al maestro armero, sino a quien está gobernando al país, que a lo mejor acaba de llegar o lleva dos años gobernando, o tres –los que sea–, y tiene un programa; pero ese programa no vale nada frente a una situación en que cambian todos los parámetros. Él tiene que buscar respuestas que generen certidumbre, cuando los propios gobernantes saben que no pueden ofrecer certidumbres. ¡Pero tampoco puede trasladar incertidumbres que inquieten más a la población!

Cuando empecé a gobernar, que tenía 40 años, decían una y otra vez –lo he vivido con Helmut Kohl, con Mitterrand, con Thatcher–: “¡Líderes, los de antes!”, Adenauer, etcétera. Generación tras generación vivimos eso. Es verdad que hay una crisis política y una crisis de representación y de liderazgos. ¡Sí! La hay en términos generales. Para la gente, que es muy valiosa, la política deja de tener el atractivo del servicio público, porque este está contaminado de una sospecha de culpabilidad –bastantes motivos hay para creerlo–; no



se sabe sobre qué será la culpabilidad, pero ya se demostrará. “Usted es culpable; si se dedica a la política es culpable”. ¿De qué? “Bueno, eso ya lo veremos; pero culpable es. ¡Venga!, no presuma aquí de inocente”. Por tanto, hay una especie de este sentimiento.

Y el segundo efecto, que es lógico, es que si acudes a alguien que te proteja, que te defienda de lo que está ocurriendo, implícitamente le estás otorgando poderes extraordinarios que no le darías en una situación en la que la incertidumbre no te esté amenazando. Por tanto, eso ha alterado el normal funcionamiento del Estado de derecho, tanto en democracias parlamentarias como en democracias presidencialistas.

Lo describo tal como ocurre, de manera natural. Y las diferencias curiosas no son diferencias. La primera reacción fue proteger cada uno su cortijo, su nación. La segunda reacción europea fue decir: “vamos a hacerlo entre todos”. La tercera reacción —esta es más cursi, porque se la creen menos— fue “vamos a ser solidarios”. Sí, sean solidarios; pero si no alcanzan a ser solidarios, sean egoístas inteligentes, porque mientras que no vacunen a África no hay ninguna posibilidad de que Europa acabe con la pandemia. ¡Es mentira! Es mentira. Lo mismo que, mientras que no vacunen a la gente de las villas miseria, es imposible que cualquier sociedad esté a salvo, aunque se autoprotejan porque tengan más medios, por mantener distancia, o por lavarse las manos no sé cuántas veces. ¡A mí me salían pellejos ya de lavarme las manos! También tiene sus límites estar todo el día lavándose las manos con esos jabones horribles.

Bueno, en todo caso, ¡por favor! —y con esto llego a lo que decía Lagos, que es como empezamos—, por lo menos hagamos un ejercicio de egoísmo inteligente: organicemos esto a nivel internacional, de tal manera que sepamos que una pandemia es una pandemia, como su propio nombre indica. ¡Parece una chorrada! Pero es que no estamos tratando la pandemia como pandemia; la estamos tratando como un problema de protección nacional o de protección de espacios públicos compartidos, como Europa. ¡Es que no va de eso! Lo siento mucho.

¿Ahora qué pasa? Que a los sudafricanos no los van a dejar bajar de los aviones en Berlín o en no sé dónde. Bueno, pero ya está; lo que haya ahí, que todavía no lo sabemos muy bien, ya está. ¿Y los efectos de esto desde el punto de vista de aquello que llamaba la atención desde ayer? ¡Atención, atención! Preservemos un buen funcionamiento del Estado de derecho, de la división de poderes, de la protección de los derechos humanos, etcétera; los fundamentos de la convivencia en democracia. Yo en eso soy bastante churchilliano. No es un sistema fantástico la democracia; es el peor de los sistemas si excluimos a todos los demás, que son simplemente horribles. Por tanto, vivimos en democracia, pero en democracia como un sistema, no como ideología. Es que la democracia no es una ideología, ¡por favor! Es una manera de organizar la convivencia en paz y en libertad, y de tener la capacidad...

Me recuerda de vez en cuando Natalio que no te garantiza el buen Gobierno, salvo a largo plazo. ¿Por qué te garantiza el buen Gobierno a largo plazo? Porque a ningún gobernante le gusta que lo echen, a ellos o a sus partidos. Y bueno, mejoran las prestaciones si saben que el pueblo tiene la posibilidad de echarlo en la siguiente elección. Por tanto, lo que te garantiza es que echas al que no te gusta.

Me complace la resiliencia que está mostrando una parte de América Latina. La pérdida de resiliencia la vemos en países —y es bien llamativo que siempre cite-mos a los mismos— como Venezuela, Cuba, Nicaragua y, si quieren, añadan a El Salvador; lo que sea, me da lo mismo. La resiliencia es interesante, pero más interesante es el análisis de que nos hemos liberado de los golpes militares.

Tuve en Buenos Aires una reunión muy larga, y decíamos: “Bueno, por lo menos, amenazas de golpes militares, no”. Cosa que en Argentina estaba bien puesta. Hice una broma, pero una broma que ahora, si veo cómo son los escenarios en los que se presentan los líderes políticos, cobra sentido. Dije: “¿No será que ni los militares tienen interés en hacerse cargo de este lío?” Cabe la posibilidad. Todos me decían: “Bueno, pero, ¡maestro!” Bueno, atención: no solo es que no tengan interés en hacerse cargo del lío, es que cuando

algún presidente está en apuros, en casi cualquiera de los países –no siendo un Gobierno que tenga, como ya lo tienen algunos, protagonismo cívico-militar–, para reforzar su autoridad en conocimiento de que no la tiene, aparece rodeado del Estado Mayor de la Defensa. ¡Así se dirige a la nación! En las sucesivas crisis peruanas eso ha sido relativamente frecuente, pero cuando los acontecimientos previos a esta pandemia, en el año 2019...

Ricardo Lagos

En las crisis previas a esta pandemia sabíamos a dónde ir. Mire usted: la primera crisis de este siglo, ¿cuál fue? El ataque a las Torres Gemelas, ¿no? Y cuando se produce el ataque a las Torres Gemelas, ¿a dónde nos vamos? “Ah, amenaza a la paz del mundo!” Y, ¿qué dice la Carta de Naciones Unidas? “Consejo de Seguridad”. Y nadie discutió que había que discutir en el Consejo de Seguridad. ¿Estamos de acuerdo en eso?

Felipe González

Absolutamente, sí.

Ricardo Lagos

Ahí se discutía; ahí se decía esto y lo otro, y ¡ya!

Llegó la segunda crisis, la de 2008, y fue el propio señor Bush quien dijo: “¡Esta crisis económica está muy grande! El G7 no es capaz de hacerlo. Vamos a tener que llamar un G más grande, que existe, el de los ministros de Hacienda, que es el G20”. ¿No es así? Entonces se llama al G20. ¿Quién es el G20? Oiga: está China, está la India. Oiga: en el G20 hay tres de América Latina, ¡nada Menos!

Felipe González

Por ahí iba.

Ricardo Lagos

Está Brasil, México, Argentina. Bueno; entonces, ya dejamos de discutir.

¿Qué solución tenemos ante esta tremenda crisis? Nos fuimos para el G20. O sea, no hubo capacidad del ser humano de entender dónde discutir esta crisis. Pues, señor, llegó una crisis muy superior a las Torres Gemelas, muy superior a la crisis económica de 2008, que es esta, la pandemia, y aquí, hasta el día de hoy no hay dónde discutirla. ¿Han visto fracaso más grande en el mundo?

Felipe González

¿Discutirla? Debatirla para ver, entre todos, qué se hace.

Ricardo Lagos

Y ese mundo fracasa cuando el señor Trump dice que la Organización Mundial de la Salud vale cero. Él dijo eso y nos quedamos sin dónde discutir. Lo lógico hubiera sido decir: “Veamos qué cosas tenemos que hacer dentro de la Organización Mundial de la Salud”. Pero el número uno dijo: “Al diablo con eso porque no me convence”, y aquí estamos por eso.

Felipe González

Y no solo por eso...

Ricardo Lagos

¿Qué vamos a crear para discutir esta crisis, que sabemos que no va a ser tan rápida como las dos anteriores?

Felipe González

Y no solo por eso, Ricardo. La Organización...

Ricardo Lagos

Por eso comencé diciendo: “Establezcamos algún mecanismo para poder tener una discusión de las pandemias actuales y futuras” porque, aparentemente, con este bichito tan chico vamos a tener que seguir conviviendo por varias generaciones más. Ese creo que es de los temas más cruciales que tenemos por delante.



Felipe González

De lo que nos quejamos con respecto a la Organización Mundial de la Salud, aparte de alguno de los episodios conocidos, es de que dos meses después de que estábamos seguros científicamente de que había un hecho de esa magnitud –dos meses después, reitero– la Organización Mundial de la Salud dice: “Hay un hecho que tiene esta magnitud”.

–Y ha vuelto a pasar, una y otra vez.

Pero, bueno, es difícil porque están apretados por todos lados y por los márgenes de maniobra, etcétera.

En fin, yo empecé diciendo: gracias porque nos hagáis hablar del mundo en pandemia, que no excluye sino que incluye las consecuencias sociales y económicas de la pandemia, pero también las consecuencias desde el punto de vista del funcionamiento del Estado de derecho, del crecimiento de actitudes autoritarias, cuando no caudillistas, pero digamos simplemente autoritarias: “Si el Parlamento no funciona, voy a hacer una ley específica por esta situación pandémica” –o una decisión específica, lo que sea–, “y de paso voy a cambiar veinte leyes que no me gustan”.

Carlos Slim

De paso, cañazo.

Felipe González

¡Claro!

Tenemos una lista que hemos elaborado, de a cuántos niveles corresponden.

Todo el mundo sabe que España es un país muy descentralizado –¡mucho!–, federal; en algunos casos hay quien quiere que sea confederal y en otros el paso siguiente a confederal, que ya ni sé cuál es. Es muy descentralizado. Pero olvídense: si alguien quiere responsabilizar a alguien, siempre tiene que responsabilizar al Gobierno central. Eso no tiene arreglo. Es así en todos los países del mundo. Recuerdo algunas discusiones de

esa naturaleza en México: yo decía que eso era competencia de las Policías estatales, y me respondían que la gente siente los secuestros como una responsabilidad del Estado.

No sé, Slim, si recuerdas algunas de esas discusiones con Fox, porque tú estuviste en algunas. Él respondía: “¡Olvídense!” La gente dice: “Mire, maestro armero, sepa usted que aquí está pasando esto”.

En todos los niveles de la Administración ha habido una alteración legislativa, a tal punto que yo propuse –no ha tenido ningún eco, y a lo mejor hasta lo tengo que agradecer– que hicieran un acuerdo entre todos y que lo que se había cambiado legislativamente en una época de emergencia, como la época de la pandemia del COVID-19 y no sé cuánto, se revisara cuando acabara la pandemia –si veíamos que se podía dar por finalizada–, para ver qué era lo que tenía carácter o valor suficiente para ser permanente y qué era lo que había que eliminar porque se había colado con la pandemia.

Por tanto, yo agradezco seriamente esto. Y lo que sí agradezco es que en la parte segunda de esta discusión se hable de las consecuencias sociales y económicas de la pandemia. ¡Y no son las mismas! Depende de los lugares.

España es un país relativamente pequeño –alguna vez se ha abierto–, pero ni tan pequeño como para que no lo tengan en cuenta, ni tan grande como para que saque pecho imperial. Nadie se siente amenazado por España, pero tampoco se sienten en condiciones de decir: “No lo tenemos en cuenta”. Tiene su peso de potencia media. Pero dentro de España, país pequeño y muy diverso, hay situaciones completamente diferentes en cuanto a la evolución de este virus. ¡Completamente diferentes! Y probablemente en las regiones o autonomías con mayores gastos en servicios de salud, etcétera, nos encontramos con sorpresas de que la incidencia es mucho mayor que en otras áreas. Por tanto, no hay manera.

Lo mismo con Corea del Sur, que todos la admirábamos hace un año, en este momento está en una situa-

ción de enorme emergencia porque una de las órdenes religiosas —la que sea— ha decidido que la imposición de manos a los fieles es mucho más eficaz que cualquier vacuna, que las niega. Entonces, han pasado cientos de miles de personas a las que les han puesto las manos —no sé si se las han metido en la boca— y ha habido una explosión pandémica tremenda.

Ha habido —en algunos casos voluntario— un incremento del poder del Estado, de las autoridades políticas, por reclamación de la ciudadanía: “¿Quién me ampara en esta situación?” No digo que a alguno no le guste; a alguno le da mucha satisfacción, pero no a todos. Hay mucha gente que quiere que el equilibrio entre poderes se mantenga, que haya contención.

Hay un fenómeno bastante curioso —que la pandemia aceleró pero es pre-pandémico—, que entre los análisis que oigo sobre China —ahora que hemos hablado tantas veces de eso— no se analiza: ha habido una mutación extraordinaria con la llegada al poder de Xi Jinping. ¿Por qué? Por el sistema de Deng Xiaoping de compensación de poderes, de acceso meritocrático al poder y de limitación del tiempo del poder a diez años. ¿Por qué? ¡Hombre! La limitación del tiempo —eso que pasaba con la presidencia mexicana del PRI—, la limitación temporal no le quita el carácter imperial al mandato, pero limita —como diría Erasmus— el margen de arbitrariedad de quien ejerce el poder de manera imperial porque sabe que va a salir, y todo el que sale del poder sabe que le van a ajustar cuentas de lo que va mal y no le van a agradecer lo que va bien. ¡Esto es evidente! Por tanto, se tienen que cuidar. Eso ha desaparecido como limitante del poder. ¿Qué consecuencias va a tener? No lo sabemos. ¡No lo sabemos! Por eso ha desaparecido Deng Xiaoping y ha reaparecido Mao como figura; el poder vitalicio.

¿Eso va a tener consecuencias en las relaciones globales? ¡Sin duda alguna!

Así que, veamos, digo nuevamente que el problema de la gestión democrática de situaciones tan inciertas en las que lo único cierto es la incertidumbre —como decía antes— es un problema de eficiencia; de eficiencia de tanteo.

Lo que yo echo más de menos —“más de menos” parece un juego de palabras, y lo es— en la política actual, es que me definan proyectos de país en un horizonte temporal de cinco o de diez años. No quiero que sea en un horizonte temporal chino, no quiero que me digan cuál es el proyecto de país para 2050 porque nadie se lo cree cuando estamos en la mentalidad de lo “inmediático” occidental; para eso hay que ser chino. Pero, por lo menos, que me digan: “¿Usted qué quiere que sea su país dentro de diez años?”. Y después, que sean capaces de explicar por qué la incidencia de esta crisis es desigual en función de un factor curioso. La incidencia ha sido muy fuerte, pero los países que dependen más de la movilidad de los seres humanos en el territorio del planeta están —si dependen más de eso— mucho más afectados por la crisis.

¿Por qué a España le afecta la crisis diferencialmente más que a otro país, me da igual cuál? Porque a España llegan setenta y ocho u ochenta millones de turistas, frente a una población de cuarenta y cinco. Entonces, ¡a echarle mano!

Cuando el operador decide no hacer el aeropuerto de México, el virus le da la razón porque el aeropuerto que había ya era más que suficiente; estuvo vacío durante un año.

Carlos Slim

Por efecto de la pandemia.

Felipe González

La pandemia le hizo el gran favor de demostrar que había aeropuerto de sobra, por lo menos durante la pandemia.

El San Pablo, en cambio, cuando terminó de hacerse —con veinte años de retraso respecto del proyecto— ya era manifiestamente insuficiente para lo que tenía que tener.

Por tanto, hay elementos diferenciales en cada país.



Estamos en la otra pandemia, la permanente, la silenciosa, la inexorable, como queráis llamarla, la del cambio climático. Y echo de menos –y quiero terminar con esto y no extenderme más–, como elemento fundamental, que a mí me vacunan todos los años de la gripe, y llevo tres vacunas ya contra el COVID-19 –¡tres!– y estoy seguro de que dentro de unos meses me van a llamar para pincharme otra vez. Estoy absolutamente seguro y, además, completamente dispuesto. ¿Qué más da que te pongan una que treinta y una?

Apelo al egoísmo inteligente y organizado, porque si se trata de una pandemia quiere decir que todo el mundo la sufre y todo el mundo amenaza al resto cuando no se trata o no se vacuna. No quiero que sea usted extraordinariamente solidario; lo que quiero es que sea inteligente, porque la movilidad no la va a cortar y solo la inteligencia le permitirá pensar que si se controla la pandemia, si algún día la damos por acabada, será porque el mundo la dé por acabada, ya sea por extinción de este bichito o por actuación eficiente –o por una mezcla de ambos– de la ciencia. El avance científico ha sido tan espectacular –los negacionistas son negacionistas con la ciencia y con todo– que el salto de credibilidad de la ciencia para la ciudadanía es enormemente importante. Hay mucha gente razonable –y “razonable” quiere decir, si son buenos científicos, que te lo explican sabiendo que no es una ciencia exacta, que es experimental, que se avanza– que te traslada una cierta seguridad cuando hay consenso.

Estamos recibiendo al presidente Núñez Feijóo, y mis últimas palabras son para agradecerle que nos haya organizado muy bien esto.

–A mí me escribieron un mensaje antes de ayer en el que me decían: “Oye, ¿la reunión es en Santiago de Chile” –porque había aparecido el nombre de Ricardo Lagos– “o en el otro Santiago?” “No, no; el Santiago al que se llega mediante el camino”.

El Camino de Santiago nunca exigió pasaporte hasta el siglo XX; la gente solo venía, porque eso del pasaporte era un cuento del alfajor. Y después, volvimos a superar eso de necesitar pasaporte con el Tratado de Schengen, por el que la gente circulaba por la frontera sin el pasaporte.

Carlos Slim

¿Cómo sería eso?

Felipe González

Eso es la libertad de movimiento de los ciudadanos de Europa –hay días que la pierden y algunas veces se la limitan–, que puede bajar en bicicleta una parejita desde Dinamarca y va pasando fronteras porque no hay ninguna frontera para ellos; y así siguen hasta que se encuentran con el límite sur de España y, si quieren pasar a la otra parte del Mediterráneo, ahí ya necesitan pasaporte e identificación.

Por tanto, como decía, el Camino de Santiago es la demostración de que los pasaportes son una novedad histórica relativamente reciente, que además la supe-ramos en los acuerdos de libre circulación en Europa.

Natalio Botana

En la Primera Guerra Mundial el pasaporte no estaba muy difundido.

Felipe González

No, claro. La gente no se molestaba en eso.

Estoy hablando del camino que llega al Santiago de aquí, porque el que llega a Santiago de Chile es un poco más largo y un poco más complicado.

¡Gracias por lo que has hecho, presidente! Yo estaba terminando, o sea que te has perdido la locura que acabo de decir, lo cual te viene muy bien para que no se te enrede mucho la cabeza.

Veamos. Esto es una pandemia, y pregunto una y otra vez: ¿qué no han entendido de la palabra “pandemia”? Si es diferente de “epidemia”, ¿qué no han entendido? ¿El carácter mundial de esta enfermedad? Porque si lo han entendido y quieren ser consecuentes y liderar, lo que dice Ricardo Lagos es razonable: “Vayan rápidamente a hacer un tratado que nos obligue a cooperar, ¡porque se va a repetir!”. Vamos a ver: yo

no estoy en contra de la competitividad, de la competencia en la búsqueda de respuestas a estos desafíos, pero en algunos casos, como en este, lo más eficaz es una competitividad cooperativa, en la que la gente sea capaz de trasladar el conocimiento que tiene, para que el interlocutor diga: “Cayeron en la cuenta de algo que a mí se me escapó; sin embargo, yo te doy algo que a ti se te había escapado y que te aporta una solución”. Por tanto, competir cooperando va a ser la única solución para desafíos globales como estos que tenemos por delante.

Y ¡perdón!, ya me excuso porque estamos terminando pero me hubiera gustado contestarle al optimismo de Carlos Slim, que es un optimismo real, porque Carlos es un optimista real. Yo siempre hago la broma de que un pesimista es un optimista bien informado...

Carlos Slim

El pesimismo te lleva a la mediocridad.

Felipe González

Bueno, ¡a la melancolía, por lo menos!

Carlos Slim

Se combinan o son iguales.

Felipe González

Es ese juego de palabras que siempre hacemos unos con otros, pero creo que el mundo es mejor de lo que era hace cincuenta años y de lo que era hace cien.

Julio María Sanguinetti

Quiero agradecer a todos estas reflexiones, esta tormenta de ideas, de pensamientos, de preocupaciones que aquí nos dejan, de diverso tipo, de diversa naturaleza. Con las de la pandemia sabríamos adónde ir; no sé si es posible, pero lo sabríamos. Y más o menos lo sabemos, porque en general se trata de generar una institucionalidad —como bien se ha explicado acá—, o for-

talear la que existe. Es un poco más complicado lo que planteó Alberto, porque las famosas plataformas son más difíciles de embridar. Más allá de los disparates de Trump, si censuraran al presidente de Estados Unidos y dijeran “lo cancelamos”, bueno, como poder, podrían mañana cancelarte a ti. Trump sí nos divirtió un poco, pero no fue de las cosas más tremendas que pasaron en los últimos años en el terreno de las libertades.

No me quiero extender en nada de esto. Todos ustedes han hablado magníficamente y a todos agradezco. Al presidente Núñez Feijóo no solo por su organización, sino por su amistad y por su hospitalidad, que no es rara, porque ¡los gallegos son hospitalarios!, ¡los gallegos son acogedores! Nuestros países son países gallegos. En el Río de la Plata somos gallegos y xeneizes, como Boca Juniors, y ligures. Es una mezcla, pero es así, porque los españoles que llegaron eran soldados. Estoy hablando de mi país, que era solamente un enclave militar fronterizo entre los dos imperios, y por eso mismo cambiamos tantas veces de soberanía. La ciudad de Colonia del Sacramento, que está frente a Buenos Aires, la fundaron los portugueses para molestar a España con Buenos Aires; luego cambió seis veces de mano. Si hay colonia portuguesa y española, es tal. Y nuestra república, también.

Pero reitero que quienes llegaron eran soldados, y los soldados eran extremeños, andaluces, vascos —el fundador de nuestro Montevideo fue un vasco, Zabala—; catalanes no venían entonces, vinieron mucho más tarde. Pero cuando llega el siglo XIX, más precisamente a fines de siglo, es cuando vienen los gallegos y transforman nuestras sociedades, y el Río de la Plata en modo absoluto, ¡absoluto! Después tenemos a los asturianos, que son la sucursal de Galicia. Enrique se ofende cuando yo le digo: “¿Qué asturiano? ¡Gallego! ¡Dejate de historias!”.

Solo nos resta agradecer al presidente por todo esto, agradecer a los amigos, y decirles que los vamos a seguir convocando para hablar, porque ¡ahora sí que no nos va a parar más ninguna pandemia!

10 - Clausura.

Alberto Núñez Feijóo

Muchas gracias, de verdad muchísimas gracias a todos ustedes, muchas gracias presidentes.

La verdad es que hablar después de los que saben no suele ser algo muy prudente, pero como este foro es muy institucional y soy el presidente de Galicia, me toca clausurar de forma institucional el foro.

Quiero agradecer –porque creo que no hay otra palabra para finalizar este foro, pero es más que agradecer–, en primer lugar, a todos los asistentes, a todas las personas que se han desplazado hasta aquí desde lugares muy recónditos, desde Chile, desde Uruguay o desde México y, por supuesto, también a los que se han desplazado desde distintos puntos de España; quiero agradecerles su presencia. También quiero agradecer a todas las personas que nos han seguido en directo, porque esto ha sido un acto global, un acto que ha podido tener contacto con cualquier persona, de cualquier lugar del mundo, en cualquier instante.

Quiero agradecer, en segundo lugar, a los artífices del foro, es decir, a los ponentes, por haber ilustrado y por haber compartido con nosotros sus experiencias vitales y la lectura que hacen del momento político, social y económico que estamos viviendo en Europa, en América y, por extensión, en el mundo.

Quiero agradecer, también, al equipo del Círculo, por haber retornado a Santiago, por habernos elegido para celebrar las bodas de plata del Círculo, y por que hayamos podido estar aquí un día y medio, casi dos, compartiendo, reflexionando, hablando, sosegando el debate y aportando ideas.

Estamos, efectivamente, en un año santo especial. Roma ha considerado, a pesar de que nunca lo había hecho, que la pandemia provocaba una excepcionalidad en estos centenares de años del Año Santo Compostelano, y nos ha otorgado este bianual año Xacobeo.

Peregrinamos, peregrinamos a Santiago; Santiago es sinónimo de peregrinación y de camino. Peregrinar por el camino de la democracia siempre es un buen peregrinaje; pero como todo peregrino, debemos hacer altos en el camino para tener una idea, para saber dónde estamos, para ver el camino que hemos recorrido, para otear el horizonte de los caminos que nos quedan



por recorrer. En definitiva, es la peregrinación de la democracia. Y este alto en el camino lo ha hecho el Círculo, el círculo de personas, de personajes que forman parte de la historia de nuestros países, personajes que siguen teniendo mucho que decir. Lamentablemente, bastante poco caso les hacemos a los que saben. Pero, en fin, esto es una cuestión que probablemente finalice con la pandemia; al menos, así me gustaría.

Europa se hizo peregrinando a Compostela. Santiago es una de las capitales del viejo continente, pero Santiago es una capital cultural, y lo es porque por aquí han cruzado, se han reunido, han llegado al punto de encuentro pueblos, lenguas, costumbres, naciones, Estados, países, ideologías, en esa plaza hecha por canteros gallegos, en esa Plaza del Obradoiro, hecha por personas que sabían esculpir el granito, por personas que han hecho, probablemente, el monumento más impactante de la cristiandad, que es el *Pórtico de la Gloria*, esculpido en granito (que no en mármol, sino en granito). Probablemente estemos, insisto, en una de las grandes capitales culturales de Occidente.

Es, además, una capital espiritual, no solamente por el hecho religioso que se da cita para los católicos, sino también por los valores, los valores que inspiran el camino: la solidaridad, la cohesión, la concordia, la tolerancia. Por eso es una capital espiritual.

Y desde hoy, Santiago también es una capital iberoamericana gracias a ustedes, gracias a este debate sereno, gracias a la reflexión calmada, gracias a este tono constructivo en la búsqueda de soluciones útiles, gracias a esta reflexión calmada frente al histrionismo que invade las instituciones, las instituciones europeas, las instituciones españolas, las instituciones de buena parte de los países iberoamericanos. En definitiva, yo creo que ustedes han conseguido mantener al margen este histrionismo e instalarse en la inteligencia y la serenidad del debate, y en la reflexión calmada, que trae cauce, siempre, a los buenos debates.

Tras la reflexión que vemos de lejos, creo que hemos observado los innegables achaques del sistema democrático, pero también hemos comprobado que esos innegables achaques no son letales, no son definitivos.

Si establecemos un paralelismo entre la reacción de los países por la crisis financiera del año 2008 y el crac del 29, podemos comprobar que el mundo occidental, las democracias, han salido mucho mejor ahora que lo que ocurrió cuando el crac de 1929. La convulsión social, las fricciones entre los Estados de la época, la guerra mundial, se han evitado, y la situación financiera de crac del 2008 no ha conllevado ninguno de estos pesares; los países y sus dirigentes han aprendido del pasado, probablemente no con la intensidad que nos gustaría, pero también hemos de reconocer que no se han cometido los mismos errores. A pesar de las mareas populistas, las democracias han resistido.

Otro tanto cabe decir de las pandemias.

No sé lo que ha dicho el presidente González, pero estoy de acuerdo, ¡espero!

Digo que hemos resistido las pandemias. Probablemente, si esto ocurriese en sociedades no democráticas no estaríamos en esta situación. A pesar de la fragilidad de los distintos poderes ante la magnitud de la amenaza, esos poderes han resistido. Y a pesar de los períodos de emergencia social sanitaria en los que hemos vivido —que hemos tenido que superar, y aún no los hemos superado del todo—, a pesar de la inquietud ante las nuevas variantes y mutaciones del virus, y a pesar de que se mantiene una enorme tarea pendiente que es universalizar el acceso a la vacuna, creo que estamos navegando con un cierto éxito.

¡Es indefendible que los países del primer mundo —la realidad es que solo hay un mundo— dejen caducar miles y miles y miles de dosis de vacunas sin anticiparla al resto de la población mundial!

El político y economista italiano Giorgio Ruffolo, como ustedes saben, tiene un libro con un título muy sugerente, con una brillante ironía: *El capitalismo tiene los siglos contados*. Quizás podríamos trasladar ese vaticinio a la democracia; y es que la democracia tiene, también, los siglos contados, no solo porque es la fórmula más noble de gobierno, no solo porque tiene los mejores mecanismos para gestionar el disenso y recuperar el consenso, no solo porque permite rectificar errores

cambiando a los Gobiernos, no solo porque ha demostrado que posibilita mejor que cualquier otro sistema la convivencia y el bienestar, sino porque además de todos estos atributos existe una prueba fáctica difícil de refutar: nadie huye de una democracia hacia países o regímenes dictatoriales. Al menos, en la historia no hemos conocido supuestos de este tipo. Ocurría lo mismo cuando en plena Guerra Fría el principal argumento de autoridad en favor del mundo democrático estaba en el Muro de Berlín: tampoco nunca se han registrado huidas de ciudadanos que ansiaban vivir del lado comunista del Muro. Tampoco esto lo hemos visto.

Seguramente esa también sea la razón de que la democracia sea objeto de emboscadas de todo tipo. De ser —como algunos dicen— una filosofía achacosa, de ser un régimen político antiguo, obsoleto, un vestigio tan solo de otros tiempos que solo los nostálgicos añoran, sería ocioso atacarla, porque su decrepitud haría que se derrumbara por sí misma. Pues bien, es su fortaleza la que justifica los zarpazos que recibe, las propias críticas y los propios movimientos antidemocráticos.

A las sociedades modernas nos ha costado siglos construir unas instituciones que nos han dado las mayores décadas de paz, de libertad, de prosperidad y de bienestar. Y vuelvo a los tres ejemplos que comentábamos al principio.

El primero, la conformación de la Unión Europea. ¿Qué significa esto? Significa uno de los mayores y ya más consolidados espacios de calidad democrática de todo el mundo. No hay un espacio en todo el mundo con mayor calidad democrática que Europa; no hay un espacio en todo el mundo de mayor calidad de bienestar y de servicios públicos que Europa; no hay, pues, ningún lugar del mundo que tenga los estándares democráticos de libertad, de derechos y de bienestar que la Unión Europea. Europa es un lugar de integración económica, social y política. Es evidente que es un proyecto inacabado, pero es el gran proyecto político desde el Imperio romano.

La Transición y la España constitucional sería el segundo ejemplo. Es una obra que cualquier país firmaría. Cualquier país del mundo firmaría hacer lo que

consiguieron los protagonistas de la Transición española, los que pactaron la Constitución, los que volvieron a refundar el Estado español y los que, en definitiva, han permitido que nosotros podamos estar aquí, hablando como instituciones, representando a instituciones constitucionales; en definitiva, ese tránsito hacia un Estado democrático, respetuoso con la pluralidad, pero también consciente de la solidez que debe de tener el Estado español, la nación española.

Por último, el tercer ejemplo es la Galicia del Estatuto. Comprenderán que eso ya nos toca de una forma mucho más directa, y es que este año conmemoramos el 40 aniversario del Estatuto y no hemos creado ningún problema, no hemos dividido a la sociedad, no hemos crispado ningún elemento ni ningún planteamiento ideológico ni hemos separado a la sociedad gallega. Hemos intentado hacer las cosas con el rigor característico de mi pueblo, de Galicia; no hemos alzado la voz más que en las ocasiones en las que era imprescindible; hemos gestionado; tenemos una comunidad autónoma solvente, que paga lo que debe, que no gasta más de lo que tiene. Sin embargo, si comparan la Galicia del año 1981 —estaba Felipe González a las puertas de asumir la Presidencia del Gobierno de España— y la Galicia del año 2021, comprobarán ustedes que Galicia, junto con el resto de España, ha ido evolucionando de una forma notable. Es verdad que nosotros éramos la tercera región más pobre en prácticamente todos los indicadores económicos, y hoy estamos convergiendo con España, estamos convergiendo con la Unión Europea. De aquellos 80 kilómetros de autopista, hoy tenemos 1400 kilómetros; y de aquellos escasos y mal dotados —o parcialmente dotados de tecnologías y especialidades médicas— 14 hospitales, hoy tenemos 28 y somos una de las regiones del mundo con mayor número de trasplantes de órganos sólidos; tenemos más trasplantes de órganos sólidos en Galicia que en la inmensa mayoría de las democracias de otros lugares del mundo, siendo una comunidad con menos de tres millones de habitantes.

Por tanto ese Estatuto, que deriva de la Constitución de la Transición, ha sido una obra de ingeniería excelente.



Soy el quinto presidente de la Comunidad Autónoma. He asumido en una etapa de estabilidad; una etapa de cambios políticos, de alternancia, pero una etapa en la que los Gobiernos han trabajado y han podido gobernar con estabilidad, que en política me parece absolutamente fundamental. Por eso, cuando escucho a algunos políticos pedir la reforma constitucional, les diría que antes de hacer reformas constitucionales deberíamos de reformar la ley electoral para que pudiéramos tener Gobiernos estables; y que podamos dejar a los Gobiernos mayoritariamente elegidos en las urnas que agoten sus plazos legislativos y que posteriormente juzguemos al siguiente, pero con un sistema electoral un poco más actualizado que el anterior, no porque el anterior fuese malo, sino porque se ha pervertido; no porque el anterior no fuese un buen sistema, sino porque hemos utilizado ese sistema para buscar los intereses partidistas y dejar los intereses generales al margen.

Pues bien, todos estos procesos –el proceso europeo, el proceso español, el proceso gallego– son testimonio de la capacidad extraordinaria de la política para liderar sentimientos y necesidades de la sociedad, y todos son el relato de un éxito colectivo incuestionable e incontestable. Por esto la importancia de la gobernanza y por esto la importancia de personas y Estado.

Si una idea ha sobrevolado este auditorio a lo largo de estos dos días es que la democracia no se defiende sola, sino que su defensa es tarea de los demócratas, tarea que tenemos que asumir en primerísima persona. Por tanto, los demócratas nunca querremos vencer sin convencer, como refería Unamuno. Y, ¿por qué podemos convencer? Primero, porque tenemos los mejores argumentos frente a aquellos cuya única razón es la sinrazón; porque la gestión que ofrezca certezas y soluciones, al final es valorada en las urnas, y podemos convencer con una política más próxima a las necesidades de los ciudadanos, a sus inquietudes, a los cambios que aparecen en nuestro horizonte.

En momentos en los que en la política impera el adanismo, el creer que la historia empieza cuando uno aparece en el escenario político; en momentos incluso en que el político piensa que los que le han precedido han sido menos capaces que él –que acaba de llegar–,

menos audaces, menos resolutivos, pues bien, yo me veo en la obligación de insistir en que es un honor tener la oportunidad de escuchar y de aprender de presidentes y figuras como los que os habéis dado cita en esta sesión. Siempre es útil tener cerca a aquellos que fueron, porque es su legado el que permite que hoy otros seamos. Conocer mejor el pasado es lo que puede poner en perspectiva, no solo las acciones y comportamientos del momento, sino los efectos que sus decisiones tuvieron una vez que se implementaron. ¿Por qué? Porque sois más libres para analizar el presente, porque ya no pesan sobre vosotros las urgencias del corto plazo ni las ataduras del día a día, y porque aprovechar estas circunstancias para interpretar las necesidades y los desafíos que tendremos en el futuro, así como las respuestas que deberemos de dar a los mismos, es fundamental para cualquier político en ejercicio.

Para ser coherente con el respeto a la política, permítanme que finalice haciendo una cita de un párrafo del discurso del presidente Fraga en el año 2001 en este plenario. Dijo así: “En un mundo donde la saturación de fuentes de información a veces nos obnubila” –estamos hablando de principios de siglo, del 2001– “quizás no sea un mal consejo practicar la humildad franciscana y aprender de los mejores, sean quienes fueren, librándonos de inconfesables prejuicios”. Estas palabras han cumplido veinte años, y probablemente tengan hoy la misma vigencia e incluso más que en el momento en el que fueron pronunciadas.

Aquí en Galicia solemos decir que el éxito colectivo que supuso el establecimiento de la autonomía se debe a no haber descuidado ni los afectos ni los efectos. La democracia se apoya tanto en los sentimientos como en los resultados; no se puede descuidar ni los unos ni los otros, ya que existen sentimientos a los que hay que responder, y una necesidad de gestionar lo público, porque lo público necesita gestores, y los gestores no se improvisan. El dinero es un bien escaso de usos alternativos. Cada euro del dinero público proviene de un bolsillo privado; cada euro del dinero público es la aportación de los ciudadanos a los servicios públicos. Por consiguiente, aquel político que se crea que maneja el dinero propio es que ni siquiera sabe el origen del mismo; y aquel político que se dedica a inaugurar can-

tividad de cosas sin preguntarse al final de la inauguración si están pagadas o las dejó a deber, es un político, en mi opinión, que debería dedicarse un poco más a la gestión y menos al discurso.

Y en esa sabia combinación de los afectos y los efectos estriba la gran ventaja sobre otros sistemas de gobierno que se agotan en meras proclamas o se limitan a una actuación meramente tecnocrática –también tengo que decirlo–, porque no es una cosa ni la otra, son las dos.

Queridos amigos, para mí es un honor, insisto, haber estado durante estos dos días en Santiago. Aquí nos une, en Galicia, en esta Ciudad de la Cultura, una de las ideas más grandiosas creadas por el género humano, que es la democracia.

Contaba el presidente González que este edificio lo hemos dedicado a un gallego ilustre, un gallego que estuvo por acá en los años 1830 y siguientes, un matemático, cartógrafo, liberal, perseguido de la época, que se dedicó durante 17 años a recorrer Galicia con un burro y a hacer la primera Carta Geométrica de Galicia, que es el documento más exacto de la época en relación a un territorio concreto. Esa Carta Geométrica está ahí arriba, un ejemplar. Comprenderán al verla que el esfuerzo también es un buen consejero. No conozco ningún presidente, de ningún país, que haya llegado a la Presidencia sin esfuerzo; tampoco conozco a ningún buen dirigente de un país que se le catalogue de buen dirigente sin esfuerzo; y no conozco a nadie que sepa cosas simplemente por casualidad, sino por el esfuerzo. Y la democracia también es eso: es un esfuerzo, una peregrinación que avanza y no se detiene; una peregrinación donde las gentes y los pueblos se conocen para caminar juntos.

Les decía que estos dos días he aprendido muchas cosas. Fíjense: en dos cenas y una comida hemos hablado –han hablado, yo he escuchado– y hecho un recorrido por toda Iberoamérica: por Chile, por Brasil, por Uruguay, por Venezuela, por Cuba, por Nicaragua, por Panamá, por Honduras, por Colombia y, por supuesto, por los Estados Unidos Mexicanos, ¿cómo no?, estando aquí nuestro ingeniero de cabecera. Pero también han tenido tiempo estos señores, en tan solo unas cinco o

seis horas, de dar una vuelta al Reino Unido de Margaret Thatcher, pasando por la Alemania de Merkel, haciendo alguna referencia a la Francia de Macron, y también han pasado ellos por los Estados Unidos, por los Estados Unidos de Reagan, de Bush, de Clinton, de Obama, incluso de Trump, para acabar con los Estados Unidos actuales, de Biden. Han pasado sus experiencias por la Unión Soviética –la Unión Soviética de Gorbachov–, e incluso ayer han tenido tiempo de hablar de la Iglesia –que como ustedes pueden imaginar, no es una institución menor en el concierto internacional–, haciendo algunas referencias al papa Wojtyła, al papa Ratzinger y al papa actual, Francisco.

En fin, también hemos hablado de España. Hablamos de España desde el lugar, desde este córner donde se ve lo que ocurre en España y en Europa y lo que ocurre en América. ¿Qué mejor lugar que Galicia? Por eso, yo les agradezco que hayan estado ustedes en Galicia. Galicia también hace y hará ese camino y les pido, por favor, que cuenten con ella para el futuro, el futuro que empieza ahora mismo.

Nada más y muchas gracias.

